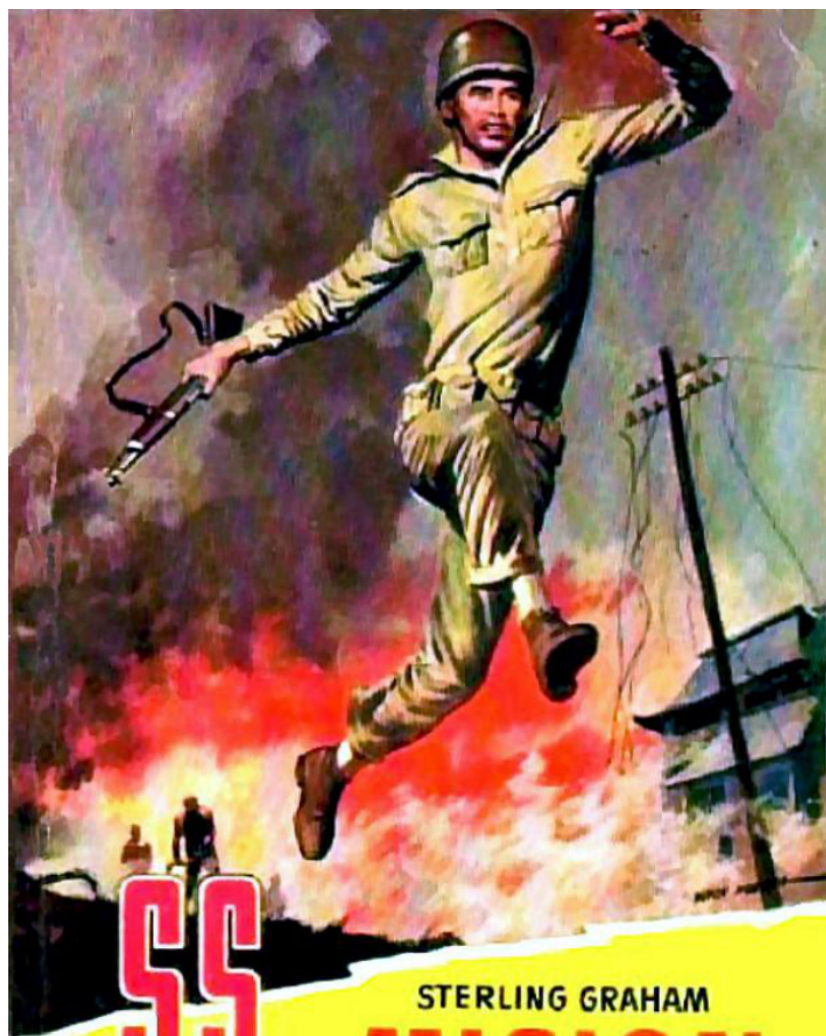




SS

**SERVICIO
SECRETO**

STERLING GRAHAM

MISION DE GUERRA

STERLING GRAHAM

MISION DE GUERRA

**1.ª EDICION
MAYO - 1957**



**EDITORIAL BRUGUERA, S. A.
BARCELONA - BUENOS AIRES**

CALIFICACIÓN DE NUESTRO ASESOR MORAL



APTA PARA TODOS

PRINTED IN SPAIN - IMPRESO EN ESPAÑA

© FRANCISCO BRUGUERA - 1957

**Impreso en los talleres de
Editorial Bruguera, S. A. - Proyecto, 2. - Barcelona**

MISION de GUERRA

Por STERLING GRAHAM



CAPÍTULO PRIMERO

El capitán George Ryan recorría con paso elástico uno de los largos pasillos del Pentágono, en Washington, donde se hallan centralizadas todas las fuerzas armadas de los Estados Unidos. De elevada estatura y cuerpo atlético, su figura resaltaba entre todos los que iban y venían presurosos por el inmenso edificio. Muchos eran los que le saludaban con un familiar movimiento de cabeza, ya que desde hacía algún tiempo, George prestaba sus servicios en la Jefatura del «Military Intelligence Service»^[1] y había llegado a hacerse popular entre sus compañeros de trabajo.

Joven, ya que contaba veintisiete años escasos, el capitán tenía una brillante historia militar, adquirida primero en los campos de batalla durante la segunda guerra mundial y ampliada más tarde en todos los cargos militares que desempeñara, donde puso de manifiesto su inteligencia y su decisión a toda prueba. Estas dos cualidades eran las que le habían convertido en uno de los mejores oficiales del servicio secreto.

Entre las mecanógrafas que trabajaban en los despachos, George era famoso a causa de su apostura y atractivo personal. De cabellos negros y rizosos, ojos claros y piel bronceada, su rostro de facciones atractivas y viriles acostumbraba a iluminarse con una sonrisa que ponía de manifiesto sus dientes blancos y sanos. Era un hombre alegre y atrevido, y esto le daba aún más prestigio entre las mujeres. Además, se sabía que sus superiores tenían en él gran confianza.

El joven se detuvo ante una puerta donde unas letras rezaban:

CORONEL PINKERTON. MILITARY INTELLIGENCE
SERVICE.

Llamó con los nudillos y una voz desde dentro ordenó:

—Adelante.

George empujó la puerta y se encontró en un despacho decorado con muebles funcionales y sencillos. Un hombre corpulento de mediana edad, sentado ante una mesa, estaba dictando una carta a una linda secretaria pelirroja.

—A la orden, señor. ¿Me ha mandado usted llamar?

El coronel Pinkerton le hizo un gesto amistoso.

—Sí, Ryan. Siéntese, por favor.

Mientras el joven se acercaba, el coronel se volvió a la secretaria.

—Tenga la amabilidad de dejarnos solos, señorita. Luego seguiremos con nuestro trabajo.

La muchacha, al cruzarse con George en su camino hacia la puerta, le dedicó una sonrisa cargada de promesas. El joven carraspeó y, obedeciendo a la indicación del coronel, ocupó una de las butacas. Pinkerton le ofreció un cigarrillo, tomando uno a su vez y encendiéndolo. Luego, clavó en George su mirada.

—Ryan, ha llegado a nuestras manos un caso muy engorroso, un asunto sumamente desagradable. En él está envuelto uno de nuestros oficiales que luchan en Corea —examinó unos papeles que tenía sobre la mesa y agregó—: El capitán Whitmore, Robert Whitmore. ¿Le conoce usted?

George sacudió la cabeza.

—No, nunca oí hablar de él.

Pinkerton frunció el ceño.

—La cosa es bastante extraña, ya que no existe ninguna acusación concreta contra Whitmore. Sin embargo, de todas las unidades que están combatiendo, su compañía es la que más bajas tiene. Además, parece ser que tiene aterrados a sus hombres. Ha impuesto una disciplina que va más allá de lo tolerable y conveniente, hasta el punto de que son numerosos los soldados que han tenido que ser evacuados con perturbaciones mentales y se sospecha que muchos de los que han muerto fue porque prefirieron que el enemigo los matara a tener que seguir soportando al capitán. Está acabando con la resistencia de sus hombres, a los que somete a pruebas sobrehumanas y a quienes exige cada vez más y más sacrificios. Pero, como le he dicho, todo esto son suposiciones, sospechas.

—¿Se ha intentado sonsacar a alguno de sus soldados?

—Rehúyen toda conversación que se refiera al capitán. Están como asustados, dominados por el pánico. Sin embargo, de una cosa estamos seguros. Algo misterioso ocurre en esa compañía, hay en el proceder de Whitmore algún secreto que es preciso descubrir a toda costa.

George contempló el humo de su cigarrillo que se elevaba hacia el techo formando una espiral.

—¿Supone usted que se trata de un caso de espionaje, señor?

Pinkerton sacudió la cabeza.

—Yo no sé nada, Ryan. Y eso es lo que me tiene intranquilo y me impulsa actuar sin más pérdida de tiempo.

Señaló un expediente que había sobre su mesa.

—Aquí está la hoja de servicios de Whitmore —continuó—. Es magnífica. Durante la segunda guerra mundial, en la que sirvió como teniente, obtuvo varias medallas y menciones especiales por su valor y su pericia. En la batalla de las Ardenas sufrió una herida gravísima, por la que tuvo que ser hospitalizado en Inglaterra hasta el fin de las hostilidades. Luego, pasó a la reserva y se reintegró a su puesto en un Banco de Nueva York. Cuando estalló el conflicto en Corea, fue llamado nuevamente a filas y enviado al frente con el grado de capitán. Parece ser que desde el principio empezó su extraño comportamiento, hasta el punto de que nos ha llamado la atención el gran número de bajas que sufre su compañía y el trato salvaje y despiadado que da a sus hombres.

—¿Han interrogado a sus oficiales subalternos? —preguntó George.

—Sólo veladamente. No queremos despertar sospechas. De todos modos, de sus palabras se desprende que están desconcertados y no saben cómo juzgar a su capitán. Hay entre ellos bastante descontento, ya que también se han convertido en víctimas de Whitmore. Ninguna unidad ha sufrido tantas pérdidas en oficiales, suboficiales y tropa.

Pinkerton aspiró profundamente el humo de su cigarrillo.

—Los informes que nos han llegado de los jefes que le tuvieron bajo sus órdenes durante la segunda guerra mundial, parecen referirse a otra persona. Todos afirman que se trata de un oficial eficiente, sereno, lleno de valor y avaro de la vida de sus hombres.

También le consideran un individuo simpático y abierto.

—¿Qué dicen los directores del Banco donde trabajó?

Pinkerton se encogió de hombros.

—Poca cosa. Se han limitado a asegurar que se trataba de un empleado puntual y cumplidor, del que jamás han tenido queja.

Se inclinó hacia el joven, adelantando su mandíbula en un gesto autoritario.

—¿Qué le ha ocurrido a Whitmore? ¿A qué es debido el cambio que ha experimentado? ¿Por qué sufre tantas bajas y tiene sometidos a sus hombres a un trato inhumano? ¿Qué se esconde detrás de todo esto? Son preguntas que quiero que usted se encargue de contestar, Ryan.

George sonrió levemente.

—Sí, señor. ¿Cuándo debo empezar?

El coronel se puso en pie y comenzó a pasear por la estancia.

—No sabemos a qué puede conducirnos todo esto. Podríamos decir que nos vamos a mover completamente a ciegas, de modo que es necesario actuar con toda cautela y sigilo. Nadie, absolutamente nadie, debe sospechar siquiera que es usted un oficial del «Intelligence Service». ¿Comprendido?

—Desde luego, señor.

—Bien. En primer lugar, le facilitaremos a usted una documentación falsa en la que, aun conservando su verdadero nombre, figurará como obrero sin trabajo. ¿Sabe usted algo de electricidad?

—Nada, señor.

—Es igual. Cómprese un manual y estúdielo. En su documentación constará que su oficio es electricista. Alguna cosa hay que poner.

George hizo una mueca irónica.

—Me temo, señor, que recibiré muchos calambres. ¿No podrían poner, por ejemplo, que soy fotógrafo?

Pinkerton sacudió la cabeza.

—A los fotógrafos los destinan a la sección gráfica de la Plana mayor, y esto no nos interesa. Será usted electricista sin trabajo, a menos que conozca otro oficio manual.

—Ninguno, señor.

—Bueno, sigamos. Una vez provisto de sus papeles, se

presentará en una oficina de alistamiento en Filadelfia y se enrolará como soldado raso para marchar voluntario a Corea. Nosotros nos encargaremos de que le destinen a cubrir bajas en la compañía de Whitmore. Hasta que no haya descubierto qué es lo que sucede, no debe ponerse en contacto con nosotros. Tendrá usted que soportar todas las fatigas de un combatiente y comportarse como uno más entre sus compañeros. Sólo en caso de extrema gravedad debe usted solicitar nuestra ayuda; pero mientras pueda actuar por sus propios medios, tendrá que desenvolverse solo. No podemos arriesgarnos a cometer una torpeza.

George aplastó en el cenicero la punta de su cigarrillo.

—¿Algo más, señor?

Pinkerton le miró a los ojos.

—Se trata de una misión muy delicada, que puede resultar sumamente peligrosa. ¿Se da cuenta de esto?

El joven rió quedamente.

—Desde luego, señor. Pero yo he sido siempre de la opinión que conviene arriesgar de vez en cuando el pellejo. De este modo, uno aprende a saborear la vida.

Pinkerton esbozó una sonrisa.

—Espere un momento.

Dio media vuelta y salió del despacho por una puerta lateral. George le estuvo esperando durante un cuarto de hora, hasta que al fin volvió a aparecer, entregando al joven unos papeles.

—Éstos son sus nuevos documentos.

George los examinó.

—Electricista —susurró.

Pinkerton le estrechó la mano calurosamente.

—Buena suerte, Ryan. Confío por completo en usted.

—Gracias, señor. Procuraré no defraudarle. Hoy mismo empezaré mi nueva tarea.

Cuando se dirigía hacia la puerta, la voz del coronel le detuvo:

—Otra cosa, Ryan. Si tiene algún compromiso con alguna muchacha, dele una buena excusa para justificar su ausencia.

—Descuide, señor.

Al salir al pasillo, se tropezó con la secretaria pelirroja, que le cerraba el paso en una actitud de marcada coquetería.

—George, ¿recuerdas que esta noche me prometiste llevarme a

bailar?

Él sonrió.

—Lo siento, pequeña, pero no va a poder ser.

Ella hizo un gesto de contrariedad.

—¿Por qué? Apuesto a que también te has comprometido con otra.

—No, esta vez se trata de algo mucho más serio.

Adoptando un aire de cómico misterio, hizo signos a la muchacha para que se acercara. Ella, intrigada, acercó la oreja a la boca del joven, que susurró con voz grave y campanuda:

—Dentro de unos momentos salgo para el Tíbet. Me acabo de hacer monje budista y quiero apartarme del mundanal ruido.

Se alejó riendo de la muchacha, que exclamó enfurecida:

—¡Oh! ¡Cada día eres más odioso! No se puede hablar en serio contigo... Te desprecio.

Pero el brillo de sus ojos desmentía estas últimas palabras.

CAPÍTULO II

Aquella misma tarde, a primera hora, George, vestido de paisano, salió en avión hacia Filadelfia. Era mejor alistarse en esta ciudad, en vez de hacerlo en Washington, ya que de este modo no le uniría ningún lazo aparente a la capital de la nación.

En cuanto llegó a Filadelfia, buscó alojamiento en un hotel barato y pasó el resto de la tarde en un cine. Luego regresó a su hotel y se acostó vestido. A la mañana siguiente, pudo comprobar que su traje, ya el más viejo que tenía, se hallaba completamente arrugado. Fue al cuarto de baño y se examinó con detenimiento. La barba le había crecido lo conveniente y sus cabellos aparecían revueltos. Su aspecto era el que le convenía.

Salió a la calle y se dirigió a la primera oficina de alistamiento. Hizo cola y, cuando le llegó el turno, presentó sus documentos a un sargento que, después de leerlos, alzó su rostro hacia él.

—Tú también eres de los que te alistas con la esperanza de llenar el estómago, ¿verdad? Ten cuidado de que los chinos no te lo llenen de plomo.

George se encogió de hombros.

—Mejor será el plomo que nada. Y prefiero morir de un balazo que de hambre.

—¡Me gusta tu patriotismo! —exclamó el sargento con sarcasmo.

George le dirigió una cínica mirada.

—¿Patriotismo? ¿Quién ha hablado de patriotismo? Deme usted un buen empleo y verá cómo me largo del Ejército. Y a propósito de patriotismo, ¿qué hace usted en esta oficina en vez de estar pegando tiros en el frente?

Ante las risas burlonas de los demás reclutas, el sargento enrojeció hasta las orejas, vociferando:

—¡Silencio, si no queréis que os cierre la boca a golpes!

Luego se volvió hacia George.

—Y tú empiezas con mal pie en el Ejército. Recuerda que para que las cosas te vayan bien debes aprender a respetar a tus superiores. Pero esto ya se encargarán de enseñártelo. Ryan te tenías que llamar... Sólo los irlandeses son tan rebeldes.

Aquella misma tarde, en un avión transporte de las Fuerzas Aéreas George salió hacia San Diego, en California, con un numeroso grupo de reclutas. Llegados a su destino, fueron internados en un campo de instrucción donde se les sometió a un duro entrenamiento. El joven fingió no tener los menores conocimientos militares y se sometió pacientemente a las enseñanzas de los instructores. Un mes entero duró su estancia en el campamento.

Una mañana partió hacia Corea en un gran barco mercante repleto de tropas. Reclinado en la borda, vio cómo se alejaban las costas americanas y se preguntó qué incidencias le reservarían la aventura que acababa de emprender. Una voz le distrajo de sus pensamientos.

—A uno se le encoge el corazón cuando ve que se aleja de la Patria, ¿no es cierto?

George volvió la cabeza. Junto a él se hallaba un muchacho de escasa estatura, rostro ingenuo y pecoso y ojos azules e infantiles. No tendría más de dieciocho años y daba la sensación de ser un niño disfrazado de soldado. George, que recordaba haberle visto en el campamento, volvió a interpretar el papel que se había impuesto. Encogiéndose de hombros, repuso:

—Bah, no creas que me entristezca. Ningún agradecimiento le debo yo a lo que tú llamas la Patria.

El otro le miró desconcertado.

—Entonces, ¿por qué te has alistado? Tu reemplazo no ha sido llamado a filas.

George sacó del bolsillo un paquete de tabaco y sonrió con sorna.

—Estaba sin empleo y no tenía donde caerme muerto. Aquí, por lo menos, me alimentarán y me darán ropas hasta que una bala me envíe al otro barrio. Pero no creas que la Patria me importe un pito. No le debo otra cosa que miseria y malos ratos. Por mí se puede ir al infierno. ¿Quieres un cigarrillo?

El muchacho negó con evidente disgusto.

—Gracias, no fumo.

George le contempló mientras encendía un cigarrillo.

—Te molesta que hable así, ¿verdad? Claro, tú eres muy joven y tienes aún la cabeza llena de ideales y de tonterías. Pero la vida ya te enseñará que el mundo es sólo de los que no tienen escrúpulos. ¿Ves? Antes de alistarme no tenía dinero ni para cigarrillos. Ahora, en cambio, puedo fumar, y todo lo que se me pide a cambio es que entregue mi vida. De todos modos, no vale gran cosa. Eso es la Patria, muchacho. Te pide que te dejes matar por un uniforme, dos comidas diarias y un paquete de cigarrillos. ¿Te parece que puede existir mayor generosidad?

El tono irónico empleado por George parecía molestar al chico, que repuso:

—Yo estoy dispuesto a entregar mi vida sin pedir nada a cambio. Por esta razón me alisté.

George expulsó una bocanada de humo.

—Cada uno tiene sus opiniones y sus ideas. No por eso hay que molestarse. ¿Cómo te llamas?

—Alvin Shank.

—Mi nombre es George Ryan. Pareces un buen chico y me has caído simpático. Olvida lo que te he dicho. No soy tan malo como parezco a primera vista. Creo que podremos ser amigos.

Días más tarde, el barco llegó al puerto de Fusan, donde reinaba una febril actividad militar. Mientras descendían a los muelles, George pudo ver que de otros transportes eran desembarcados carros de combate, piezas de artillería, «*jeeps*» y toda clase de material bélico.

Sin darles punto de reposo, fueron instalados en camiones que, en caravana, emprendieron inmediatamente la marcha hacia el norte por carreteras sin asfaltar en las que las lluvias habían formado verdaderos barrizales. Fue un viaje lento y penoso, ya que muchas veces se tuvieron que detener a causa de que un camión se había atascado o para dejar paso a las columnas de ambulancias que, en sentido contrario, descendían hacia Fusan. De noche tuvieron que dormir amontonados en el interior de los camiones, que seguían avanzando mientras les fuera posible.

Se oía cercano el sordo rumor de la artillería cuando llegaron a un pueblo llamado Kunari. Por todas partes se veían soldados con

los uniformes manchados de barro y un gesto de fatiga en los semblantes barbudos. Allí estaba establecido el puesto de mando de un regimiento muy castigado en los últimos combates. Unos cuantos camiones, entre ellos el de George y Alvin, se quedaron en la aldea, mientras los demás continuaban su ruta hacia otras unidades.

Los reclutas tuvieron que descender de los vehículos y formar con sus equipos frente a un edificio de madera. Poco después se presentó el coronel acompañado de sus ayudantes. Algunos cabos y soldados veteranos aguardaban un poco apartados.

Fue hecha la distribución de los recién llegados que debían cubrir bajas en las distintas compañías. La que más contingente recibió fue la C, a la que fueron a parar George y Alvin. El coronel Hughes les hizo una corta arenga.

—Bienvenidos a mi regimiento. Ante todo, quiero advertiros que aquí la vida es dura, muy dura. Hemos venido a luchar y no a jugar a soldados. Espero que sepáis obedecer a vuestros superiores para que las cosas salgan lo mejor posible.

A continuación, los cabos y soldados llegados de las compañías se hicieron cargo de los reclutas. Los destinados a la compañía C se pusieron en movimiento, alejándose de la aldea por un camino que bordeaba unas colinas sembradas de cráteres de obuses. La vegetación aparecía destrozada por la expansión de los proyectiles. Parecía un paisaje de pesadilla.

George miró al soldado veterano que, con el fusil colgado del hombro y las manos en los bolsillos, caminaba silenciosamente a su lado. En su rostro había un sello de indiferencia, como si se tratara más de un autómatas que de un ser humano.

—Oye, amigo, ¿quién manda esta compañía? —le preguntó.

El soldado volvió el rostro hacia él.

—El capitán Whitmore —repuso.

George se sintió íntimamente satisfecho. Las cosas iban saliendo como estaban previstas.

—¿Qué clase de tipo es? —volvió a preguntar.

El soldado cambió una rápida mirada con el cabo, que había estado escuchando la conversación, y luego ambos dirigieron sus ojos hacia el torturado paisaje.

—Espera a verlo por ti mismo —contestó el otro con voz sorda.

Tras hora y media de marcha, llegaron a las posiciones que

ocupaba la compañía. Hacia la izquierda, en otro sector, se oía fuego de morteros y de ametralladoras. Mientras el grupo aguardaba, el cabo desapareció en el interior de una tienda de lona.

Poco después, el cabo volvió a aparecer en compañía de un hombre. Se trataba de un individuo alto y corpulento, de unos treinta años de edad, en cuyo rostro barbudo, de facciones regulares, brillaban unos ojos grises y duros. Su mandíbula prominente parecía indicar una voluntad férrea y todos sus movimientos eran bruscos, nerviosos, autoritarios. Pero lo que más llamaba la atención en su persona eran aquellas pupilas brillantes, misteriosas, inescrutables. Vestía con descuido el uniforme de campaña y en el casco lucía los emblemas de capitán. George comprendió que se hallaba ante Robert Whitmore.

El capitán paseó su mirada extraña y penetrante por los rostros de los reclutas. Luego habló secamente.

—Ante todo quiero que sepáis una cosa: En la compañía C no se admiten vacilaciones ni la discusión de una sola orden. Aquí todos los hombres han de obedecer ciegamente cuanto yo disponga, aunque en ello les vaya la vida. El más ligero incumplimiento del deber merecerá el máximo castigo. Y si hay alguno de vosotros que haya venido dispuesto a pasar un buen rato o a actuar según su propia iniciativa, le aconsejo que antes se deje matar por el enemigo. Será mejor para él. En esta compañía no hay más voluntad que la mía y a ella os debéis someter mansamente. El díscolo solo tiene un porvenir: la muerte. Ya estáis advertidos.

Dio media vuelta y volvió a desaparecer en la tienda de campaña. Alvin, muy pálido, miró a George, que murmuró socarrón:

—En buenas manos hemos caído.

El muchacho tragó saliva con dificultad.

CAPÍTULO III

Bruce se reclinó en el palo de la tienda y contempló con guasa a George y Alvin, que estaban dejando sus equipos sobre las colchonetas.

—De modo que sois voluntarios, ¿no es cierto? Un par de estúpidos con la cabeza llena de absurdas ideas acerca de la gloria militar. Mereceríais que os devolvieran el juicio a puñetazos. Menos mal que los chinos se encargarán de haceros bajar de las nubes, si es que antes no salís de aquí con los pies para adelante.

Smith y Craig, los otros dos miembros veteranos de la escuadra, se echaron a reír. George se volvió hacia Bruce un tipo alto y fornido con aires de matón.

—Oye, tú, perdonavidas, cuando hables de ideales, dirígete hacia otro. La gloria y las medallas no se han hecho para George Ryan. Y empieza a enterarte desde ahora que no es aconsejable para la salud intentar tomarme el pelo. ¿Me he expresado con suficiente claridad?

El veterano quedó un momento desconcertado, y Craig, un muchacho con aspecto de intelectual, exclamó divertido:

—Bruce, me parece que has encontrado la horma de tu zapato.

El aludido, saliendo de su asombro, se acercó a George con aire amenazador.

—¿De veras? ¿Y qué me harás para evitarlo?

George, muy tranquilo, le enseñó su puño derecho.

—¿Ves esto? Pues si te metes conmigo o con Alvin, te machacaré tu sucia cabeza.

Bruce aspiró hondo y, sin más provocación, descargó un terrible puñetazo contra George. Pero éste, con un movimiento imperceptible, esquivó el golpe. Casi al mismo tiempo, su derecha salió disparada con la fuerza de una catapulta, alcanzando a su contrincante en plena boca. Bruce se desplomó pesadamente de

espaldas, al tiempo que Smith exclamaba entusiasmado:

—¡Duro! ¡Ésta sí que es una buena pelea!

Bruce, aún en el suelo, sacudía la cabeza intentando librarse del aturdimiento. Su boca aparecía hinchada y ensangrentada.

—¡Animo, Bruce! ¿Es que te vas a dejar vencer por un recluta? —exclamó nuevamente Smith.

En aquel momento, Dixon, el cabo, un chico serio y pelirrojo, entró en la tienda y se quedó mirando a los dos contendientes.

—¿Os habéis vuelto locos? ¡Basta ya de hacer el idiota! —exclamó—. ¿Sabéis lo que hará el capitán si se entera de que os peleabais?

La sola mención del capitán, bastó para aplacar los ánimos de los veteranos y hacer que la sonrisa se helase en sus labios. Cabizbajos, se sentaron en las colchonetas y permanecieron silenciosos. Bruce se puso en pie y fue hacia su rincón sin decir palabra. Dixon se acercó a George.

—Escucha, Ryan, te voy a dar un buen consejo. Si quieres que las cosas te vayan bien, procura no andar por ahí haciendo el matón. Limitate a cumplir con tu deber y a no buscar camorra.

—Fue él quien me atacó.

—Es igual. Yo soy responsable y no quiero que...

Un agudo silbido cortó en seco sus palabras. Dixon y los tres veteranos se arrojaron al suelo. Alvin les miró desconcertado, pero George se lanzó sobre él, rodando ambos por el suelo en el preciso instante en que se oía muy cerca una violenta explosión. A esta primera siguieron otras cinco. Transcurridos unos segundos, Dixon se puso en pie y empuñando su fusil ordenó:

—¡Afuera, muchachos!

Todos obedecieron presurosos. En las posiciones reinaba una gran conmoción. Los hombres salían de los alojamientos con las armas dispuestas. Una de las tiendas aparecía destrozada por uno de los impactos y de entre sus restos unos soldados sacaban a dos heridos.

George, en el mismo parapeto donde él se había atrincherado, vio a Whitmore y al teniente Donovan, jefe de su pelotón, examinando con los prismáticos la tierra de nadie.

—Parece una falsa alarma, señor. No se advierte la menor señal de que el enemigo vaya a atacar. Quizás se han limitado a enviarnos

unos proyectiles de castigo —opinó Donovan.

Whitmore tenía los labios fuertemente apretados.

—Eran granadas de mortero del calibre más pequeño —murmuró—. Si quisieran castigarnos, utilizarían algo más efectivo. No hay que confiarse, teniente. Que todos los hombres permanezcan en sus puestos para repeler cualquier agresión.

Un soldado que pasaba por el centro de la trinchera cargado con unas cintas de ametralladora, dio un traspié y fue a caer sobre Alvin. El muchacho se revolvió asombrado y al mirar al hombre, palideció intensamente y sus ojos se agrandaron con el horror. El soldado tenía tres balazos en pleno rostro. Estaba muerto. George, con presteza, retiró el cadáver de encima del tembloroso muchacho, que se había tapado la cara con las manos. Lejano, sonó el rabioso tableteo de una ametralladora.

—Vamos, Alvin, reponte —murmuró George sujetando al chico por los hombros—. Reconozco que es horrible, pero es preciso acostumbrarse. Esto es la guerra. Toma mi cantimplora. Hay *whisky*. Te hará bien beber un trago.

Mientras Alvin obedecía, otro soldado se desplomó herido, Ahora, las ráfagas de ametralladora barrían toda la posición, obligando a los hombres a permanecer agachados en los parapetos. Pronto, volvieron a caer las granadas de mortero a cortos intervalos. Whitmore y Donovan parecían desconcertados.

—No lo entiendo, señor —balbució el teniente—. No se ve ningún movimiento en las líneas enemigas.

Un mortero cayó en medio de un grupo de hombres que corrían en busca de protección, matando a uno de ellos e hiriendo a otros dos. George, echado en el suelo, procuró observar la dirección de donde venían los proyectiles y las ráfagas de ametralladora. Observó que los impactos de esta última daban siempre en el mismo lado de los parapetos, en el izquierdo. Miró en aquella dirección, procurando agudizar los ojos. En una colina, a menos de media milla de distancia, vio un fugaz destello. Luego, casi enseguida, un agudo silbido y un proyectil de mortero estalló en la posición.

—¡Mire, señor! ¡En la cumbre de aquella colina! —exclamó.

Donovan y Whitmore enfocaron hacia allí sus prismáticos. El capitán dejó escapar una palabrota.

—¡Han emplazado una ametralladora y un mortero! ¡Es desde

allí que nos están batiendo!

—Sí, señor —repuso Donovan—. Se han propuesto hostilizarnos y causarnos un buen número de bajas, y para ello han elegido un lugar que domina nuestra posición. A la larga, podrían forzarnos a que la abandonáramos. Estamos a su merced.

Whitmore bajó los prismáticos y miró al teniente con dureza. Su rostro tenía una extraña expresión.

—Se equivoca. Nada nos obligará a retirar. Esta misma noche, daremos un golpe de mano para desalojarles de esa colina.

Donovan frunció el ceño.

—No creo que sea necesario, señor. Podría costarnos muchas bajas. Es más fácil avisar al puesto de mando de la división para que la artillería los machaque.

Whitmore apretó con fuerza las mandíbulas.

—Donovan, la compañía C no necesita que nadie le solucione sus propios problemas. Hasta ahora hemos sabido valernos por nosotros mismos, y seguiremos haciéndolo mientras yo sea el capitán.

—Pero, señor, a los cañones les bastarían diez minutos para deshacer ese nido de ametralladoras. A nosotros, en cambio, nos puede costar muchas bajas innecesarias.

Whitmore enrojeció de ira.

—¡Bajas! ¡Bajas! ¡No piensa usted más que en las bajas! ¡Estamos en guerra, Donovan, y los hombres mueren y se destrozan a miles! ¡No me obligue a recordarle de otro modo que yo soy quien manda en la compañía!

El teniente palideció.

—No lo olvido, señor.

Las facciones de Whitmore, mientras miraba a Donovan, habían adquirido la dureza del granito.

—Otra cosa, teniente. Será usted quien, al mando de su pelotón, de el golpe de mano. Dispóngalo todo para cuando se haga de noche.

—A la orden, señor.

Whitmore se dirigió hacia su tienda a grandes zancadas. Donovan, con el ceño fruncido, encendió un cigarrillo y se volvió para mirar a George que, sentado junto al impresionado Alvin, estaba tapando su cantimplora.

—¿Qué le pasa a este chico? —preguntó señalando al pálido

muchacho—. ¿Está herido?

—No, señor. Es que es novato y se ha impresionado al ver por primera vez los muertos. Es natural.

Donovan observó a George con interés.

—Usted tampoco es veterano. No recuerdo haber visto su cara. El joven sonrió.

—No, señor. He llegado hoy. Pero yo soy distinto. Donovan le ofreció un cigarrillo.

—Tiene usted muy buena vista. ¿Cómo lo ha hecho para localizar el nido de ametralladoras?

George se encogió de hombros.

—Procuré fijarme en la dirección en que venían las balas, y entonces escudriñé el horizonte hasta dar con él.

—¿Cómo se llama?

—Ryan, George Ryan. Pertenezco a su pelotón, señor.

Donovan hizo un ademán afectuoso.

—Lo celebro, Ryan. Me gusta tener a hombres como usted. Y ahora llévase a su compañero a la tienda. Necesita descansar un rato.

Cuando George y Alvin entraron en la tienda de campaña, los demás miembros de la escuadra se hallaban ya allí. Smith y Craig permanecían con los semblantes hoscós, mientras Bruce, muy excitado, hablaba con Dixon.

—¡La compañía C no necesita que nadie le solucione sus propios problemas! ¿Para qué utilizar los cañones mientras haya carne fresca que enviar al matadero? ¡Ese perro asesino! ¡Se ha propuesto matarnos a todos!

—¡Cállate, Bruce! —ordenó Dixon—. ¿Es que quieres que el capitán te oiga y te fusile?

—Sería lo mejor que podría hacer con toda la compañía —intervino Craig—. De todos, no va a quedar ni uno solo de nosotros.

—Ya lo sé, muchachos, pero callaos. Os van a oír.

—Ojalá el capitán cayera en manos de los chinos. Entonces pagaría por todos los crímenes que está cometiendo —opinó Smith.

—Ya lo habéis visto —siguió Bruce—. Ni siquiera se ha tomado la molestia de preguntar cuántos muertos y heridos ha causado el bombardeo. ¡Qué le importa a él que nos muramos todos! ¡Parece que disfrute viendo correr la sangre de soldados americanos!

George, que estaba examinando su fusil, levantó la cabeza para mirar a Bruce. Las últimas palabras pronunciadas por el hombre resonaron durante largo rato en sus oídos.

CAPÍTULO IV

El pelotón, equipado con todos sus pertrechos de combate, aguardaba la orden de partida. Los hombres, en su mayoría, permanecían callados y sombríos. Se había hecho de noche y, no habiendo salido aún la luna, la obscuridad era casi completa. George, con el fusil colgado del hombro, miró a Alvin que, junto a él, se hallaba pálido e inquieto. El muchacho, al sentirse mirado, sonrió animoso.

Donovan, después de recibir las últimas instrucciones, salió de la tienda del capitán Whitmore y se acercó a su pelotón. El sargento Collins le comunicó que formaban todos los hombres. Los otros dos oficiales de la compañía, dos segundos tenientes, estrecharon la mano de Donovan.

—Suerte.

El teniente se volvió hacia sus hombres y ordenó:

—Vamos, muchachos.

El pelotón comenzó a alejarse de las posiciones, mientras algunos soldados les contemplaban en silencio, igual como se contempla a los mártires que marchan al sacrificio. Sólo se oyó el comentario de uno de ellos, dicho en voz baja:

—Apuesto a que muchos de ellos no van a volver.

Una vez en la torturada y siniestra tierra de nadie, las escuadras comenzaron a avanzar en orden de combate. En vanguardia iban el teniente y el sargento, empuñando sus metralletas, y detrás les seguían los soldados, convenientemente separados entre sí. Así fueron moviéndose hacia la izquierda, camino de su objetivo.

George sabía que Donovan tenía toda la razón cuando se opuso a que se diera el golpe de mano. La artillería podía destruir el nido mucho más rápidamente y sin que hubiera bajas por parte americana. Esto solo ya hubiera sido motivo más que suficiente para encomendar la acción a los cañones. La decisión de Whitmore

era una torpeza o un crimen. George, cuando se entabló la discusión entre Donovan y el capitán, tuvo el impulso de intervenir. Pero se contuvo. Se le había encomendado una misión que debía cumplir a toda costa, y allí él representaba el papel de un soldado raso y debía portarse como tal hasta el momento oportuno. Era evidente que vería hacer a Whitmore muchas cosas que sublevarían su espíritu de oficial experto y responsable, y sin embargo tendría que silenciar su protesta hasta que hubiera descubierto qué misterio se ocultaba tras la extraña conducta del capitán. Aunque le doliera en el alma ver sufrir y caer a sus compañeros, aunque viera pisoteado el honor del Ejército, se impondría silencio en tanto no pudiera contestar a las preguntas que le habían formulado sus superiores. El deseo de evitar más sufrimientos a sus compañeros, acaso le impedirían descubrir una amenaza más vasta y peligrosa. No, cumpliría su cometido por encima de todo.

El pelotón había hecho alto y los hombres se echaron al suelo. Todos intentaron descubrir algún ruido sospechoso en el impresionante silencio. Sólo se oía el rumor del viento entre los matorrales. Alvin, que se había echado en el mismo cráter de obús que George, murmuró:

—Siento un vacío en el estómago y tengo ganas de vomitar. Me parece que no me encuentro bien.

George le dio una afectuosa palmada en el hombro.

—No te preocupes, muchacho. Sólo son los nervios. Se te pasará cuando suene el primer disparo. Todo irá bien, ya verás.

El pelotón se puso nuevamente en movimiento. Donovan actuaba con la mayor prudencia. Se fueron acercando a la colina al amparo de la obscuridad y en medio del mayor silencio. Una vez alcanzada la falda, comenzaron a subir con toda clase de precauciones. Los hombres, con los rostros desencajados y las manos crispadas sobre los fusiles, miraban hacia lo alto. Sabían que allí arriba estaban sus enemigos, otros soldados que les podían causar la muerte.

De súbito, una voz estentórea rasgó el silencio y, casi enseguida, sonó un disparo. El fogonazo brilló en la obscuridad, unos metros más arriba. Las metralletas del teniente y el sargento empezaron a disparar contra el lugar de donde partiera el disparo. Y en aquel momento, la luz intensa y azulada de una bengala iluminó el

panorama, permitiendo ver cómo un centinela chino se desplomaba sin vida. Casi simultáneamente, en la cumbre de la colina se escuchó el furioso tableteo de unas ametralladoras que disparaban contra el pelotón cogido por sorpresa. George, en el momento en que se arrojaba de bruces tras la protección de unas piedras, vio cómo algunos soldados se desplomaban barridos por las intensas ráfagas. Los demás hombres se desperdigaron, echándose al suelo para protegerse de la lluvia de balas que sobre ellos caía.

Permanecieron pegados al suelo, completamente inmovilizados. A los disparos del enemigo, replicaron con el fuego del fusil ametrallador y de armas individuales. Pero todos comprendieron que su situación era crítica. No podían avanzar ni retroceder, ya que las ametralladoras chinas barrían todo el terreno circundante y las bengalas lo iluminaban con una vivísima claridad. Pronto, a la acción de las ametralladoras se unió la del mortero, colocando a los americanos en una situación aún más apurada.

Bruce, que estaba situado detrás de George, masculló:

—¡Nos han cazado como conejos! ¡Ni uno solo va a salir con vida!

—¡Supongo que el capitán se sentirá satisfecho! —exclamó Craig lleno de rencor—. ¡Sucio criminal!

Otra ráfaga de ametralladora barrió el lugar donde se hallaba apostada la escuadra. George vio cómo las balas levantaban surtidores de tierra delante de sus ojos. De otros lugares llegaban exclamaciones de dolor de los hombres alcanzados por los proyectiles. En medio del fragor de los estampidos, se oyó la voz de Smith que gritaba:

—¡Craig! ¡Bruce! ¡Le han dado a Dixon!

George se acercó a rastras al lugar donde yacía el cabo. Smith, Bruce y Craig lo estaban examinando. En el casco de Dixon, que en aquel momento le estaban quitando, había una profunda abolladura.

—Por fortuna, no es nada —murmuró Craig—. Una bala le ha abollado el casco y le ha hecho perder el conocimiento. Pero ni siquiera está herido.

George creyó llegada su oportunidad. Después de dirigir una mirada a lo alto de la colina, dijo a sus compañeros:

—Muchachos, estamos todos metidos en una ratonera y vamos a

dejar el pellejo si no hacemos nada para evitarlo. A mí se me ha ocurrido un plan que puede salvarnos. ¿Estáis dispuestos a seguirme?

Los hombres se miraron en silencio y Craig murmuró:

—Supongo que no pretenderás que desertemos.

—No. Lo que yo pretendo es que, mientras el enemigo se ocupa de aniquilar al pelotón, nosotros intentemos atacarle por la espalda.

—Somos muy pocos... —objetó Smith.

—A un grupo mayor lo descubrirían. Y somos los suficientes para conseguirlo. ¿Qué dices tú, Bruce?

El aludido se encogió de hombros.

—De todos modos nos van a achicharrar. Cuenta conmigo.

Craig y Smith siguieron su ejemplo. George se volvió hacia Alvin.

—Tú quédate con Dixon.

El muchacho, que estaba intensamente pálido, apretó los labios en un gesto decidido.

—No, George, yo también iré con vosotros.

El joven esbozó una sonrisa y, con el puño cerrado, le dio un ligero golpe en el mentón.

—De acuerdo, patriota. Una advertencia que ninguno de vosotros olvide que en este asunto soy yo quien manda.

Permanecieron inmóviles, aguardando a que se extinguiera la bengala que en aquel momento descendía por el espacio. Cuando reinó la obscuridad y antes de que el enemigo lanzara un nuevo punto luminoso, se pusieron en movimiento, corriendo presurosos hacia la izquierda y alejándose del lugar donde se desarrollaba el combate. Mientras nuevas bengalas esparcían su claridad, siguieron avanzando con los cuerpos pegados al suelo.

Cuando George, que iba en cabeza, consideró que se hallaban ya lo bastante lejos, comenzó a escalar la ladera de la colina, taladrando con sus ojos la obscuridad. Subieron silenciosamente, asegurándose antes de dar cada paso de que no había ningún enemigo delante de ellos. Inesperadamente, George se detuvo. Sus compañeros hicieron otro tanto. Contra la luz de una bengala, unos metros más arriba, se recortaba la figura de un centinela. George entregó su fusil a Alvin y, desenfundando el cuchillo, siguió avanzando solo.

Se detuvo a unos pasos del centinela y, poniendo en juego todos sus músculos, dio un salto felino, cayendo sobre el soldado enemigo y tapándole la boca con la mano izquierda. Ambos rodaron por tierra. Fue una lucha breve, porque el joven no tardó en clavar su cuchillo en el corazón del chino. Sus compañeros se reunieron con él y siguieron el avance a rastras.

Se detuvieron al borde mismo de la posición enemiga. A George le bastó un vistazo para hacerse cargo de la situación. Había unos quince chinos ocupados en hacer funcionar dos ametralladoras y un mortero. En aquellos momentos les daban la espalda, por lo que el joven decidió actuar con rapidez.

En el instante en que uno de los enemigos disparaba una bengala, los cinco americanos lanzaron otras tantas bombas de mano en el interior de la posición. Instintivamente, se aplastaron contra el suelo. El estallido fue horroroso, ya que, a la par que las bombas, explotaron también las granadas de mortero.

En cuanto cesaron los estampidos, George y sus hombres saltaron dentro del nido. Todo aparecía destrozado y sembrado de cadáveres. Sin embargo, seis de los chinos aún se mantenían en pie, dispuestos a defenderse con sus armas individuales. George comenzó a disparar su fusil automático. Vio cómo dos de los enemigos se desplomaban. Alvin, con el rostro desencajado, se lanzó sobre uno de los soldados enemigos, hundiéndole la bayoneta en el vientre. Bruce, Craig y Smith no tardaron en dar cuenta de los otros tres, cosiéndolos a balazos.

Dueños ya de la posición, George se acercó al borde de la colina y exclamó:

—¡Teniente Donovan, pueden subir! ¡Hemos destruido el nido!

Cuando Donovan y el resto del pelotón llegaron a la cima, miraron asombrados a aquellos cinco hombres que sonreían satisfechos.

—¿Quién ha dirigido este asalto? —preguntó el teniente.

—Ryan, señor —se apresuró a decir Alvin.

—El cabo Dixon perdió el sentido a consecuencia de un balazo en el casco —agregó Bruce—. Entonces Ryan tuvo la idea de atacar a los chinos por la espalda y nosotros le seguimos.

Donovan contempló a George con simpatía, limitándose a murmurar:

—Muy bien, Ryan. Nos ha salvado usted. Lo tendré en cuenta.

Momentos más tarde, el pelotón, silencioso y sombrío, regresaba a las posiciones de la compañía C. El capitán les estaba aguardando.

—¿Qué novedad hay, teniente?

Donovan, con el semblante desencajado, respiró profundamente y murmuró en un tono de tremenda tristeza:

—Hemos tenido cuatro muertos y siete heridos.

Whitmore hizo un gesto de impaciencia y exclamó con dureza:

—No me refiero a las bajas. ¿Qué ha ocurrido con el nido de ametralladoras?

Donovan crispó los labios y apretó con fuerza los puños.

—Ha sido destruido, señor.

Whitmore frunció el ceño.

—Mejor. No hubiera tolerado un fracaso.

Entre los hombres circuló un ramalazo, callado, pero profundo, de odio hacia aquel hombre cruel y sin conciencia que estaba manchado de lodo todas las limpias virtudes de la heroica y abnegada profesión militar.

CAPÍTULO V

Llovía torrencialmente. George, al volante del *jeep*, conducía con precaución, procurando que las ruedas del vehículo no resbalaran en el camino, convertido en un verdadero barrizal. Ríos de agua fangosa descendían desde las colinas, inundando la senda y amenazando con dejarle atascado en ella. Era preciso poner en juego toda su habilidad y no distraerse ni un solo segundo.

Le habían encargado ir a Kunari para recoger los suministros de la compañía en los almacenes de la intendencia regimental, y el joven, pese a haber instalado la capota en el pequeño automóvil, se mojaba a causa del agua que entraba por ambos lados. Pero esto no le preocupaba demasiado. Eran cosas de la guerra. Se preguntó si el coronel Pinkerton, en Washington, estaría ya impaciente por recibir su informe acerca de Whitmore. Supuso que no, ya que el asunto se presentaba más complicado de lo que en un principio imaginaba, y de todos modos requería bastante tiempo para desentrañar el misterio. Estaba seguro de que Pinkerton lo comprendería así.



Avanzaba rápidamente.

2 - MISION

A través del parabrisas, empapado por la lluvia, vio, a cierta distancia y al borde del camino, un «jeep» parado. Esto le distrajo de sus reflexiones. Mientras se acercaba a marcha lenta, vio también que del vehículo salía la figura de una mujer con el uniforme de las fuerzas auxiliares femeninas, que, bajo la lluvia, le

hacía señas para que parase. George siguió avanzando y solo se detuvo al llegar a la altura de la mujer.

—Bonito día para ir de excursión al campo —comentó.

La muchacha, sin que él se lo indicara, saltó dentro del vehículo, ocupando el asiento contiguo al de George. Éste, al contemplarla a su gusto, no pudo evitar hacer un gesto de admiración. La desconocida no contaría más de veintitrés años y era extraordinariamente bonita. Su rostro, de cutis suave y ligeramente tostado por el sol, poseía unos grandes ojos verdes sombreados por largas pestañas, una nariz fina y ligeramente respingona y una boca de labios frescos, jugosos y llenos. Bajo su uniforme empapado por la lluvia, que lucía los emblemas de segundo teniente de la sanidad militar, se adivinaba un cuerpo esbelto y juvenil, adorablemente modelado, con busto firme, caderas torneadas y piernas largas y rectas. La gorra, graciosamente ladeada, dejaba ver unos cabellos rubios y rizosos y aumentaba el encanto natural de su persona.

—Vaya, no esperaba encontrar en el frente una compañía tan agradable —murmuró.

La muchacha le miró con sus ojos enormes y rasgados.

—Mí «*jeep*» se ha estropeado —explicó—. Le ruego que sea tan amable de llevarme hasta Kunari. Procuraré molestarle lo menos posible.

George sonrió divertido y, llevándose la diestra al casco, hizo un cómico saludo.

—No es ninguna molestia, mi teniente. Siempre me ha gustado obedecer las órdenes de mis superiores.

Hizo una breve pausa y agregó en voz baja:

—Aunque nunca me había tropezado con un superior tan... atractivo como usted.

La muchacha desvió la mirada y murmuró:

—Es que no voy sola. En mí «*jeep*» hay alguien más.

George frunció el ceño, contrariado.

—¿Alguien más?

La muchacha descendió del vehículo, limitándose a decir:

—Ayúdeme, por favor.

George la siguió bajo la lluvia hasta el «*jeep*» averiado. Al mirar dentro, de sus labios se escapó una exclamación de sorpresa. Dos niños y una niña coreanos, de tres a cinco años de edad, se

acurrucaban temblando de frío. George se rascó el cogote, pero antes de que pudiera decir nada, la muchacha tomó a la niña en brazos y echó a correr hacia el «jeep» del joven, exclamando:

—¡Ocupese usted de los niños!

George tomó en brazos a los dos pequeños coreanos y los acomodó en el asiento posterior de su «jeep», junto con la niña. Luego, él y la muchacha se instalaron delante y reanudaron la marcha por la senda encharcada.

—En Kunari avisaré para que vengan a recoger mi coche —murmuró ella.

George señaló con el pulgar hacia el asiento posterior.

—¿De dónde los ha sacado usted?

Una expresión triste ensombreció el semblante de la muchacha.

—Una granada les destrozó la choza, matando a sus padres, que eran agricultores. Han quedado solos en el mundo. Yo los he venido a recoger para instalarlos en la guardería que hemos montado en Kunari. Son muchos los casos como éste. La guerra es cruel. ¿Qué han hecho esas pobres criaturas para ser tan desgraciadas?

George frunció los labios.

—Le advierto, que en cierto modo les envidio.

La muchacha le miró con los ojos muy abiertos por el asombro.

—¿Qué les envidia? ¿Por qué?

George rió quedamente.

—Porque tienen la suerte inmensa de que les cuide una mujer tan encantadora como usted. Debe saber que yo también soy un huerfanito y me siento muy solo.

La muchacha se puso bruscamente seria.

—No creo que sea decente bromear a costa de tanta desgracia.

George le dirigió una rápida mirada.

—No se enfade. Mi intención no fue molestarla ni burlarme de esas criaturas. Compréndalo, en el frente se ven tantas cosas desagradables, que uno desea olvidarlas y estar alegre. ¿Me perdona, teniente? Le prometo que seré buen chico.

El joven pronunció estas palabras con un acento, tal de simpatía, que la muchacha no pudo contener una sonrisa.

—He sido una estúpida al molestarle. En realidad, ha sido usted muy bueno al recogernos.

—Oh, no lo crea. Si no fuese usted tan bonita, probablemente la

hubiera dejado al borde de la carretera.

—Estoy segura de que no habla en serio. En el hospital de Kunari he podido aprender que los hombres que mejor corazón tienen, lo ocultan bajo una capa de indiferencia y de cinismo.

George apartó un momento los ojos del camino para contemplar a la muchacha.

—¿De modo que está usted en el hospital de Kunari? Bien, bien. Un día de estos haré que los chinos me peguen un tiro. Así tendré ocasión de volverla a ver. Además, debe ser tan agradable que a uno le cuiden unas manos tan suaves y tiernas como las suyas.

Ella sacudió la cabeza, riendo divertida.

—Es usted un bromista. Pero me parece que esa ligereza de carácter es sólo superficial... Aún no me ha dicho cómo se llama.

—George Ryan. ¿Y usted?

—Whitmore, Betsy Whitmore.

El joven, a causa de la sorpresa, estuvo a punto de hacer salir el «jeep» del estrecho y desigual camino.

—¿Whitmore? ¿Acaso es usted pariente del capitán?

—Es mi hermano. ¿Le conoce usted?

George frunció los labios.

—¿Qué si le conozco? Pertenezco a la compañía C. Durante unos momentos, entre ambos reinó un profundo silencio. Parecía como si la sola mención del capitán hubiera matado toda espontaneidad.

—¿Qué le pasa? ¿Por qué se ha quedado tan callado? —preguntó Betsy.

George se encogió de hombros.

—Por nada. Me ha sorprendido la coincidencia. Pero Betsy le miraba con extraña insistencia.

—No le ha hecho gracia que yo sea hermana de su capitán.

El joven forzó una sonrisa.

—Se equivoca. ¿Por qué no me había de hacer gracia?

En la tersa frente de la muchacha se formó una arruga de preocupación, mientras sus claros ojos verdes se enturbiaban.

—Por todos esos estúpidos rumores que corren acerca de Robert. Pero yo sé que se equivocan al juzgarle. Él... él es un hombre decente y un buen oficial. Lo que sucede es que no le comprenden, que todos ustedes hablan por hablar.

El tono apasionado que empleaba la muchacha obligó a George

a volver hacia ella su serena mirada.

—Perdone, pero yo no he dicho nada. Es usted quien ha hecho mención a ciertos rumores.

Betsy quedó un tanto desconcertada ante la fría contestación del joven. Guardó silencio durante unos segundos, para al fin preguntar con voz vacilante:

—Usted, ¿qué opina de mi hermano?

George, en lugar de responder a la pregunta, limpió el parabrisas con la palma de la mano y murmuró:

—Mire, ha dejado de llover. Ojalá no vuelva a hacerlo durante varios días. Daría cualquier cosa por que se secase la tierra. En las posiciones andamos metidos en este maldito barro hasta el cuello.

El resto del viaje, ya muy breve, lo hicieron en silencio. Al llegar a Kunari, George condujo su «*jeep*» hasta el edificio donde estaba instalada la guardería infantil. Ayudó a descender a los chiquillos coreanos y luego Betsy, con una sonrisa un tanto avergonzada, le tendió la mano.

—Gracias, George, ha sido usted muy amable. Y perdone si por un momento he perdido el dominio de mi misma. Pero tratándose de mi hermano...

El joven, de nuevo en una actitud alegre, se llevó la diestra al casco.

—Hasta la vista, mi teniente. No creo que tardemos mucho en encontrarnos de nuevo. No se me olvida fácilmente un rostro tan hermoso como el suyo.

La incongruencia de que dedicara elogios a su belleza y al mismo tiempo le diera el tratamiento de teniente, obligó a sonreír a Betsy. Mientras le veía alejarse a grandes zancadas, se dijo que realmente nunca había conocido a un hombre tan desenvuelto y seguro de sí mismo como aquel soldado. Daba la sensación de ser capaz de conseguir lo que se propusiera, sin importarle lo absurdo o difícil que fuese.

George se instaló en el «*jeep*» y, poniéndolo en marcha, se dirigió hacia la intendencia regimental.

CAPÍTULO VI

George regresaba hacia su tienda después de ser, relevado de su puesto de centinela, cuando vio que el teniente Donovan le salía al encuentro con expresión contrariada.

—Escuche, Ryan. He querido proponerle a usted para una condecoración por lo que hizo la noche en que asaltamos el nido de ametralladoras. Pero siento comunicarle que mi propuesta ha sido denegada por... la superioridad.

El joven comprendió. Donovan había empleado la palabra superioridad para no tener que mencionar directamente al capitán.

—No se preocupe, señor. No tiene importancia.

El teniente se mordió el labio inferior.

—Sí que la tiene, y deseo que sepa usted que yo siempre creeré que merece una medalla. Eso es todo.

George asintió.

—Gracias, señor.

Cuando entró en la tienda, se encontraban únicamente allí Bruce, que parecía aburrido, Craig, sentado en su colchoneta leyendo un libro, y Alvin que escribía una carta a su madre. Dixon y Smith estaban de servicio. El joven dejó su fusil y se quitó el casco, frotándose las manos.

—Bueno, parece que el frío se nos está echando encima. Sólo falta que empiece a nevar para que esta guerra resulte aún más odiosa.

Craig levantó la vista del libro y murmuró:

—No te preocupes. El capitán, para que estemos bien calentitos, dispondrá que nuestros uniformes de invierno deben consistir, simplemente, en la camiseta y los calzoncillos.

Bruce encendió un cigarrillo y miró pensativo a George.

—Oye, Ryan, supongo que te van a conceder una medalla por tu actuación durante el asalto al nido de ametralladoras.

El joven sacudió la cabeza.

—Te equivocas, muchacho. El teniente acaba de comunicarme que su propuesta ha sido denegada por «la superioridad».

Bruce, en un gesto de rabia, arrojó al suelo su colilla.

—La supe... ¡Claro, el capitán! ¡Ese cerdo asqueroso!

Alvin dejó su carta y se volvió hacia el joven.

—Pero no puede negártela, George. Por mucho menos de lo que tú hiciste, hay individuos que llevan el pecho lleno de chatarra. En la carta que escribo a mi madre le hablaba de ti y le decía que te iban a conceder una medalla.

—Pues tacha ese párrafo. No habrá condecoración para mí ni para ninguno de vosotros —repuso el joven sin darle importancia.

Bruce, que le miraba fijamente, dijo de pronto:

—Escucha, Ryan. Aunque no te perdono el puñetazo que me diste, quiero que sepas que te admiro.

George se echó en la colchoneta, tapándose con la manta.

—Lo celebro. Y ahora, haced el favor de cerrar el pico y dejarme dormir. Si pregunta alguien por mí, decid que he salido, a menos que sea el capitán que me invita a tomar el té.

Craig dejó a un lado su libro y se echó a reír.

—Lo que más me gusta de Ryan, es que no hay nada capaz de matar su sentido del humor. ¡Esos irlandeses!

Una tarde, George se estaba afeitando, cuando vio pasar a Alvin que, con los labios muy apretados, iba conducido por dos soldados en cuyos rostros había una expresión de disgusto. El sargento Collins, hosco y de mala gana, precedía al grupo. George, extrañado, preguntó:

—¿Qué sucede? ¿A dónde llevan al muchacho?

Collins le rechazó con la mano.

—Apártese, Ryan. No se meta en esto.

El joven se volvió hacia un veterano, que miraba la escena con un odio profundo en sus pupilas.

—¿Tú sabes lo que ha pasado?

El otro asintió.

—Sí. Alvin salía de guardia, y el capitán le ha ordenado que fuese a Kunari a buscarle unas botellas de *whisky*. El muchacho le ha recordado que acababa de terminar un servicio de armas, por lo que le correspondían doce horas de descanso. Entonces el capitán,

por indisciplina, le ha castigado a permanecer veinticuatro horas atado a las alambradas ¡completamente desnudo! Es uno de sus arrestos favoritos.

George le miró incrédulo.

—¡Pero esto es una salvajada! Hace ya mucho frío y por las noches hiela. ¡Alvin habrá muerto antes de que amanezca!

El veterano hizo un gesto de profunda amargura.

—Ya irás conociendo a Robert Whitmore.

George, horrorizado, vio cómo los dos soldados, a regañadientes y con tremenda repugnancia, despojaban al muchacho de todas sus ropas y le ataban a una de las alambradas que había frente a las posiciones. Los ojos de todos los hombres de la compañía, llenos de rencor y de coraje, se dirigieron hacia aquella figura patética y solitaria.

Por la noche, cuando todo estaba silencioso y oscuro y, excepto los centinelas, todos los hombres dormían, George, con una manta bajo el brazo y la cantimplora colgada del cinto, salió sigilosamente de la tienda. Sin hacer el menor ruido, se deslizó fuera de la trinchera y avanzó hacia las alambradas procurando que nadie le viera.

Encontró a Alvin medio desvanecido del frío. Tenía la carne amoratada y temblaba violentamente. George le cubrió con la manta y, al tiempo que le frotaba vigorosamente los miembros entumecidos, murmuró:

—Animo, muchacho. Todo irá bien.

Le acercó la cantimplora a los labios, agregando:

—Bebe. Ya sabes que está llena de *whisky*.

Alvin tragó el fuerte licor a borbotones. Al cabo de unos momentos, miró agradecido a su camarada.

—Gracias, George. Parece que... me encuentro algo... mejor — murmuró con dificultad, arrebujándose en la manta.

—Vamos, bebe otro trago. Es lo mejor para el fri...

Se interrumpió bruscamente al quedar deslumbrado por el brillante haz luminoso de una linterna. Inmediatamente, se oyó la voz del capitán que decía con acento glacial:

—Muy bien. Veo que se permite usted el lujo de modificar mis órdenes. Esperaba que sucediera algo por el estilo. No es tarea fácil burlarse de mí.

Al acostumbrarse a la luz, George pudo ver que ante él se hallaba Whitmore en compañía de Collins y una patrulla de soldados. Comprendió que Whitmore había estado al acecho en espera de qué alguno de los hombres intentara ayudar al desgraciado Alvin. Esta suspicacia del capitán hizo que en su pecho se acrecentara su odio hacia él.

Momentos más tarde, George y Alvin, comparecían ante Whitmore, en la tienda de este último. Donovan, con evidente disgusto, se hallaba presente en la entrevista. El capitán, sentado tras su mesa plegable, miraba con fría cólera a los dos hombres.

—¿Cómo se llama usted? —preguntó al joven.

—George Ryan.

Whitmore se volvió hacia Donovan.

—¿Ryan? ¿No es el que propuso usted para una condecoración? El teniente, incómodo y molesto, frunció el ceño.

—Sí, señor.

Una expresión de sarcasmo plegó los labios del capitán.

—Le felicito, teniente. Escoge usted para ser recompensado al elemento más díscolo e indisciplinado de la compañía. Veo que no puedo confiar ni en mis oficiales subalternos. ¿Es que se han propuesto convertir esta unidad en un internado para señoritas?

Donovan guardaba un silencio hosco y malhumorado. Whitmore se volvió hacia George.

—Usted sabía que Shank estaba bajo un castigo impuesto por mí. ¿Por qué fue a auxiliarle contraviniendo mis órdenes?

George sostuvo tranquilamente la mirada del capitán y repuso con voz sosegada:

—Porque se me ocurrió pensar que estábamos aquí para combatir a los chinos y defender a nuestro país, y no para soportar castigos que no se le aplican ni al más sanguinario de los asesinos.

Whitmore palideció intensamente y, al tiempo que por sus pupilas cruzaba un relámpago de ira inhumana, se puso en pie violentamente, mientras su mano buscaba frenética su pistola.

—¡Maldito desvergonzado! —vociferó fuera de sí—. ¡Te voy a matar!

Donovan, alarmado, intervino:

—¡Por favor, señor! ¡Domínese!

Whitmore le miró con los ojos saltándole de las órbitas. Luego,

tras una breve vacilación, se dejó caer en su silla, pasándose una mano temblorosa por la frente. Reinó un prolongado silencio, al final del cual Whitmore, de nuevo dueño de sí, volvió a levantar su rostro endurecido hacia los dos hombres.

—Está bien, Ryan. Haremos las cosas como es debido. Usted y Shank, por haber quebrantado la disciplina militar y haber contestado groseramente a un superior, permanecerán una semana cavando trincheras con una caja de municiones atada a la espalda. Usted, Collins, se encargará de que la orden sea cumplida.

El sargento se humedeció los labios con la lengua.

—Sí, señor.

—Perdón, señor —intervino Alvin—. Castígueme a mí, pero George...

—¡Silencio! —ordenó Whitmore—. ¡No quiero oír hablar más de este asunto!

CAPÍTULO VII

George interrumpió un momento su tarea y, apoyándose en el mango del pico, se pasó el dorso de la mano por la frente sudorosa. Miró a Alvin que, unos metros más allá, trabajaba en silencio. Pese al intenso frío reinante, ambos se sentían acalorados. Ello no sólo era debido al trabajo de cavar trincheras, sino al insoportable peso de la caja de municiones que, a todas horas, llevaban atada a la espalda por medio de unos alambres. Hacía ya cinco días que estaban sometidos a aquel castigo agotador que les producía grandes sufrimientos. Por la noche se veían obligados a dormir bocabajo, bajo el peso aplastante de la caja. Ambos sentían que sus fuerzas se iban agotando, y George, viendo a Alvin pálido y enflaquecido, se preguntó si el muchacho podría resistir hasta el fin el inhumano castigo.

El centinela que les vigilaba miró temeroso en torno suyo.

—Vamos, chicos, no interrumpáis el trabajo. Si el capitán lo ve, nos las vamos a cargar todos.

George reanudó la tarea. Sabía que todos los hombres de la compañía estaban de su parte y que el odio hacia Whitmore iba en aumento. En una ocasión, oyó que los dos segundos tenientes se quejaban del capitán ante Donovan.

—Ese hombre está loco o es un asesino —decía uno de ellos—. Hay que entregar al coronel un informe acerca de lo que está ocurriendo. ¿Es que ningún oficial se ha quejado jamás?

—Los oficiales no suelen durar mucho tiempo en esta compañía —repuso Donovan—. O piden el traslado o mueren de la forma más estúpida. No tienen tiempo para quejarse. Sin embargo, hace ya algún tiempo que yo entregué un informe al coronel. Pero, por lo visto, nadie me ha hecho caso.

George sonrió para sus adentros. Donovan ignoraba que, gracias a su informe, él estaba allí. Y el coronel Hughes había recibido

órdenes de Washington para que no hiciera nada contra Whitmore y guardara todo aquel asunto en el más estricto secreto. Hughes, que era un militar modelo, había cumplido la orden admirablemente. El caso estaba en manos del «Intelligence Service».

Un zumbido agudo y ensordecedor vino a interrumpir los pensamientos de George. Como Alvin y el centinela, alzó la cabeza hacia el cielo, pudiendo ver seis aviones a reacción que pasaban raudos por encima de las posiciones. Pudo también reconocer el modelo inmediatamente: «Mig 15» de fabricación rusa.

En aquel mismo momento, de debajo de las alas de los aviones partieron varios proyectiles cohete que fueron a estallar en rápida sucesión contra las trincheras, levantando nubes de polvo y de cascotes. A la primera escuadrilla siguió otra, y otra y otra. Los proyectiles cohete hacían violentos impactos en los parapetos, mientras otros aviones, en pasadas rasantes, barrían con sus ametralladoras las defensas americanas.

El ataque de la aviación enemiga se había extendido a lo largo de un frente de varios kilómetros. Los cañones y las ametralladoras antiaéreas emplazados en Kunari y en otros puntos, disparaban rabiosamente contra los veloces aparatos agresores, que estaban sembrando de fuego y de metralla una amplia zona.

George, Alvin y el centinela echaron a correr veloces, mientras sobre sus cabezas se desencadenaba un infierno de estampidos. Pudieron ver cómo uno de los «Mig», alcanzado por una granada antiaérea, estallaba en pleno vuelo, saltando en pedazos por el aire. Luego, los tres entraron en uno de los refugios excavados en la tierra. El sargento Collins se acercó apartando a los hombres que se apiñaban en el túnel y ordenó:

—Quítense esas cajas de municiones y vayan a buscar sus armas. Se les levanta el castigo por el momento.

George y Alvin salieron otra vez al exterior y corrieron hacia su tienda de campaña. Por todas partes estallaban los cohetes y la tierra era violentamente removida por las explosiones. Recogieron los fusiles y en el momento en que acababan de abandonar la tienda, ésta recibió el impacto de un proyectil y saltó hecha añicos.

El teniente Donovan apareció a la entrada de un refugio.

—¿Se han vuelto ustedes locos? ¡Vengan aquí antes de que esos aviones les hagan pedazos!

Los dos jóvenes entraron en el refugio de Donovan. Allí, aparte del teniente y algunos soldados, se hallaba Whitmore junto a su teléfono de campaña. La distancia que les separaba del cuartel general del regimiento era demasiado grande para que el «walkie-talky» fuera de alguna utilidad. El capitán, al verles entrar, les miró un momento con sus ojos extrañamente brillantes. Tenía en el rostro una expresión tensa, ansiosa, como si se hallara profundamente concentrado en sí mismo. No dijo nada, y devolvió su atención al teléfono.

Pronto, la artillería unió su acción a la de los aviones, machacando las posiciones con una lluvia de proyectiles. La tierra temblaba bajo aquel alud destructor que se le venía encima. Los hombres, en el interior de los refugios, notaban la vibración de las ondas explosivas. Uno de los túneles, pertenecientes al segundo pelotón, recibió un impacto directo. Todos sus ocupantes murieron.

Por medio del teléfono que les mantenía en contacto con el cuartel general, supieron que todo enfrente que cubría la división, y también un regimiento surcoreano, se hallaba bajo el furioso fuego de la artillería y de la aviación enemigas. El número de bajas empezaba a ser considerable y, sin embargo, las ambulancias no podían actuar ya que todos los caminos estaban batidos por la metralla.

Una hora, más tarde, el fuego enemigo fue cediendo rápidamente en intensidad, y entonces la feroz infantería china se lanzó al asalto de las líneas americanas. Era un espectáculo aterrador, ver a aquellos soldados gigantes y hercúleos, de ojos oblicuos y pómulos pronunciados, avanzando como una masa vociferante y salvaje, bajo la protección de sus ametralladoras y morteros de campaña.

En el sector de la compañía C, los hombres corrieron presurosos a ocupar sus puestos de combate. Desde sus parapetos, vieron avanzar por la tierra de nadie a aquella impresionante marea humana, que amenazaba, con engullirles. Todas las manos se crisparon en torno a las armas y los ojos, en los rostros desencajados bajo los cascos, brillaban alucinados.

De súbito, la compañía C abrió fuego. Ametralladoras, fusiles ametralladoras, lanzagranadas, metralletas y fusiles comenzaron a vomitar su mortífera carga sobre la masa enemiga. En medio del

rabioso tableteo, las primeras filas de atacantes fueron totalmente barridas. Uno tras otro, los soldados chinos se desplomaban sin vida, pero sus compañeros seguían adelante con un absoluto desprecio a la muerte. Las armas automáticas ladraban sin descanso, enviando chorros de balas en todas direcciones y abriendo grandes claros en las formaciones enemigas. Sin embargo, y pese a que la tierra se iba sembrando de cadáveres, los chinos persistían en su empeño.

Alvin, que disparaba su fusil junto a George, balbuceó:

—¡Dios Santo, va a ser imposible detenerles!

Un soldado que estaba cerca de ellos, de pronto se agitó violentamente y cayó al fondo de la trinchera con un balazo en la cabeza. Alguien lo retiró, mientras el fuego contra los asaltantes se reanudaba. Las armas, de tanto disparar, ardían en las manos de los combatientes.

Al fin, los chinos, con las formaciones diezmadas y reducidas a menos de la mitad, emprendieron el regreso hacia los puntos de partida, dejando la tierra de nadie sembrada de cadáveres. En las posiciones de la compañía C, los hombres respiraron con cierto alivio. Sin embargo, ellos habían sufrido bastantes bajas y no tardaron en saber que los chinos habían conseguido abrir brecha en otros sectores y se estaban enviando refuerzos para intentar cortarles el avance. Si no se les detenía, podían encerrar en una bolsa a gran parte de la división.

El momentáneo respiro duró poco. Los chinos volvían al ataque, pero esta vez iban precedidos por dos grandes carros de combate «T 34» de procedencia rusa. En todos los semblantes se pintó el horror que producía la presencia de los monstruos blindados, que se movían con un zumbido de sus potentes motores. Tras ellos, avanzaba la infantería.

Donovan se acercó corriendo a Whitmore, que permanecía inmóvil contemplando al enemigo.

—Señor —exclamó dominando el fragor de las armas que disparaban sin descanso contra los chinos—, es preciso destruir esos tanques. De lo contrario, no nos podremos sostener por mucho tiempo.

Los cañones de los carros de combate habían abierto fuego contra las posiciones. Whitmore miró en torno suyo como si

estuviera desconcertado.

—Sí —susurró—, hay que destruirlos. ¡Collins, ordene que salgan unos hombres con los «bazookas»!

Pero el sargento Collins yacía muerto sólo a unos pasos de distancia. Whitmore, en un súbito arranque de furor, se volvió hacia Craig, que estaba disparando junto a él, y le sujetó por los hombros.

—¡Usted, vaya a buscar uno de los «bazookas»!

Craig le miró asombrado.

—Jamás he disparado uno, señor.

Whitmore palideció.

—¡No me replique! ¡Obedezca mis órdenes o de lo contrario...!

Le apuntó amenazador con su metralleta. Craig, blanco como el papel, obedeció. Acompañado por otros dos hombres y llevando el «bazooka» al hombro, salió arrastrándose de la trinchera. Tres soldados más, con un nuevo «bazooka», salieron por otro sector. Smith, mientras Craig se alejaba no pudo contenerse.

—¡No ha manejado nunca un «bazooka»! ¡Va a una muerte segura!

Sus palabras expresaban la opinión de todos los soldados de la compañía, que miraban con ojos angustiados cómo su camarada marchaba al encuentro del tanque. Donovan también parecía hondamente impresionado.

—Pobre muchacho —susurró George.

Los carros se hallaban ya peligrosamente cerca de la posición, seguidos de la infantería china que, pese a las numerosas bajas que les causaba el rabioso fuego de las armas automáticas, continuaban su avance inexorable. De pronto, el «bazooka» manejado por Craig entró en acción. Todos pudieron ver cómo el proyectil cruzaba el espacio con un agudo silbido e iba a estrellarse en el suelo, a pocos pasos de distancia de uno de los tanques. Bruce, con los puños crispados, gritó frenético:

—¡Vuelve a tirar, Craig! ¡Vuelve a tirar!

Pero ya era tarde. Los servidores del carro habían localizado a su mortal enemigo y una de sus ametralladoras comenzó a disparar ráfaga tras ráfaga. Craig y sus compañeros, sin tiempo para cargar nuevamente el arma, se desplomaron cosidos a balazos. Bruce ocultó el rostro entre las manos, balbuceando:

—Craig, Craig...

Todos los ojos se volvieron cargados de odio hacia Whitmore, que contemplaba impasible el aniquilamiento de los tres hombres. Pero no había tiempo para hacer reproches; el peligro es inminente. El otro «bazooka», mejor manejado, logró dar de lleno en el segundo tanque, reventándolo y haciéndolo arder como una antorcha.

Pero el primer carro se hallaba ya sólo a unos metros de la posición, precediendo a las diezmadas tropas chinas, de las que sólo quedaban ya menos de la tercera parte. Los componentes de la compañía C comprendieron que todo estaba perdido. Ellos podían luchar y vencer a los hombres, pero eran impotentes ante el poderoso «T 34», que los aplastaría y cazaría como conejos indefensos. Sus armas nada podían contra el espeso blindaje del monstruo. Se disponían a vender caras sus vidas, cuando el aire se llenó de agudos e impresionantes zumbidos.

Los combatientes, angustiados, levantaron sus cabezas hacia el cielo. Por encima de ellos vieron pasar, increíblemente raudos, dos escuadrillas de cazas a reacción. Una voz, la de Smith, se elevó vibrante de júbilo:

—¡Son «F 86»! ¡Es nuestra aviación que viene a ayudarnos!

Uno de los aparatos se destacó de los demás y, tras efectuar un giro amplio y veloz, se precipitó sobre el carro enemigo rugiendo como un meteoro. De debajo de sus alas, con penetrantes silbidos, surgieron los proyectiles cohete. Los dos primeros dieron en tierra, a escasa distancia del tanque, pero el tercero pegó de lleno en el monstruo blindado, haciéndolo saltar en pedazos.

De las gargantas de los soldados surgieron gritos de loca alegría, mientras el F 86, conseguido su propósito, se alejaba en pos de los otros aparatos rumbo a los sectores donde se estaba luchando denodadamente para taponar la penetración enemiga.

Los restos de los atacantes, ya una sección escasa, consiguieron alcanzar las posiciones de la compañía C. El choque fue violento, salvaje. Se entabló una feroz e inhumana lucha cuerpo a cuerpo, en la que cada hombre se esforzaba en aniquilar por todos los medios a su contrincante. Sólo se escuchaban jadeos, gritos de dolor y de rabia. Donovan disparaba la metralleta en torno suyo, mientras Bruce y Smith, despechugados y vociferantes, arrojaban bombas de mano y se batían como leones.

George y Alvin se vieron rodeados por cuatro soldados chinos. El muchacho hundi6 su bayoneta en el pecho de uno de los enemigos, pero a su vez recibió un balazo en el hombro que lo derribó de espaldas. George disparó por dos veces su fusil automático, dando muerte a dos de los chinos. Sin embargo, apenas tuvo tiempo de desviar con el fusil el bayonetazo que le asestaba el último de ellos. Sintió que el acero se le clavaba profundamente en el muslo y, perdiendo el equilibrio, cayó de rodillas. Su enemigo se disponía a asestarle el golpe definitivo, pero el joven, desde el suelo, volvió a disparar. Su contrincante se desplomó sin vida.

Arrastrándose, el joven se acercó a Alvin. El muchacho había perdido el conocimiento y por su herida manaba la sangre en abundancia. Sentándose en el suelo, ya que tenía una pierna inservible, el joven siguió disparando contra los asaltantes.

La lucha duró ya muy poco. Casi todos los chinos fueron aniquilados y sólo se hicieron siete u ocho prisioneros, casi todos ellos heridos. Por doquier, en la tierra de nadie y en las mismas trincheras, los muertos formaban una alfombra macabra e impresionante.

CAPÍTULO VIII

La ambulancia, formando parte de una caravana de vehículos sanitarios, avanzaba lentamente por el desigual camino que conducía a Kunari. En su interior, George, en compañía de Alvin y otros heridos, escuchaba el fragor de la batalla que se estaba desarrollando en otros sectores del frente. Las penetraciones enemigas habían sido taponadas, y ahora las fuerzas americanas y surcoreanas estaban aniquilando los focos de resistencia enemigos. El ataque chino había fracasado a costa de elevadas pérdidas por ambas partes.

Llegaron al hospital de Kunari, donde rápidamente los heridos fueron atendidos. Mientras Alvin era internado en un quirófano donde debían extraerle la bala alojada en el hombro, la pierna de George era tratada por un cirujano para evitar que la herida de bayoneta le produjera gangrena gaseosa.

Luego, fueron conducidos a una de las salas. A petición de George, él y Alvin fueron instalados en camas contiguas. El muchacho no había recobrado aún el conocimiento, cuando George estaba ya repuesto de los efectos de la anestesia. En el hospital reinaba una febril actividad para poder atender el gran número de heridos que iban ingresando.

Entre el ir y venir de enfermeras, médicos y sanitarios, George vio que Betsy Whitmore entraba en la sala y, con aire preocupado, se dirigía hacia el otro extremo. Vestida con su blanco uniforme, la muchacha estaba aun más hermosa que de ordinario, ya que parecía irradiar dulzura. Al pasar por delante de su cama, el joven saludó en tono festivo:

—A sus órdenes, mi teniente.

Betsy se detuvo en seco y volvió hacia él su rostro sorprendido. Le miró durante unos instantes con los bellos ojos muy abiertos, como si no pudiera dar crédito a lo que estaba viendo. Luego,

balbuceó:

—George Ryan...

Él se echó a reír.

—Ya le dije que no tardaríamos en volvernos a ver.

La muchacha no parecía salir de su asombro. Con un brillo de temor y de sospecha en sus pupilas, murmuró:

—¿No habrá sido usted tan loco como para...?

Un cirujano, que avanzaba presuroso, la interrumpió impaciente:

—Por favor, Betsy. Hay mucho trabajo y necesito que usted me ayude.

La muchacha se marchó con el médico, sin dejar de dirigir continuas miradas hacia George. Durante el resto del día, el joven no la volvió a ver. Pero, por la noche, la vio entrar en la sala con aire de fatiga.

—¿Cansada, mi teniente?

Betsy se detuvo junto a su lecho y cerró un momento los ojos.

—El trabajo más urgente se ha terminado ya. Durante todo el día no hemos cesado de operar heridos. El joven hizo una mueca.

—Sí, ha habido una buena carnicería. Por fortuna, la batalla está prácticamente terminada.

La muchacha se pasó una mano por la frente.

—He buscado su ficha. Veo que su herida tiene poca importancia. Sólo un bayonetazo en el muslo, que únicamente ha causado desgarrones en el músculo.

—He tenido suerte. Dicen que la mala hierba nunca muere.

Betsy parecía un tanto preocupada...

—¿Y mi hermano? ¿Está bien?

George asintió.

—No se torture. Nada le ha ocurrido.

La muchacha le agradeció con una sonrisa las palabras de consuelo y explicó:

—He hablado con el médico acerca de usted y me ha dicho que en pocos días se pondrá bien y podrá reincorporarse a su compañía.

George adoptó una expresión de cómico desconsuelo.

—Qué lástima. Todo lo bueno se acaba pronto. Yo que me había hecho la ilusión de pasar una temporada en compañía de usted...

El rostro de Betsy se puso súbitamente serio, grave, y miró al joven con mal disimulado reproche.

—Escuche, George. Lo que ha hecho usted no está nada bien. Sinceramente, le creí a usted con más sentido de la responsabilidad. Él la miró sin comprender.

—No sé de qué me está hablando.

Pero la gravedad de Betsy no se desvanecía.

—De nada le va a servir disimular. Sabe usted muy bien a lo que me refiero.

George, desconcertado, se rascó el cogote.

—Palabra que no me entero de nada.

Betsy le contempló durante unos momentos y, no pudiéndose dominar por más tiempo, exclamó:

—George, ¿por qué es usted tan loco? El día en que nos conocimos me dijo usted que se iba, a pegar un tiro para que así yo... yo le cuidara. Entonces creí que se trataba de una broma, pero ahora comprendo que hablaba usted en serio.

El primer impulso del joven fue echarse a reír divertido. ¡Betsy creía que se había hecho herir voluntariamente para volverle a ver en el hospital! Sin embargo, se dominó, decidido a continuar con el engaño. Adoptando un aire compungido, susurró:

—¿Es que el verla a usted de nuevo, el escuchar su voz otra vez, no merece el sacrificio de que una bayoneta me agujeree, la piel?

Betsy movió la cabeza contrariada, pero era evidente que las palabras del joven, en el fondo, la halagaban.

—George, qué insensato es usted. ¿No comprende que la automutilación está muy castigada en el ejército? Si sus superiores se enterasen, le formarían consejo de guerra.

Él la miró a los ojos.

—Pero sólo pueden enterarse si usted me denuncia. ¿Será capaz de hacerlo, de traicionar mi confianza? Mi seguridad está ahora en sus manos, le he confiado mi secreto. Contésteme, ¿será capaz de denunciarme?

Betsy se revolvió intranquila.

—No, claro que no le denunciaré —repuso en un susurro. Luego, desviando la mirada, agregó con voz insegura—: Además, lo que usted ha hecho es peligroso. El bayonetazo pudo ser en una parte vital del cuerpo y costarte la vida.

George comprendió que estaba demostrando poseer unas magníficas cualidades de actor, y decidió llevar la comedia hasta el

fin. Sin apartar ni un instante su mirada de la muchacha, preguntó con voz suave:

—¿Le habría importado mucho mi muerte?

Betsy continuó con la vista baja, mientras un ligero rubor teñía sus mejillas.

—Sí, naturalmente que sí. Mucho —fue su contestación dicha en un susurro.

Aquella noche, mientras pensaba en la muchacha y se decía que ella podía ser un buen medio para averiguar muchas cosas acerca de Whitmore, George oyó un ligero ruido en el lecho de al lado. Volvió rápidamente la cabeza, viendo a Alvin que, con los ojos muy abiertos en su rostro desencajado y pálido, le estaba contemplando.

—Hola, patriota. ¿Cómo va eso?

El muchacho sonrió débilmente.

—Me siento terriblemente mal. Como si un tanque me hubiera pasado por encima. ¿He permanecido mucho rato inconsciente?

—Casi doce horas. Pero ahora todo marcha bien. Hemos rechazado a los chinos y tú y yo estamos en un hospital limpio y confortable. A ti te han pegado un balazo en un hombro y a mí me han pinchado con una bayoneta en un muslo. Total, nada. Un par de heridas con suerte.

Alvin cerró los ojos y balbució:

—Lo último que recuerdo es que tú derribaste a tres de los chinos que nos atacaron.

—Y tú te llevaste por delante a uno de ellos.

Pero George no obtuvo contestación. Alvin había vuelto a caer en un profundo sopor. El joven se encogió de hombros y, arrebujándose entre las mantas, se durmió.

A la mañana siguiente Betsy acudió para examinar las heridas de ambos. Alvin, cuando descubrió que era hermana del capitán Whitmore, quedó desconcertado. Sin embargo, la simpatía de ella no tardó en conquistarle. George, en los días que siguieron, no dejó de representar el papel que se había impuesto. Era evidente que la creencia de Betsy de que el joven se dejó herir por ella la había impresionado hondamente. Y decidió aprovechar esta circunstancia hasta el máximo. Establecer una intimidad con la hermana de Whitmore podía revelarle cosas del máximo interés. Por otra parte, se dijo, la tarea era en extremo agradable, ya que la muchacha era

encantadora y en su compañía parecían olvidarse todos los problemas. Sostuvieron juntos largas conversaciones y, viendo la nobleza de sus ideas y la exquisita sensibilidad de sus sentimientos, George se preguntaba cómo era posible que en las venas de Betsy corriera la misma sangre que en las de Whitmore. Un día la muchacha le preguntó:

—George, ¿por qué usted y Alvin evitan siempre hablarme de mi hermano?

El joven se encogió de hombros.

—No lo hacemos deliberadamente. Lo que ocurre es que ni a él ni a mí nos parece un tema adecuado de conversación. Mientras no estemos en la compañía, preferimos olvidar todo lo que a ella se refiere. Además, pocas cosas agradables se pueden contar acerca de Whitmore.

Una expresión de intenso sufrimiento se reflejó en el rostro de la muchacha.

—Yo no sé lo que le ha ocurrido a Robert últimamente. Parece otro. Las pocas veces que le he visto ha estado conmigo seco, frío, impersonal. Me ha dado la sensación de que éramos dos desconocidos. Antes él no era así. Me quería mucho y mostrábase conmigo cariñoso y atento. Todo el mundo le apreciaba. Ahora, en cambio, basta que diga mi apellido para que todos los que le conocen me miren con cierta prevención. Ni siquiera se toma la molestia de venir a verme, de interesarse por mí. Yo... yo estoy muy preocupada por él.

George sintió un ramalazo de simpatía hacia la muchacha y, poniendo una mano en la de ella, murmuró:

—Son cosas de la guerra. No debe darles demasiada importancia. Es una pena que una cabecita tan linda como la suya se atormente por cosas que se solucionarán por sí solas. Cuando todo esto termine, su hermano volverá a ser el de antes.

Betsy le miró agradecida.

—Es usted muy bueno, George. Gracias.

El joven, sin saber exactamente por qué, sintió cierta vergüenza de sí mismo.

CAPÍTULO IX

Una semana más tarde George fue dado de alta. Se despidió de Alvin, que aún debía seguir en el hospital durante una temporada.

—Bueno, muchacho, a ver si te pones pronto bueno y te reúnes con nosotros. Claro que en ningún sitio estarás mejor que aquí, lo más lejos posible de Whitmore.

Alvin le estrechó la mano.

—Te echaré de menos, George. Yo también estoy deseando reunirme con todos vosotros, a pesar de Whitmore. Me hice voluntario para luchar en el frente, no para permanecer en la cama de un hospital.

El joven se echó a reír.

—Oh, sí, ya sé que eres muy patriota. Pero, a pesar de esto, eres un buen chico y se te puede perdonar.

Ya en la puerta del hospital, George estrechó la mano de Betsy.

—Adiós, siento que esto se haya acabado. Esperaba estar más tiempo en compañía de usted.

Ella le miraba un tanto angustiada.

—Por favor, George. No vuelva a cometer ninguna locura. Prométamelo.

El joven sonrió.

—Si usted me lo pide, tendré que obedecer. Yo no soy capaz de negarle nada, Betsy. De todos modos, estaré deseando que llegue el día en que nos veamos de nuevo.

La muchacha, sosteniéndole la mirada, repuso dulcemente:

—Yo también, George. Y no cometa usted imprudencias.

—Prometido.

Momentos más tarde, en el *jeep* que transportaba el suministro, el joven emprendió el regreso hacia las posiciones que ocupaba la compañía C. Su llegada fue acogida con júbilo por sus compañeros, que no le ocultaron su envidia ante la temporada de descanso que

había pasado en el hospital de Kunari.

—Eres un tipo con suerte, George. Una herida leve que te permite perder de vista al capitán durante una semana —comentó Dixon.

—Más afortunado aún es Alvin —intervino Bruce—. Todavía sigue en Kunari.

—Pero su herida fue más grave —advirtió George.

Donovan también le dio la bienvenida, sinceramente complacido de tenerle allí nuevamente. Whitmore, en cambio, le ignoró completamente, pero no volvió a hablar del castigo que el ataque chino había interrumpido. Los hombres estaban agotados a causa de los duros combates de los últimos días, y el elevado número de bajas sufridas había creado en la compañía un ambiente irritable y de descontento hacia el capitán aún mayor que de ordinario.

—No le importan las vidas humanas —comentaba Bruce amargamente—. Para él, un soldado tiene menos valor que un fusil. Además, no sabe mandar una compañía. Sus órdenes son confusas y estúpidas. Si no llega a ser porque decidimos defendernos a toda costa, los chinos nos hubieran expulsado de las posiciones.

George sabía que esto era cierto. Whitmore, durante el ataque chino, se mostró inseguro, vacilante, como si ignorara el modo de hacer frente a la situación de forma serena y efectiva. La muerte de Craig lo ponía bien en evidencia.

Al día siguiente de la llegada de George, el coronel Hughes Se presentó en las trincheras en visita de inspección. En presencia de toda la compañía, dijo a Whitmore:

—Puede estar orgulloso de sus hombres, capitán.

Pese a que sufrieron uno de los asaltos más furiosos del enemigo, no retrocedieron un solo paso y supieron conservar sus posiciones. Otras unidades, en cambio, se vieron obligadas a replegarse a segunda línea y hubo que enviarles carros de combate y refuerzos para recuperar el terreno perdido y aniquilar las infiltraciones chinas. Me siento orgulloso de la compañía C.

Whitmore, con las mandíbulas fuertemente apretadas, no hizo un solo comentario. El coronel, en tono inesperadamente triste, agregó:

—Lo único que enturbia mi alegría es pensar en el número de bajas que han sufrido ustedes. Pero supongo que esto fue inevitable.

Los hombres contemplaron a Whitmore, que repuso escuetamente:

—Completamente inevitable, señor.

Bruce, en voz baja y contenida, casi para sus adentros, murmuró:

—Canalla...

El coronel, a continuación, les comunicó una noticia que llenó a todos de júbilo. Toda la división, teniendo en cuenta el duro castigo sufrido durante la última batalla y como premio a su comportamiento, iba a ser relevada del frente y se le concedía por el alto mando una breve temporada de descanso en Fusan. Después de los largos meses de permanencia en primera línea, era necesario reorganizar sus unidades y reponerse del fuerte desgaste.

Aquella noche los hombres apenas durmieron a causa de la excitación. En algunas tiendas incluso se bailaba y se cantaba. Sin embargo, estas demostraciones duraron poco. Uno de los segundos tenientes, que estaba de servicio, tuvo que hacer una visita a las escuadras más escandalosas.

—Lo siento, muchachos, pero al capitán no le gusta este jaleo. Dice que si no lo interrumpís, se verá obligado a arrestar a los más revoltosos. Creedme y guardad silencio. Sería una lástima que todo se estropeará en vísperas de un permiso colectivo.

Los hombres, con un amargo sabor de boca, se fueron a dormir.

A la mañana siguiente llegó la unidad de relevo. La compañía C, al mando del teniente Donovan, se alejó de las posiciones cantando alegremente. Whitmore les había precedido en un *jeep* y los *hombres, sabiendo que no estaba cerca, sentían una sensación de alivio.*

En Kunari se reunieron con el resto del regimiento. Los hombres se instalaron en camiones, que no tardaron en emprender la marcha hacia el sur por pésimas carreteras. En distintos cruces de caminos se les fueron juntando camiones que transportaban otros regimientos, y pronto la caravana, conduciendo una división completa, se deslizó por la senda como una enorme e interminable serpiente.

Tras varios días de viaje, llegaron a Fusan. En todas las calles de la ciudad se veía un incesante ajetreo militar y por doquier circulaban soldados coreanos, americanos, turcos, ingleses y de

diversas nacionalidades. En el puerto se hallaban atracados muchos transportes y buques de guerra.

La división fue acantonada en un campamento situado en las afueras de Fusan. Los soldados, acostumbrados a vivir durante meses en las livianas tiendas de campaña, consideraron que los amplios barracones, dotados de calefacción y en cada uno de los cuales cabía un pelotón completo, eran verdaderos palacios. Dixon se dejó caer alegremente sobre su camastro y exclamó:

—¡Muchachos, ni los millonarios tienen en Miami casas como ésta!

Por orden del general, todos los componentes de la división tuvieron libre aquella misma noche. Los hombres, que después de varios meses podían lavarse a su gusto y cambiar sus ropas de campaña por las de ciudad, se dirigieron hacia Fusan como una manada de toros bravos. Muchos de ellos, al verse cuidadosamente afeitados y arreglados, se echaban a reír alegremente.

—¡Chico, no te reconocía! ¡Si eres tan guapo como Marlon Brando!

Bruce estaba diciendo a sus compañeros de escuadra:

—Yo conozco un lugar donde lo vamos a pasar en grande. Es una sala de baile que se llama «La Zapatilla Escarlata». La otra vez que estuve en Fusan me divertía como nunca. Hay unas coreanitas...

Puso los ojos en blanco y con las manos modeló en el aire una silueta femenina.

—Voy contigo —se apresuró a decir Dixon.

—Y yo —se agregó Smith.

Bruce se volvió hacia George.

—Supongo que tú también vienes, Ryan.

El joven le dio una palmada en la espalda.

—Más tarde. Antes tengo algo que hacer. Pero me reuniré con vosotros en «La Zapatilla Escarlata».

Mientras salían del barracón, Dixon volvió la cabeza hacia George.

—Te estaremos esperando, Ryan.

—Sí, desde luego. No tardaré mucho en aparecer por allí.

Una vez solo, George esperó a que los otros se hubieran alejado lo bastante. Entonces salió del barracón y se dirigió hacia el

alojamiento de los oficiales. Se cruzó con varios soldados que marchaban en sentido contrario y no se detuvo hasta llegar frente al gran edificio de madera, donde estaba instalada la oficialidad. Se situó a cierta distancia y encendió un cigarrillo, dispuesto a esperar.

Media hora más tarde vio salir del edificio la inconfundible figura de Robert Whitmore. Sin que éste se diera cuenta, le siguió fuera del campamento y a lo largo de la carretera, que estaba llena de grupos de hombres que se dirigían hacia la ciudad, cuyas luces brillaban a un kilómetro escaso.

CAPÍTULO X

George se detuvo un momento al ver que Whitmore entraba en un bar de una calle bastante concurrida. Luego, decidiéndose, entró también en el local. Éste no era muy grande y entre la concurrencia abundaban los militares americanos acompañados de muchachas. George vio que Whitmore, de espaldas a él, se había sentado a una mesa situada en un rincón.

El joven se acercó a, la barra, procurando que una especie de biombo le ocultara, a la vista de Whitmore, y pidió un *Martini*. Desde allí podía vigilar al capitán sin que éste le identificara. Un camarero se acercó a Whitmore, depositando sobre la mesa un vaso y una botella entera de *whisky*. El capitán, sin prestar atención a cuanto le rodeaba, como si se hallara aislado del resto del mundo, comenzó a beber vaso tras vaso.

Una hora más tarde la botella estaba casi del todo vacía y Whitmore, con la cabeza apoyada en los brazos cruzados sobre la mesa, se hallaba sumido en una profunda borrachera. George le señaló con un gesto, diciéndole al camarero que atendía el mostrador:

—¡Vaya una que ha pillado ese capitán! Hay gente que tiene una forma muy extraña de divertirse.

El camarero sonrió.

—Es el capitán Whitmore. Siempre que está en Fusan viene aquí y se emborracha como una cuba.

—Pero alguna vez vendrá acompañado.

—No, señor. Siempre lo hace solo y no falta ni una sola noche. Cuando deja de venir, sabemos que se ha marchado al frente.

—¿Y no escandaliza?

—No. Se sienta en el rincón más apartado y bebe hasta quedar borracho. Luego apoya la cabeza en la mesa y permanece inmóvil durante horas y horas. Cuando llega la hora de cerrar, se lo

advertimos y entonces se levanta, paga y se marcha a su casa. alguna vez ha sido necesario requerir la ayuda de alguna patrulla porque no se aguantaba en pie.

George aguardó aún durante media hora más, pero, comprendiendo que el camarero había dicho la verdad, salió a la calle. Se sentía un tanto desalentado, ya que supuso que tal vez aquella noche, siguiendo a Whitmore, podría descubrir algo interesante. No había sido así, y aunque no tenía ningún deseo de divertirse, se dirigió en busca de sus compañeros. Era preciso no despertar sospechas.

«La Zapatilla Escarlata» no se hallaba muy lejos. Era un local muy grande, iluminado con tubos neón de diversos colores. En uno de los extremos, en una especie de escenario, una orquesta interpretaba trepidantes *swings* y mambos, a cuyos compases se agitaba una multitud heterogénea formada por soldados de todas las nacionalidades que combatían en la península y por muchachas coreanas, japonesas, malayas, hawaianas e incluso americanas y europeas.

George encontró a sus amigos sentados a una mesa en compañía de unas chicas. Todos habían bebido más de la cuenta, pero el que parecía estar más borracho de todos era Bruce. Con los cabellos revueltos y una mirada turbia en las pupilas, bebía sorbo tras sorbo de *whisky*. Puso una mano en el brazo de George y murmuró con voz dolorida y estropajosa:

—Dime, Ryan, ¿por qué tuvo que morir Craig?

El joven miró a los otros dos, que se encogieron de hombros.

—Está así toda la noche —explicó Dixon.

Pero Bruce no hizo caso del comentario y continuó:

—Era un buen chico y no merecía que le matasen. Era muy inteligente y hubiera hecho grandes cosas en la vida. Os lo digo yo, que le conocía bien. ¿Por qué tuvo que morir?

—Vamos, olvídale. Nada puedes hacer ya por él —murmuró George.

—La culpa la tiene ese cerdo de Whitmore —siguió Bruce obsesionado—. Él le envió a la muerte. Fue un asesinato, un asesinato a sangre fría.

Cerró los puños y, en un rapto de furor, agregó:

—Sería capaz de destrozarle con mis manos, de vengar a Craig y

a todos los que han muerto por su culpa. ¡Quisiera tropezarme con él en este momento! ¡Es un asesino, un condenado asesino!

La chica que estaba con él hizo un gesto de contrariedad.

—Bueno, oye, ya me estoy cansando de esta historia. Yo he venido aquí a divertirme. Si no cambias de disco, me largo con otro.

Bruce se volvió hacia ella y, con el rostro desencajado, la sujetó fuertemente por un brazo.

—¡Estoy hablando de un camarada muerto en la guerra! ¡Ten más respeto o te cierro la boca a golpes!

La muchacha le miró un poco asustada, pero entonces intervino George.

—Vamos, Bruce, ésta es nuestra primera noche libre y hay que aprovecharla bien. Yo tengo ganas de bailar. ¿Vosotros no, muchachos?

—Se me van solos los pies cada vez que oigo un mambo —repuso Smith, y volviéndose hacia su pareja, agregó—: Anda, preciosa, ve a ver si encuentras una amiga tuya para Ryan.

La chica se alejó presurosa. Bruce parecía algo más calmado e incluso se rió de algunos chistes de Dixon. La pareja de Smith no tardó en volver en compañía de una pelirroja, que se mostró encantada con George. Todos se dirigieron hacia la pista y, mezclándose con los otros, se unieron al baile.

George y la pelirroja se estaban meciendo a los compases de la segunda pieza, cuando el joven vio que Bruce, en una de sus evoluciones, chocaba contra un robusto soldado de artillería.

—Oye, atontado, podrías mirar por dónde andas —exclamó el artillero.

Bruce, con los ojos llameantes, se volvió hacia el otro.

—¿Qué me has llamado?

El artillero hinchó el pecho.

—Te he llamado atontado, y también te puedo llamar recluta, sucio soldado de infantería, gallo sin espolones y...

No pudo continuar. Toda la furia que Bruce llevaba en el cuerpo encontró una vía de escape. Con la ferocidad de un felino, disparó su puño derecho contra la mandíbula del artillero, que retrocedió dando traspiés. Bruce saltó detrás de él y, pese a que el hombre no era manco y sabía defenderse, comenzó a propinarle una tremenda paliza. Un grupo de artilleros acudió en defensa de su compañero,

atacando a Bruce. Ésta fue la señal.

Abandonando a sus parejas, George, Smith y Dixon se lanzaron contra los que acorralaban a Bruce, comenzando a repartir puñetazos en todas direcciones. Unos soldados escoceses y colombianos se vieron mezclados en la pelea y, encantados, se dedicaron a aporrearse los unos a los otros. Los turcos se agregaron voluntariamente y, a los pocos momentos, la reyerta era general y los hombres se acometían sin saber quiénes eran amigos y enemigos.

George vio ante él a un soldado de aviación y, descargándole un terrible puñetazo, le lanzó contra el mostrador. Inmediatamente recibió un golpe en un pómulos y, girando rápidamente, se dedicó con aplicación a machacar el rostro a un infante inglés. Bruce y Smith, codo a codo, estaban propinando una paliza a un grupo de artilleros y Dixon, a fuerza de golpes, consiguió meter a un griego bajo una mesa.

La refriega había llegado a su punto álgido, cuando, dominando el estrépito y los agudos chillidos de las mujeres, se oyó una voz estentórea que exclamaba:

—¡La patrulla!

La pelea cesó como por ensalmo. Todos los hombres echaron a correr presurosos en busca de una salida. Y se veía a «marines» y a turcos, que momentos antes se zurraban de lo lindo, ayudándose mutuamente a escapar, o a griegos y a escoceses dándose la mano para saltar por las ventanas. En pocos segundos, «la Zapatilla Escarlata» quedó vacía.

George, Bruce, Dixon y Smith, habían conseguido salir por la puerta trasera y corrían veloces a lo largo de una solitaria calle lateral. No se detuvieron hasta que se encontraron a una distancia prudente del local. Entonces Dixon se reclinó contra un farol y, encendiendo un cigarrillo, miró a Bruce.

—Buena la has armado. En menudo lío nos metemos si nos pesca la patrulla. Nos pasamos el permiso metidos en un calabozo.

Bruce, apoyado en el hombro de Smith, presentaba como todos ellos muestras evidentes de la pelea: cabellos revueltos, las ropas desarregladas y señales de golpes en todo el cuerpo. Víctima aún de los vapores del alcohol y de la irritación que éstos le producían, farfulló:

—No me importaría que me fusilaran. Estoy harto de esta perra vida. ¿Por qué no he de morir yo, si ha muerto Craig? Él valía más que todos nosotros.

—Estás borracho como una esponja —comentó Smith.

—Lo mejor será llevarle al campamento —aconsejó George—. Le conviene dormirla.

—Vosotros qué sabéis lo que me conviene... —balbució Bruce, dejándose llevar—. Lo único que quiero es morirme.

—Sí, hombre, y te haremos un entierro sensacional —comentó Dixon con ironía.

Recorrían una calle, cuando, del bar donde George estuviera vigilando al capitán durante las primeras horas de la noche, vieron salir la figura de Whitmore, que echaba a andar con paso vacilante e inseguro. Bruce se detuvo bruscamente y, al tiempo que el odio crispaba sus facciones, exclamó en tono de ira contenida:

—¡Es él! ¡El asesino de Craig! ¡Le voy a matar con mis propias manos!

Antes de que sus compañeros pudieran detenerse, había echado a correr en pos de la figura de Whitmore. George, que fue el primero en reaccionar, salió presuroso tras él, comprendiendo que, en el estado de excitación en que se hallaba, era capaz de cometer cualquier locura.

En el momento en que Bruce iba dar alcance a Whitmore, George se abalanzó sobre su compañero, sujetándole con los brazos por las piernas. Ambos perdieron el equilibrio, rodando a los pies del capitán. Éste buscó apoyo en la pared y preguntó con voz pastosa:

—¿Qué sucede?

George, mientras ayudaba a ponerse en pie a Bruce, que estaba medio desvanecido a causa del golpe, miró a Whitmore. Tenía los ojos hinchados y una expresión obtusa en el semblante descompuesto. Esto, unido al hecho de que tuviera que apoyarse para mantenerse en pie y a que no les hubiera reconocido, le hizo comprender que se hallaba profundamente intoxicado por el alcohol. Aprovechando la oportunidad, se apresuró a decir:

—Nada, señor. Mi compañero se ha puesto enfermo y se ha caído al suelo.

Whitmore seguía sin reconocerle.

—Llévele a su alojamiento y avise a un médico.

—Enseguida, señor.

Se llevaron a rastras a Bruce y, cuando se hallaban ya fuera de la ciudad, Dixon masculló:

—Este idiota ha estado a punto de meterse en un buen lío. Lo hubieran fusilado si llega a ponerle la mano encima al capitán.

—Menos mal que Whitmore estaba demasiado borracho para reconocernos —comentó George.

—Y que tú has detenido a Bruce a tiempo —agregó Smith.

Cuando llegaron al campamento, se tropezaron con el teniente Donovan, que preguntó señalando a Bruce:

—¿Qué le pasa?

—Nada, señor. Que ha bebido más de la cuenta...

—Acuéstenle enseguida y procuren que no escandalice.

—Desde luego, señor.

Donovan les contempló pensativo.

—Les aconsejo que no vayan por «La Zapatilla Escarlata». Parece ser que esta noche un cabo y tres soldados de Infantería han organizado una reyerta, y la Policía Militar los anda buscando. Sería una lástima que los confundieran a ustedes con ellos. No pongan los pies allí. El dueño ha dicho que los reconocería en el acto.

George y sus compañeros tragarón saliva.

—Sí, señor.

—Otra cosa. Arréglenselas como puedan, pero procuren hacer desaparecer de sus rostros las señales de los golpes. Y ahora, váyanse a dormir.

—A la orden, señor. Gracias, señor.

Mientras se desnudaban en el barracón, Dixon comentó:

—El teniente Donovan es un tipo estupendo. Ojalá él mandase la compañía.

CAPÍTULO XI

George iba por la calle con el ceño fruncido. Estaba muy preocupado con el asunto Whitmore. Desde que estaban en Fusan, no había dejado un solo momento de vigilar al capitán y, sin embargo, no había obtenido ningún resultado positivo. Whitmore se limitaba a ir cada noche al mismo bar y, sentándose a una mesa, bebía *whisky* hasta emborracharse. Luego, permanecía con la cabeza apoyada en el brazo y, cuando cerraban el local, regresaba al campamento. Esto era todo. Nada hacía que pudiera proporcionar una pista, tal como el joven esperaba al principio. Creyó que tal vez Whitmore se entrevistaría con alguien, o acaso transmitiera algún mensaje. Pero todo inútil. Estaba como el día en que llegó a Corea: lleno de sospechas y sin ningún dato concreto en la mano.

Se detuvo al llegar frente a un edificio en el que ondeaba la bandera de fajas y estrellas y sobre cuya puerta un letrero indicaba que se trataba de la Jefatura de la Sanidad Americana. George había decidido ir a preguntar por Alvin, ya que no tenía noticias de él desde que se marchara del hospital de Kunari.

Se disponía a entrar, cuando del edificio salió un grupo de muchachas ataviadas con el uniforme del servicio auxiliar femenino. En el momento en que se cruzaban con él, George descubrió entre ellas a Betsy Whitmore. Se detuvo para ir a su encuentro, pero la muchacha, dirigiéndole una rápida mirada, se limitó a saludarle con una seca inclinación de cabeza. George quedó inmóvil en la acera, viendo asombrado como Betsy se alejaba en compañía de las otras. No se explicaba el saludo seco y frío de la muchacha, cuando se habían despedido amistosamente y con la promesa de verse de nuevo. ¿Qué podía haber motivado un cambio tan brusco en su actitud?

Vio que al llegar a la primera bocacalle, Betsy se despedía de sus compañeras y, sola, se encaminaba por una calle transversal.

George no lo pensó un momento más. Presuroso, salió en pos de la muchacha. No tardó mucho en darle alcance y, situándose a su lado, murmuró:

—¿Qué le pasa, mi teniente? ¿Ya no quiere tener tratos con los soldados rasos?

Betsy, sin tomarse la molestia de mirarle, repuso indiferente:

—¿Acaso no le he saludado? ¿O esperaba que al verle me arrojase en sus brazos rendida de amor?

George se rascó el cogote y sacudió la cabeza.

—No me explico a qué viene todo eso, Betsy. Lo único que esperaba era un saludo afectuoso, y no una fría inclinación de cabeza. Ha pasado usted de largo como si apenas nos conociéramos. Y cuando nos despedimos en Kunari, éramos muy buenos amigos.

La muchacha plegó los labios.

—Sí, entonces aún tenía una venda ante mis ojos.

El joven arqueó las cejas.

—Palabra que cada vez lo entiendo menos, Betsy. Por favor, dígame qué ha ocurrido. Yo no creo haber hecho nada malo.

—No tengo ganas de hablar con usted. Además, me resalta desagradable llevar por la calle una compañía que yo no he solicitado. De modo, que haga el favor de no molestarme más.

George se detuvo bruscamente, cerrándole el paso a la muchacha.

—Escuche, Betsy, yo no entiendo nada de este galimatías. A juzgar por el tono que emplea, usted me acusa de algo. Pues bien, dígame en qué la he ofendido. Sentémonos en un bar y pongamos en claro todo este lío.

—Ya le he dicho que no tengo nada que hablar con usted —dijo la muchacha haciendo ademán de continuar su camino.

Pero George se lo impidió, sujetándola por un brazo.

—Es injusto lo que hace usted conmigo. No hay tribunal en el mundo que condene a un delincuente sin que antes éste se defienda. ¿Va usted a negarme lo que les está permitido a los peores criminales? Acúseme de lo que sea y, después de escucharme, castígueme o absuélvame.

Betsy apretó con fuerza los labios.

—Está bien. Veremos si puede usted excusar su conducta.

Se dirigieron a un bar cercano, y mientras ocupaban una mesa

reservada, George sintió una profunda angustia. ¿Sería posible que Betsy hubiera descubierto su verdadera identidad, que se hubiera enterado de que estaba allí para vigilar y descubrir todo lo relacionado con el extraño comportamiento de su hermano? Se dijo que era absurdo, puesto que nadie lo sabía, y sin embargo su temor iba en aumento.

Cuando quedaron solos y el camarero les hubo servido las «Coca-Colas», preguntó:

—Ante todo, ¿qué hace usted en Fusan?

—Han relevado también a todo el personal sanitario de Kunari. Llevábamos mucho tiempo allí y, como a las tropas, nos han concedido una temporada de descanso. Y usted, ¿a qué iba hoy a la Jefatura de Sanidad?

—Quería tener noticias de Alvin. Hace tiempo que no sé nada de él.

—No se preocupe. Su amigo está muy bien. Cuando le dejé, los médicos le consideraban virtualmente curado. No tardará en incorporarse a la compañía.

George encendió un cigarrillo y miró pensativo a la muchacha.

—Y ahora, Betsy, dígame de qué me acusa.

La muchacha hizo una mueca de amargura, gesto que antes George jamás había visto en su lindo rostro, y esto le dolió.

—En realidad, se trata de algo que diariamente les debe de ocurrir a cientos de chicas. Tal vez yo no debiera darle ninguna importancia, pero no puedo evitarlo. La sensación de ridículo es tan grande, que siento vergüenza de mí misma por mi estupidez. Supongo que otra, en mi situación, se echaría a reír y lo olvidaría. Pero, para mí, esto no sirve. Una no puede luchar contra sus propios sentimientos y su modo de ser. Y yo me siento humillada, terriblemente humillada.

Sus ojos verdes se clavaron por un momento en el joven, y prosiguió con voz helada por el sarcasmo:

—Cómo se debió divertir a costa mía, ¿verdad, George? Haciéndome creer que se había hecho herir voluntariamente para poderme ver de nuevo y que mis manos le curaran. Y yo, tonta de mí, ni un momento dudé de su sinceridad, pensando que su gesto, si bien una locura, tenía toda la grandeza de lo romántico, de lo extraordinario. Imaginé que era usted un hombre excepcional,

único, con toda la generosidad y la intrepidez de los héroes de novela. ¡Qué inmensamente estúpida fui! Me dejé engañar como una niña soñadora y fui para usted un objeto de diversión y de burla. ¡Cómo se debió reír a costa mía viendo que creía todos sus embustes a pie juntillas!

Se pasó una mano temblorosa por la frente y agregó con voz velada por las lágrimas y la decepción:

—Nada de lo que usted me dijo era cierto. Su herida no fue voluntaria. Recibió el bayonetazo en la pierna cuando luchaba contra tres soldados chinos que habían asaltado su trinchera. No es que le reproche esto, pero lo que sí le echo en cara es que no fuese sincero conmigo, que inventara toda una historia con el único propósito de... enamorarme.

George la había escuchado en silencio, pensativo. Cuando ella terminó de hablar, dio unas chupadas a su cigarrillo y permaneció unos instantes con el ceño fruncido. Luego, murmuró:

—¿Quién se lo ha contado?

—Alvin. Pero no crea que el muchacho le haya traicionado. Él no sabía, nada de toda esa comedia. Siente hacia usted una profunda admiración y, en términos elogiosos, me explicó cómo usted, para salvarle, se había enfrentado aquel día con tres soldados chinos. Yo, mientras le escuchaba, comprendí toda la verdad de su farsa.

El joven se mordió el labio inferior, y después miró a la muchacha sinceramente conmovido.

—Perdóneme, Betsy. Todo lo que usted ha dicho es cierto. La engañé y me porté muy mal. Entonces yo no me daba cuenta de lo que hacía. Su credulidad me pareció excelente ocasión, y la aproveché sin pensar en las consecuencias. Si algo puedo decir en mi descargo, es que lo siento en lo más profundo de mi corazón y que estoy dispuesto a hacer lo que sea para reparar mi falta. Esta vez soy sincero, Betsy, sincero como no lo he sido en mi vida.

La muchacha, para ocultar su nerviosismo y su turbación, se llevó el vaso a los labios. Luego, murmuró:

—Yo sé lo que le ha sucedido a usted, George. Pertenece usted al tipo de conquistadores empedernidos, de los que en cuanto conocen a una mujer se creen en el deber de enamorarla. Y para conseguirlo, fingen lo que no son e inventan las historias más absurdas. «En el

amor, como en la guerra, todo está permitido». ¿No es ésta la frase con que se excusan a sí mismos? Lo malo es que las mujeres somos tan estúpidas que, inconscientemente, les facilitamos los triunfos. Y usted, conmigo, no hizo otra cosa, que emplear su táctica habitual, la que tantos éxitos le había proporcionado. Dígame, George, ¿con cuántas mujeres ha empleado ese mismo truco?

El agudo sarcasmo de la muchacha produjo un agudo escozor al joven, pero se limitó a contestar:

—Todo lo que usted ha dicho es cierto. Pero debía estar ciego cuando no comprendí que usted es distinta.

Los labios de Betsy temblaron.

—Supongo que éste también es un truco eficaz. Dedicar unos cuantos cumplidos como desagravio. Pero no se moleste; no me los voy a creer.

En los ojos de George había una mirada triste.

—En estos momentos, soy completamente sincero. Aunque no me extraña que ya no pueda usted creer en mí.

Betsy puso ambas manos sobre la mesa y sacudió la cabeza, permaneciendo silenciosa durante largo rato. Luego, como obedeciendo a un impulso irrefrenable, alzó hacia el joven sus ojos húmedos y angustiados.

—¿Por qué lo hizo, George? ¿Por qué tuvo que mentirme, que fingir lo que no era cierto? ¡Hubiera sido mil veces mejor no haberle conocido!

El joven aplastó en el cenicero la punta de su cigarrillo.

—Usted lo ha dicho antes, Betsy. Pertenezco a la clase de hombres que se creen en el deber de conquistar a toda mujer que se les pone por delante, y para ello recurren a todos los medios. Pero nunca se me había ocurrido pensar que con ello pudiera causar dolor y tristeza, tal vez porque jamás había conocido a una mujer como usted. Para mí, las mujeres no eran otra cosa que unos seres encantadores, y sin embargo, no las consideraba capaces de sufrir intensamente; imaginaba que eran inconscientes y volubles. Podían cambiar de sentimientos en el espacio de unos minutos, y ellas, en definitiva, sólo buscaban divertirse y pasarlo bien. Todas las que he conocido eran así. Pero usted es distinta, ahora lo comprendo. Mi único pecado, Betsy, ha sido no saber distinguir. Le hablo en serio, con el corazón en la mano. Es preciso que me crea usted.

La muchacha encogió sus lindos hombros.

—No me parece que mi opinión tenga ya mucha importancia.

Él la miró fijamente.

—Sí que la tiene. Para mí, es lo único que de veras cuenta. Betsy, yo no quiero perder su estimación. Sé que hasta ahora no he hecho nada para conseguirla, al contrario; pero le pido, le suplico que me conceda una oportunidad. Seré feliz si con el tiempo consigo hacerle olvidar mi estúpido comportamiento anterior.

Las manos de Betsy se entrelazaron en un gesto nervioso, convulso, fiel reflejo de la lucha interior que estaba sosteniendo. Al fin, susurró:

—Soy más estúpida de lo que imaginaba. Tal vez luego tenga que arrepentirme...

George respiró profundamente.

—Gracias. No se arrepentirá, Betsy. Muchas gracias...

CAPÍTULO XII

La incorporación de Alvin a la compañía fue acogida con júbilo por todos. El muchacho había llegado a ganarse la simpatía general y su regreso, completamente curado, constituyó una buena noticia. El encuentro entre él y George puso de manifiesto el afecto sincero que sentían el uno por el otro.

—Te hemos echado de menos, muchacho.

—Y yo a vosotros. Estaba deseando regresar a vuestro lado.

—Esto hay que remojarlo —propuso Bruce.

Los miembros de la escuadra se dirigieron a un bar para celebrar con unos *whiskys* el regreso de Alvin. Dixon le advirtió a Bruce:

—Cuidado con irte de la mano. No vaya a repetirse lo de la otra noche.

El mismo Bruce explicó a Alvin:

—Me emborraché y quise agredir a Whitmore. Por suerte para mí, George lo evitó y pudo sacarme del atolladero.

El muchacho miró al joven, orgulloso de aquélla su amistad.

—No me sorprende. George es capaz de dar la vida por un camarada.

Aquella tarde, George, como todos los días desde hacía una semana, se reunió con Betsy. Pese a que el tiempo era invernal, fueron a pasear por las proximidades del muelle. Entonces, el joven le comunicó el regreso de Alvin.

—Es un buen muchacho —comentó ella—. Y siente por ti una gran admiración. Casi te considera un superhombre.

Hacía unos días que, espontáneamente, habían empezado a tutearse.

—¿Cómo lo sabes?

—Ya te dije que, mientras estuve con él en el hospital de Kunari, hablamos mucho de ti.

George hizo una mueca.

—Pero, por lo visto, lo que te contó de mí no te gustó demasiado.

La muchacha le dirigió una sonrisa.

—No todo fueron cosas desagradables. Me contó algo que por tu parte es magnífico, aunque a mí me dolió profundamente.

—¿Qué es ello?

Betsy se puso seria.

—Lo del arresto que os impuso mi hermano. Es increíble que Robert hiciera algo tan brutal como castigar a Alvin a que permaneciera atado a las alambradas, completamente desnudo. Tú demostraste una profunda abnegación al ir en su ayuda, sin tener en cuenta el peligro que corrías. Alvin me explicó cómo Robert te sorprendió en el momento en que le estabas auxiliando, y que entonces os arrestó a los dos a cavar trincheras con una caja de municiones atada a la espalda. George, ¿por qué te lo has callado?

El joven desvió la mirada.

—¿Para qué te lo iba a contar? No es un episodio muy feliz.

La muchacha se detuvo, contemplándole agradecida.

—No quisiste causarme un mal rato, explicándome la inhumana conducta de mi hermano. Yo no me lo explico, George. ¿Cómo puede Robert haber cambiado tanto?

El joven ladeó la cabeza.

—No me lo preguntes a mí. Yo no le conocía antes.

La muchacha parecía hondamente preocupada.

—Al principio, cuando oía hablar mal de él, me resistía a creerlo. Suponía que se trataba de murmuraciones motivadas por la envidia. Incluso llegué a pensar que los soldados no comprendían que se trataba tan sólo de un oficial recto y disciplinario. Pero ahora, al saber lo que os hizo a ti y a Alvin, me he dado cuenta de que algo le sucede a Robert. ¿Cómo puede imponer castigos tan salvajes?

George guardó silencio. La angustia de la muchacha le dolía como algo propio. Betsy siguió en otro tono:

—Si algo me decidió a perdonarte el engaño de que me hiciste objeto, fue el pensar en tu delicadeza al no hablarme del castigo que te había impuesto Robert y tu abnegación al acudir en auxilio de Alvin. Me dije que algo bueno debía de haber en ti.

El joven hizo una mueca.

—Hablas de mí como si fuera un bicho raro al que tuvieras en observación.

Betsy se detuvo, Volviendo rápidamente el rostro hacia él. Se hallaba junto a unos tinglados repletos de material de guerra, en un sector del muelle prácticamente desierto en aquellos momentos.

—¿Cómo puedes decir esto, George? —murmuró ella dolida—. He pretendido darte las gracias por evitarme un disgusto, y tú lo tomas como una ofensa. Además, he aguantado de ti que me mintieras y todavía me haces reproches. Eres injusto y...

La voz se le quebró y tuvo que bajar rápidamente el rostro. El joven la contempló durante unos instantes, sintiendo una extraña opresión en el pecho. Al verla humillada y herida en su amor propio, la sangre se encendió en sus venas.

—Perdóname, Betsy. He estado brusco, lo reconozco. Tú no mereces que te cause disgustos de ninguna clase. Olvídalo, por favor.

Pero ella seguía con la cabeza baja. Entonces, George le tomó por la barbilla, obligándola a alzar el rostro hacia él. De sus ojos entornados fluían las lágrimas, que rodaban lentamente por sus suaves mejillas. Ver llorar a aquella muchacha dulce y hermosa, ser testigo de su sufrimiento, era algo superior a lo que George podía soportar. Sintiendo un nudo en la garganta, sólo acertó a balbucear:

—Betsy...

Ella tenía la boca entreabierta y temblorosa y sus húmedas pupilas le miraban con una mezcla de reproche y de anhelo. Al igual que él, pronunció una sola palabra, con acento intenso, apasionado:

—George.

El joven nunca supo cómo había sucedido. Pero lo cierto fue que se encontró abrazado estrechamente a, la muchacha y besando aquellos labios frescos, jugosos. Bajo sus manos sintió temblar el tallo esbelto de Betsy que, de súbito, se abandonó a las ardientes caricias del joven. Con el rostro vuelto hacia atrás, la boca palpitante y los ojos brillantes, dejó que los besos de George recorrieran sus mejillas, sus párpados, sus labios, sus cabellos.

Luego, sepultó el semblante en el amplio pecho de él acurrucándose entre sus brazos, que la estrechaban frenéticos y acariciadores. El joven aspiró el perfume enervante que se

desprendía de su piel y reclinó la mejilla en los suaves y rubios cabellos de la muchacha. Permanecieron así durante largo rato, estrechamente abrazados y en silencio, como si temieran que cualquier palabra pudiera romper el exquisito éxtasis de aquellos instantes. Sólo al cabo de un rato, Betsy murmuró:

—Ya lo has conseguido, George. Soy una mujer más a la que has sabido enamorar; pero no me importa. Desde el primer día en que te vi, algo me dijo que acabaría amándote. Y pese a saber que me has mentido, que has utilizado conmigo la misma táctica que con muchas otras, no puedo evitar quererte y ser tuya para siempre, aunque luego me abandones...

El joven la tomó por los hombros, apartándola un tanto de sí y la miró intensamente a los ojos.

—No, Betsy, tú no eres para mí una mujer más. Tú eres «la mujer», la única que existe. Todo hombre, inconscientemente, busca durante años a la mujer que debe ser su compañera, y para ello va de una a otra, hasta que un día tropieza con una muchacha que le hace olvidar a todas las demás y sin la cual no puede ya vivir. Y yo he encontrado en ti lo que buscaba sin saberlo, Betsy, he encontrado el amor sublime y eterno. Te has cruzado en mi camino cuando menos lo esperaba, y doy gracias a Dios de que haya sido así.

La muchacha, con manos temblorosas y una ternura infinita, le acarició las sienes.

—George, si fuera verdad todo lo que dices...

—Lo es, cariño, lo es —repuso él en tono apasionado—. Mírame a los ojos. ¿No lees en ellos que soy sincero? Te quiero, amor mío, te necesito a mi lado para el resto de mi vida. Tú eres la paz, la ternura, tú simbolizas todo lo bueno y lo dulce. No estoy dispuesto a perderte, Betsy. Debes creer en mí, es preciso que me creas.

Ella le tomó el rostro entre las palmas de las manos y le miró a los ojos de una manera penetrante, absorbente, como si quisiera llegar hasta el fondo de su alma. Luego, poniéndose de puntillas, le besó en los labios.

—Te creo, George. Sé que no me estás mintiendo. Y esta seguridad hace que me sienta la mujer más feliz de la tierra.

De súbito, una nube ensombreció el semblante del joven. Betsy, que no dejaba de observarle, preguntó ante aquel extraño cambio:

—¿Qué te pasa, amor mío? ¿Qué es lo que te preocupa?

El joven se apartó de ella, al tiempo que fruncía el ceño.

—Betsy, ¿perderías tu fe en mí si un día descubrieras que te he ocultado algo? Me refiero a algo que no puedo revelar, que tengo el deber de callarme.

La muchacha palideció.

—George, ¿qué sucede? ¿A qué viene tanto misterio? Yo... yo no lo comprendo. Si de veras me amas, no debes tener secretos para mí, debes confiar en mí como en ti mismo.

Él la miró con infinita tristeza.

—¿Aunque se trate de algo que te haya de herir profundamente, que te cause un tremendo dolor?

Betsy se humedeció los labios. Estaba asustada, pero insistió:

—Lo único que me importa es saber la verdad, conocer todo lo que a ti se refiera. No sería honrado que me ocultaras nada; sería traicionar mi confianza.

George encendió un cigarrillo con gesto nervioso y permaneció durante largo rato concentrado en sí mismo. Era evidente que sostenía una tremenda lucha interior. No era honrado ocultar a Betsy cuál era la misión que le había llevado a Corea, ya que era el porvenir de su propio hermano el que se hallaba en juego, y por otra parte, como miembro del «Intelligence Service», debía ocultar a todo el mundo su verdadera personalidad y la naturaleza del trabajo que se le había encomendado. Pero sus dudas duraron poco. Tuvo una corazonada y decidió confiar en Betsy. Ella sabría comprender y guardar silencio. Fue hasta la muchacha y le puso las manos en los hombros.

—Lo que te voy a decir, es un secreto que tengo el deber de no confiar a nadie. Al confiártelo, pongo mi suerte, y acaso mi vida, en tus manos. Pero creo que no sería honrado ocultártelo. Espero que sabrás guardar silencio y comprender que te estoy dando la más grande prueba de amor. Escucha, yo...

CAPÍTULO XIII

—¡Betsy!

La voz, dura y cortante, interrumpió bruscamente a George. Tanto éste como la muchacha, sobresaltados, volvieron las cabezas hacia el lugar de donde venía la exclamación.

Ante la puerta de uno de los tinglados, como si de él acabara de salir, se hallaba Robert Whitmore. Detrás de él se encontraban Donovan y un segundo teniente. Al parecer, habían estado examinando el material almacenado en el gran edificio.

George retiró las manos de los hombros de Betsy y contempló como Whitmore se acercaba a grandes zancadas. Donovan y el segundo teniente, no se movieron. El capitán se detuvo delante de la pareja y los contempló con los ojos inyectados en sangre y el rostro crispado por la ira.

—Vete inmediatamente, Betsy. Tengo que hablar con Ryan — exclamó con los dientes apretados—. Luego ajustaré las cuentas contigo.

—Un momento, señor —intervino George—. Me parece que se equivoca al juzgarnos. Su hermana y yo nos queremos y...

—¡Cállese! —ordenó Whitmore. Luego, volviéndose hacia Betsy, la sujetó violentamente por un brazo—. Te prohíbo que vuelvas a ver a este hombre, ¿me oyes? No estoy dispuesto a que te dejes engañar por ningún sinvergüenza de su calaña.

La muchacha le miró asustada.

—Estás en un error. George no intenta engañarme.

—¡Tú harás lo que yo te diga!

Betsy le plantó cara valientemente.

—No te pienso obedecer, Robert. Soy mayor de edad y tengo perfecto derecho a obrar según mi propio criterio. Quiero a George y no me apartaré de él.

Whitmore plegó los labios en una mueca cruel.

—¿No, eh? Olvidas que yo soy capitán y puedo hacer lo que se me antoje.

—Su graduación no le da autoridad para inmiscuirse en la vida privada de sus subordinados —advirtió George.

Un relámpago de ira cruzó por las pupilas de Whitmore.

—¿Se atreve a darme lecciones? Ahora verá hasta dónde llega mi autoridad.

Se volvió hacia los dos oficiales y exclamo:

—¡Donovan, venga aquí!

El teniente se aproximó.

—A la orden, señor.

—Llévese a Ryan al campamento y enciérrele en el calabozo.

Betsy palideció.

—¡Eres un canalla, Robert!

Whitmore alzó el brazo, amenazador.

—¡Cállate o...!

—¡Cobarde!, le voy a romper la cara si le pone la mano encima —exclamó George haciendo ademán de precipitarse sobre Whitmore.

Pero Donovan le sujetó por detrás, inmovilizándole, al tiempo que le susurraba:

—Estese quieto, Ryan. Será mejor para usted y para Betsy.

La muchacha seguía plantando cara valientemente a su hermano.

—¿Por qué te interpones entre nosotros? ¿Qué te ha hecho George para que le odies tanto?

—Es un rebelde. Tuve que castigarle por desobedecer mis órdenes, y se cree un héroe. Yo le enseñaré lo que es la disciplina. No quiero saber nada con tipos como él. ¡Lléveselo, Donovan!

—¿Bajo qué acusación le encierro en el calabozo, señor? —preguntó el teniente.

—¿Es que no ha visto usted que ha intentado agredirme? ¿Le parece poco motivo amenazar a un superior?

Donovan se limitó a murmurar:

—Como usted disponga, señor.

Luego, tomó a George del brazo.

—Vamos, Ryan.

—¡No podrás separarnos, Robert! —exclamó Betsy—. ¡Nos

queremos y de nada servirá que le encierres en un calabozo!

Whitmore la miró con las mandíbulas fuertemente apretadas.

—En el frente hay muchos medios para eliminar los estorbos.

La muchacha ocultó el rostro entre las manos y se echó a llorar.

Mientras George y Donovan, en el «*jeep*» de este último, se dirigían hacia el campamento, guardaron silencio durante largo rato. El joven permanecía sentado, con el ceño fruncido y las facciones tensas, endurecidas. Donovan no apartaba la mirada de la carretera y parecía atento al volante. La tensión de la escena de que habían sido protagonistas, flotaba aún sobre ambos. Al acercarse a las primeras instalaciones del campamento, el teniente dijo inesperadamente:

—No se preocupe demasiado por lo sucedido, Ryan. Haremos cuanto sea posible para que no permanezca mucho tiempo encerrado. De todos modos, cuente con mi apoyo incondicional.

—Gracias, señor.

Donovan le dirigió una rápida mirada.

—No conteste a mi pregunta si no quiere, Ryan. ¿Está realmente enamorado de la hermana de Whitmore?

—Sí, señor.

El teniente asintió con la cabeza.

—Lo celebro. Betsy es una chica excelente. Y creo que usted se la merece. Si alguien pide mi opinión, diré que es el mejor hombre de la compañía.

George le miró a los ojos.

—No lo olvidaré, señor.

El calabozo era un barracón aislado de los demás, con una ventana provista de rejas y una puerta herméticamente cerrada. Todo su mobiliario consistía en varios camastros. Como no había nadie más cumpliendo arresto, George se encontró solo en la estancia.

Pasó el resto de la tarde sentado en uno de los camastros, pensando en Betsy y en Whitmore. Se dijo que el capitán gozaba imponiendo su autoridad, humillando a sus inferiores y causando disgustos a cuantos le rodeaban. Al parecer, a él le distinguía con un odio especial, profundo e inhumano, motivado por el hecho de que hubiera acudido en ayuda de Alvin, desafiando su autoridad. Esto no se lo iba a perdonar jamás, como tampoco el hecho de que

se hubiera destacado desde el primer día en sus combates frente al enemigo. Se lo había dicho bien claro a Betsy: «Se cree un héroe».

Se acostó sin probar apenas la cena y, pese a todas las emociones del día, no tardó en dormirse.

El segundo día de su encierro, dos soldados armados fueron a buscarle y le condujeron ante el despacho del capitán, que estaba en aquel momento en compañía de Donovan. Whitmore le miró fijamente.

—Escuche, Ryan. Voy a abrir un expediente contra usted para que un tribunal militar le juzgue bajo la acusación de intento de agresión en la persona del capitán de su compañía. Si tiene que hacer declaraciones en su descargo, llamaré al escribiente para que tome nota.

—Sólo declararé ante el tribunal que me juzgue —repuso el joven escuetamente.

Whitmore se incorporó.

—¿Es que sus palabras encierran alguna amenaza?

—He dicho que sólo hablaré ante el tribunal. Donovan intervino en aquel momento.

—Si me permite una sugerencia, señor, creo que lo más oportuno sería no llevar adelante este asunto. Es posible que Ryan fuera condenado a una pena leve por haber intentado agredirle, pero, forzosamente, saldrían a relucir las circunstancias en que ocurrieron los hechos y, mucho me lo temo, usted sería también castigado por inmiscuirse en la vida privada de un soldado y, acaso, por otros motivos que ya no podrían quedar ocultos.

Whitmore se volvió hacia el teniente con los ojos brillantes.

—¿Qué quiere usted decir? ¿Se está poniendo de parte de Ryan y en contra de su capitán?

Donovan se mantenía sereno.

—En modo alguno, señor. Sólo pretendo hacerle reflexionar para evitarle a usted un disgusto. Considere usted lo sucedido con la mentalidad de un tribunal imparcial, y saque la consecuencia. Lo único que pretendo es evitar que cometa un error, en el que usted mismo podría llevar la peor parte.

Whitmore se volvió a sentar y permaneció pensativo, mientras sus manos jugaban nerviosas con la pluma. Donovan continuó:

—Tampoco creo que sea oportuno mantener a Ryan por más

tiempo en el calabozo. Esto le llevaría forzosamente a tener que dar cuenta a sus superiores que, probablemente, querrían averiguar las causas del encierro y descubrirían muchas cosas que, para usted, es preferible que permanezcan ocultas.

Whitmore se puso en pie y se paseó inquieto y preocupado por la estancia. Era evidente que las razones de Donovan había hecho mella en su ánimo y que se daba cuenta de que sería, una torpeza dejar que sus superiores hicieran averiguaciones. En el frente tenía las manos más libres que en la retaguardia. Se volvió hacia el teniente y objetó:

—Pero yo no puedo dejar de castigar a Ryan. Además, es preciso apartarle de mi hermana.

—Dispone usted de un medio muy sencillo, señor. Prohíbele salir del campamento. Tiene usted perfecto derecho de hacerlo por faltas a la disciplina. Además, es una medida que no trascenderá.

Whitmore se frotó el mentón y, al fin, asintió:

—Sí, creo que está usted en lo cierto. Ordene a los centinelas que no permitan a Ryan abandonar el campamento.

Cuando salieron del despacho, George le dijo a Donovan:

—Gracias por todo, señor.

El teniente le dio una palmada en la espalda.

—Ya verá cómo todo se irá arreglando. Tenga paciencia.

Aquella tarde, mientras los demás soldados se disponían a marchar a la ciudad para disfrutar de sus horas libres, George le pidió a Alvin:

—Ve a ver a Betsy y cuéntale lo ocurrido. Dile que necesito verla, que mañana me espere a las cuatro en el bar que hay junto a la estación de ferrocarril. Debe ser puntual porque me escaparé sólo durante dos horas para poder hablar con ella.

Alvin le miró asustado.

—Qué te vas a escapar... George, no lo hagas. ¡Es una locura!

—No te preocupes y haz lo que te he dicho. Procuraré que, durante ese rato, nadie note mi ausencia. Anda, ve a verla.

Alvin se marchó de mala gana. Aquella noche, cuando regresó, dijo que había visto a Betsy y que ella había prometido esperarle en el bar de la estación a las cinco en punto. Estaba muy asustada por la suerte que pudiera correr George.

Pero aquella cita nunca tuvo lugar, porque a la mañana

siguiente la división recibió la orden de salir inmediatamente para el frente. Antes del mediodía, las unidades se alejaban en camiones rumbo hacia el Norte. George desde la caja del vehículo, vio cómo Fusan se perdía en la distancia.

CAPÍTULO XIV

Formaciones enteras de bombarderos machacaban sin descanso las comunicaciones del ejército chino, lanzando miles de toneladas de explosivos sobre los convoyes de aprovisionamiento y las columnas de tropas. Un infierno de fuego y de metralla se extendía en una amplia zona, donde parecía que nada iba a sobrevivir. Los camiones cargados de municiones y de material saltaban por los aires bajo los efectos de los impactos, las fuerzas de refresco eran diezmadas, y por todas las carreteras los grandes cráteres abrían sus siniestras bocas, en torno a las que se veían montones y montones de cadáveres, tanques convertidos en chatarra y vehículos volcados. Los puentes que cruzaban los ríos eran hundidos uno tras otro, y durante la noche y el día los pesados pájaros de guerra no cesaban en su acción destructora. El furioso fuego de las baterías antiaéreas enemigas derribaba muchos de los aviones, pero cada uno que desapareció era substituido por otros cuatro.

Los F 86, en vuelos veloces y rasantes, lanzaban proyectiles cohete contra las posiciones chinas y ametrallaban todo cuanto encontraban a su paso. Trincheras, nidos de ametralladoras, posiciones de hormigón armado, emplazamientos de cañones, todo era destruido bajo la incesante lluvia de explosivos.

La artillería, con su profundo rugir, y los lanzacohetes, con sus silbidos espeluznantes, se unieron al macabro concierto bélico. Parecía como si se hubiera desatado una fuerza apocalíptica. Miles y miles de proyectiles de todas clases y calibres cruzaban el espacio, cayendo sobre las posiciones enemigas y esparciendo la muerte y la desolación. La tierra entera, incendiada por los cuatro costados, temblaba bajo el feroz mordisco de la metralla.

La ofensiva de las tropas aliadas estaba a punto de empezar.

Al sonar la hora convenida, y mientras los cañones y lanzacohetes alargaban el tiro y la aviación buscaba sus blancos en

la segunda línea, las fuerzas de tierra se lanzaron al asalto. En las zonas llanas, formaciones de carros «Sherman» precedían a las tropas de a pie, al tiempo que en los terrenos montañosos la infantería se veía obligada, a atacar al enemigo sin el apoyo de elementos blindados.

El choque entre ambos ejércitos fue duro, brutal. Los chinos defendían fanáticamente sus posiciones y oponían una resistencia desesperada. Los carros se vieron sometidos a un fuego rabioso de los cañones antitanques y, en el aire, se estaba librando una terrible batalla entre los «Sabre» y los «Mig».

El primer día, el progreso de las fuerzas aliadas fue escaso. Sólo se consiguieron algunas penetraciones y la toma de un pequeño número de puestos defensivos del enemigo, todo ello a costa de un incesante combatir y de una elevada suma de bajas por ambas partes. Durante la noche continuaron las acciones bélicas, iluminadas por las balas trazadoras, las bengalas y las continuas explosiones.

En el segundo día, un regimiento de carros, que había conseguido profundizar en territorio enemigo, vio su paso cerrado por una potente unidad de tanques rusos. Se entabló una alucinante batalla entre los «Sherman» y los «T 34», durante la cual los gigantescos blindados se acometían como monstruos prehistóricos. Los blindajes, bajo los impactos de los proyectiles perforantes, se abrían como latas de sardinas, o se fundían al recibir las granadas de carga hueca.

Al mismo tiempo, una división de infantería atacaba las alturas, fuertemente defendidas por los chinos, que dominaban la llanura donde se desarrollaba la feroz lucha entre las fuerzas acorazadas. Pese a que la artillería había machacado previamente las posiciones, la resistencia enemiga era durísima y difícil de quebrantar.

La compañía C permanecía pegada a la tierra, a corta distancia de una de las cumbres, donde los chinos tenían establecido uno de los más importantes puestos defensivos. Varias veces habían intentado aproximarse, pero siempre fueron rechazados por la rabiosa cortina de fuego del enemigo. Los pelotones permanecían escalonados a lo largo de la ladera, siendo el del teniente Donovan el más avanzado de todos y el encargado de mantener el eje del ataque. Los fusiles ametralladores de la compañía, así como los

morteros ligeros, no cesaban de disparar contra las defensas chinas. Donovan, por medio del «walkie-talky», se puso en contacto con Whitmore que, en su puesto de mando situado a la altura del último escalón, mantenía la comunicación con la jefatura del regimiento y le informó que, de no recibir más apoyo, sería humanamente imposible desalojar al enemigo.

A petición de Whitmore, el coronel Hughes envió la compañía de armas pesadas para que apoyara el ataque. Amparados por el fuego de los cañones de tiro rápido, los lanzacohetes y las ametralladoras de 16 milímetros, los hombres de Donovan se lanzaron de nuevo al asalto, seguidos de otros pelotones. El teniente iba en cabeza, guiando a su gente.

George, inclinado sobre sí mismo y apretando fuertemente el fusil entre las manos, corría con toda la rapidez que le permitían sus piernas. A su derecha, a varios metros de distancia, adivinaba, más que veía, la presencia de Alvin. Y a su derecha sabía que se hallaban Dixon, Bruce y Smith. El fuego enemigo, pese a la acción de la compañía de armas pesadas, seguía siendo duro. El joven vio caer a varios soldados para no levantarse más.

La posición enemiga se hallaba ya sólo a unos metros de distancia. Un esfuerzo más y la habrían alcanzado. Las bombas de mano cruzaban el espacio, cayendo dentro de las trincheras. George vio muy cerca los rostros crispados de los soldados chinos que disparaban frenéticos sus armas. Agachó la cabeza en un último empujón y, de súbito, se encontró saltando dentro de las posiciones.

Donovan, Bruce, Alvin y todos los componentes del pelotón iban saltando también. Más hombres les seguían, incorporándose a la feroz lucha que se desarrollaba en las trincheras. George vio ante él a un soldado chino que le cerraba el paso y hacía ademán de clavarle la bayoneta. Desvió el golpe con el cañón de su fusil, golpeándole casi inmediatamente en la cabeza con la culata. Luego, le hundió en el pecho su propia bayoneta. Disparó contra un grupo de enemigos, hasta que hubo vaciado el depósito. La metralleta de Donovan le ayudó a acabar con ellos.

Alvin vio que por una aspillera en un bloque de cemento armado, asomaba el cañón de un fusil ametrallador, que empezaba a disparar, derribando a algunos de sus camaradas. Agachándose cuanto le fue posible, se acercó al fortín y arrojó una bomba de

mano por la aspillera. Luego, se arrojó al suelo. La explosión fue espantosa y la ametralladora enmudeció, sin duda a causa de que sus servidores estaban muertos. Bruce dio una palmada en el hombro de Alvin.

—Estupendo, chico. Eres un valiente.

En el rostro del muchacho brillaba el orgullo. Después de un breve y feroz combate, la resistencia del enemigo fue aniquilada y la posición quedó en manos de la compañía C. Esto permitió que desde allí se batieran otras alturas, lo cual facilitó su conquista por parte de otras unidades. Una a una, todas las posiciones fueron cayendo en manos americanas.

En el llano, la batalla de tanques había tocado también a su fin con la derrota de los blindados rusos. La brecha tan anhelada había sido conseguida. Por ella, se colaron potentes y numerosos contingentes americanos que, abriéndose en abanico, se esparcieron por territorio enemigo como una riada incontenible.

Los chinos, viéndose atacados por la espalda y por los flancos y comprobando que, al fin, sus defensas eran arrolladas, empezaron a replegarse hacia el Norte, sin dejar de disputar ferozmente cada palmo de terreno. En el aire, los «Mig» y los «Sabre» seguían enfrentándose en duros combates, mientras los bombarderos atacaban la retaguardia y las concentraciones enemigas.

Mientras avanzaban por una carretera, a cuyos lados había restos de material destrozado en los últimos combates, Alvin, que marchaba junto a George, le preguntó:

—¿Has tenido noticias de Betsy?

El joven sacudió la cabeza.

—No, ni he podido escribirle. Ya sabes que, mientras dure la ofensiva, los servicios de correos han sido interrumpidos. No sé dónde está, y ella tampoco sabe nada de mí.

Alvin parecía pensativo.

—Whitmore nunca permitirá que siga adelante tu noviazgo con su hermana.

—Intentará impedirlo por todos los medios, pero no lo conseguirá.

El muchacho le miró muy serio.

—Me alegro de que te hayas enamorado de ella. Betsy hará que vuelvas a tener ideales. Cuando le escribí a mi madre acerca de ti,

me contestó diciendo que lo mejor sería que te enamoras de una buena muchacha.

George sonrió.

—Tu madre es una mujer muy inteligente.

CAPÍTULO XV

Betsy se despertó aquella mañana habiendo tomado una firme decisión. Llevaba un par de días un tanto preocupada, pero ahora ya sabía lo que tenía que hacer. Tal vez como le indicara George por medio de Alvin, había acudido, días antes, al bar de la estación a las cinco de la tarde. Estaba un poco asustada por las consecuencias que podría reportar al joven, el hecho de que descubrieran su fuga del campamento, desobedeciendo las órdenes de Whitmore. Pero, pese a que estuvo más de dos horas esperando, George no había acudido a la cita. Esto la alarmó, ya que podía significar que al joven le había ocurrido cualquier contratiempo. No fue hasta la mañana siguiente que se enteró de que la división había salido inesperadamente hacia el frente de batalla, y, aquella misma tarde, llegaron las primeras noticias de la ofensiva general que se estaba desarrollando. Tan desconcertada quedó por la rapidez de los acontecimientos, que no supo qué hacer.

Pero ahora, mientras se vestía, veía con diáfana claridad cuál había de ser su proceder. En cuanto hubo tomado su desayuno, salió presurosa del alojamiento y se dirigió hacia la Jefatura de Sanidad. Momentos más tarde, era recibida en su despacho por una señora de mediana edad y expresión bondadosa, que lucía en el uniforme los emblemas de mayor del cuerpo auxiliar femenino.

—Bien, Betsy, ¿qué puedo hacer por usted?

—Señora, quiero pedirle que me destinen a cualquier hospital de campaña que vaya agregado a la 10.^a división de infantería.

La mujer la miró extrañada.

—El período de descanso que se les concedió aún no ha concluido.

—Es igual. Renuncio desde este mismo momento.

Su interlocutora frunció el ceño.

—No es que quiera inmiscuirme en su vida particular, Betsy,

pero la aprecio y creo que es mi deber advertirle que, después de la dura labor realizada durante estos últimos meses, necesita usted disfrutar hasta el máximo del permiso que se le concedió. No se puede someter al cuerpo a un esfuerzo continuo.

El rostro de la muchacha se ensombreció.

—Hay cosas, señora, que son más importantes que la salud del cuerpo.

La mujer, en un ademán afectuoso, le puso la mano en el hombro.

—¿El amor, por ejemplo?

Betsy, al tiempo que sus ojos se humedecían, movió afirmativamente la cabeza. Su interlocutora quedó un momento pensativa, y luego murmuró:

—El doctor Howard debe salir hacia el sector de la 10.^a división para instalar un hospital de campaña. Me ha pedido personal sanitario especializado. Preséntese a él de parte mía.

Betsy se puso en pie con el rostro transfigurado por la emoción.

—Gracias, señora. Muchísimas gracias.

Antes de que la muchacha saliera del despacho, la mujer, con una ligera sonrisa, agregó:

—Y díglele de mi parte a «él», quienquiera que sea, que es un hombre afortunado al conseguir que una chica como usted le quiera hasta tal extremo.

El doctor Howard era un hombre de unos cuarenta y cinco años, de cabellos grises, aspecto inteligente y aire amable y dulce. Se mostró encantado de conocer a Betsy y de que fuera como jefe del pequeño grupo de enfermeras que debía acompañarle.

—Saldremos esta misma noche hacia nuestro destino —anunció—. Disponemos ya del material necesario y de los camiones que deben transportarnos, de modo que ya nada nos retiene en Fusan.

En efecto, con las primeras sombras del anochecer, la caravana sanitaria emprendió la marcha.

La escuadra avanzaba desplegada hacia la aldea que, al otro lado de los árboles y los arbustos, aparecía silenciosa y como abandonada por sus habitantes. Dixon, empuñando la metralleta, iba en cabeza. Más atrás, a intervalos de varios metros, le seguían George, Alvin, Bruce y Smith. Constituían la avanzadilla enviada por Whitmore para explorar el terreno, informar acerca de la

posible existencia de fuerzas enemigas en la aldea y, caso de existir éstas, tantear cuál iba a ser la resistencia que ofrecería a la compañía. Hasta el momento, no habían descubierto un solo soldado chino.

Se hallaban ya a muy corta distancia de las primeras casas del poblado, que daba la sensación de hallarse vacío, no sólo de tropas enemigas sino incluso de habitantes. Ni un solo ruido, ni una sola voz rompían la tremenda quietud. Los miembros de la escuadra se detuvieron unos momentos, y luego, no viendo ningún peligro, siguieron adelante.

En aquel momento, el rabioso tableteo de una ametralladora rompió el silencio. Todos los componentes de la escuadra, mientras las balas levantaban salpicaduras de tierra en torno suyo, se arrojaron presurosos al suelo, buscando protección tras los accidentes del terreno. Las ráfagas seguían batiendo la zona con gran persistencia. Tras los primeros instantes de desconcierto, no fue difícil localizar que el fuego partía de la primera casa de la aldea, que se alzaba solitaria cerrándoles el camino. George se acercó a rastras hasta Dixon.

—¿Qué piensas hacer?

—Voy a pedir ayuda. Nosotros cinco nada podemos contra esa ametralladora.

Conectó el «walkie-talky» y, casi enseguida, se puso en comunicación.

—Señor, el cabo Dixon al habla. Hemos encontrado fuerte resistencia a la entrada misma de la aldea. Una ametralladora oculta en una casa nos tiene inmovilizados. Necesitamos ayuda.

Escuchó la respuesta y, frunciendo el entrecejo, balbució:

—Pero, señor, nosotros nada podemos con nuestras armas. Somos sólo cinco hombres y estamos a merced de esa ametralladora. Es preciso que nos envíen ayuda, aunque sea un «bazooka». Acabarán con nosotros si intentamos un ataque.

Escuchó de nuevo con aire preocupado y, de súbito, se cortó la comunicación. George preguntó:

—¿Qué te ha contestado el capitán?

Dixon hizo una mueca y se frotó con la palma de la mano el rostro barbudo.

—Que tenemos que encargarnos nosotros mismos de silenciar

esa ametralladora. Pese a que le he dicho que nada podemos con nuestros fusiles no quiere oír hablar de enviarnos ayuda. La compañía está explorando el bosque para asegurarse de que no hay enemigos ocultos, y no dará un paso más hacia la aldea hasta que hayamos limpiado el camino. La orden de Whitmore es terminante: destruir la ametralladora a toda costa.

Bruce que, habiéndose aproximado, había escuchado toda la conversación, masculló:

—Ese hombre está loco. ¿Por qué no viene él a hacerlo?

George miraba a Dixon con el ceño fruncido.

—¿Has pensado algún sistema para cumplir la orden?

El cabo miró hacia la casa desde donde partían los rafagazos.

—Me parece que no hay más que uno. Mientras me protegéis con vuestros disparos, yo intentaré acercarme para destruir ese obstáculo con bombas de mano.

¿Se te ocurre otra cosa mejor, Ryan?

—Sí, que me lo dejes hacer a mí.

Dixon le dio una palmada en la espalda.

—No, yo soy el cabo y debo correr con el riesgo. De todos modos, gracias. Y ahora, prepararos para cuando me veáis entrar en acción.

Los cuatro hombres apuntaron sus fusiles hacia la casa. Dixon empuñó una bomba de mano y le quitó la lengüeta del seguro, manteniéndola bien asida en su diestra. Luego, aspiró hondo y, poniéndose en pie, echó a correr hacia su objetivo. George y los otros empezaron a disparar como locos, con la esperanza de crear una protección eficaz.

La ametralladora abrió fuego casi en el acto. George, Bruce, Alvin y Smith, mientras disparaban, veían avanzar la figura de Dixon en zigzag. Los chorros de balas levantaban nubes de polvo a su derecha e izquierda. Angustiados, sus camaradas le vieron acercarse cada vez más a la casa, siempre perseguido por las ráfagas que buscaban su cuerpo.

—¡Lo va a conseguir! ¡Lo va a conseguir! —exclamó Alvin exaltado.

En aquel preciso momento, una violenta sacudida agitó todo el cuerpo de Dixon, que frenó bruscamente su carrera. Se le vio hacer esfuerzos para continuar adelante, pero un nuevo rafagazo le

alcanzó en el pecho como un latigazo de acero. Cayó de rodillas y luego se desplomó de bruces en el polvo. La bomba se escapó de su diestra, rodando unos metros más allá, donde, inofensiva, hizo explosión.

Un silencio impresionante cayó sobre los miembros de la escuadra. Todos los ojos se mantenían con insistente fijeza en el cuerpo de Dixon y en los rostros se reflejaban el dolor y la tragedia por la muerte del camarada. Smith, que fue el primero en hablar, balbuceó:

—Otra muerte que hay que cargar en la conciencia de Whitmore.

Alvin se pasó la mano por los ojos.

—¡No puedo más! ¿Por qué ha tenido que morir Dixon?

George, sin pronunciar palabra, dejó su fusil en el suelo y se aseguró de que llevaba dos bombas al cinto. Bruce, que le miraba hacer, preguntó:

—¿Qué te propones?

—Terminar lo que empezó Dixon. Por lo menos, que su sacrificio no resulte totalmente en vano. Seguid disparando mientras os sea posible.

Sin una palabra más, el joven, encogido sobre sí mismo y al amparo de los matorrales, se alejó de sus camaradas, moviéndose en sentido paralelo a la casa.

Cuando se consideró lo bastante lejos de la dirección del tiroteo, cambió el rumbo y, a rastras, empezó a acercarse a la casa. Fue un avance lento y fatigoso, pero persistente y continuo. Diez minutos más tarde, oculto entre unos matorrales, pudo contemplar la casa sólo a unos tres metros de distancia. Cuidadosamente, tomó de su cinto dos bombas de mano y las sujetó entre sí con la cadena de su reloj. Luego, desprendió el seguro de una de ellas, manteniéndolo bien oprimido con los dedos.

Poniendo en tensión todos sus músculos, dio un salto felino que le hizo cruzar la distancia que le separaba de la casa. En el aire aún, lanzó las dos bombas con todas sus fuerzas, introduciéndolas por la ventana. Su cuerpo chocó contra la pared, pero, con la agilidad de un gimnasta, consiguió rebotar hasta el suelo, donde quedó perfectamente inmóvil. El estallido en el interior de la casa fue horroroso. La ametralladora enmudeció. George, para asegurarse,

lanzó aún una tercera bomba. Luego, miró en el interior. La máquina estaba destrozada y sus servidores, cuatro hombres, yacían muertos en el suelo.

Momentos más tarde, al reunirse con sus camaradas, dijo a Bruce con acento de fatiga:

—Llama a Whitmore y comunícale que el obstáculo ha sido destruido. Dile también que la acción ha costado la vida al cabo Dixon.

Dicho esto, fue hasta el lugar donde yacía Dixon acribillado a balazos y se arrodilló junto a él. Los otros le imitaron.

CAPÍTULO XVI

Con la destrucción de la ametralladora que bloqueaba el camino, la conquista de la aldea no fue tarea difícil. La guarnición enemiga se reducía a un par de docenas de hombres que, pese a que se defendieron desde algunas casas, fueron rápidamente reducidos por los elementos de la compañía C, que en un par de horas limpiaron el pueblo de soldados chinos. Al cesar el combate, los habitantes empezaron a salir de sus viviendas, donde habían permanecido escondidos igual que conejos en sus madrigueras.

Donovan llamó a George y le comunicó:

—Va usted a tomar el mando de la escuadra, Ryan. Pídale al furriel unos galones de cabo y colóqueselos ahora mismo. Sé que mandará a sus hombres con la misma eficiencia que Dixon.

El joven frunció el ceño.

—No creo que esto le guste mucho al capitán, señor.

Donovan hizo un gesto de impaciencia.

—No se preocupe por lo que diga el capitán. Esto es asunto mío. Y sabré exponerle mis razones.

George contempló al teniente durante unos segundos.

—Dixon no tendría que haber muerto en la forma en que lo hizo, señor. Fue... fue casi un asesinato.

Donovan parecía nervioso, profundamente afectado por todo aquello. Mientras se pasaba una mano por la frente, murmuró:

—No piense más en él, Ryan. Consuélese con la idea de que, gracias a usted, no murieron también los restantes miembros de la escuadra.

—Pero, señor, si el capitán nos hubiera querido enviar ayuda...

Donovan le puso una mano en el hombro.

—Lo sé, Ryan, lo sé. Todos intentamos hacérselo comprender, pero no quiso hacernos caso. Le repito que, de no ser por usted, el desastre habría sido mayor.

George hizo lo que el teniente le había ordenado. Alvin, Bruce y Smith se alegraron de que tomase el mando de la escuadra.

—Eres el más indicado —comentó el primero—. Te felicito, George. Yo sé que tú vales mucho, que serías un buen oficial.

El joven, pese a las preocupaciones que tenía, no pudo evitar sonreír.

—Gracias, Alvin. Quizá si ésta, guerra dura mucho tiempo, consiga el grado de sargento.

El muchacho parecía tener algo entre ceja y ceja.

—Oye, George —murmuró pensativo—. ¿Todavía sigues creyendo que la Patria no existe y que los ideales son los sueños de los estúpidos? Dixon dio su vida por la Patria...

El joven le miró afectuoso.

—No, Alvin, ya no opino como antes. Creo que tú tenías razón. La Patria es una cosa muy seria, y vale la pena arriesgar el pellejo por ella.

Una sonrisa de júbilo se extendió por el semblante de Alvin.

—Cuánto me alegra oírte hablar así, George. Sabía que en el fondo no eres un incrédulo, que sientes lo mismo que yo.

George había esperado con cierta inquietud la reacción de Whitmore cuando viese su ascenso a cabo. Pero el capitán se limitó a contemplar fijamente sus galones, y no dijo nada. Sin embargo, el joven se dio cuenta, por su expresión, de que aquello no le había gustado y comprendió que Whitmore haría todo lo posible por hundirle.

La compañía recibió orden de no moverse por el momento de la aldea. Iba a ser instalado allí un hospital de campaña y se les había asignado la misión de auxiliar al capitán médico en todo lo posible y garantizar la seguridad del personal y de los heridos. Luego, marcharían a reunirse con las fuerzas que pugnaban por reanudar la ofensiva, algo paralizada ahora por una dura e inesperada resistencia enemiga.

Para instalar el hospital fue elegido un gran edificio de obra, el único existente en el pueblo, que había sido construido por los chinos para cuartel de sus tropas. Los soldados lo desembarazaron de objetos inútiles y lo limpiaron escrupulosamente.

Una mañana empezaron a llegar camiones con el personal sanitario, las camas, los equipos quirúrgicos y todo el material

necesario. Los soldados ayudaron en la descarga y en la instalación, siguiendo las instrucciones del médico y de las enfermeras. George se hallaba con un grupo de hombres bajando las camas de uno de los vehículos, cuando oyó una voz conocida que preguntaba:

—¿Conoce usted a Ryan, a George Ryan?

El joven se volvió en redondo y, con infinito asombro, vio a Betsy que hablaba con Bruce.

—¡Betsy! —exclamó, corriendo a su encuentro.

La muchacha le tomó las manos entre las suyas y le miró a los ojos con infinito amor. Era tanta la alegría que ambos tenían de volverse a ver, que casi no sabían qué hacer. Bruce sonrió ligeramente y reanudó su tarea. George tomó a Betsy por el brazo y se la llevó a rastras hasta un lugar apartado. Allí, sin testigos de ninguna clase, la estrechó entre sus brazos y la besó apasionadamente en los labios. La muchacha se apretó contra él, susurrando:

—George, no podía ya vivir sin verte. Necesitaba estar junto a ti, notar tú presencia.

Él la acarició los rubios cabellos.

—Yo tampoco, cariño. No he dejado ni un solo momento de pensar en ti, de preguntarme qué estarías haciendo. ¿Cómo es que has venido, qué es lo que te ha traído aquí?

—Cuando me enteré de que habíais salido hacia el frente y que había empezado una ofensiva, comprendí que tardaría mucho en verte, que acaso pasaran meses enteros sin que supiera nada de ti. Y nuestra separación había sido tan dolorosa, tan violenta, que me sentía intranquila, desasosegada. Entonces solicité que me destinaran a un hospital de campaña que iba a ser agregado a vuestra división. Me lo concedieron, y aquí me tienes.

George le tomó el rostro entre las manos.

—¿Te ha visto ya tu hermano?

Ella sacudió la cabeza.

—No, todavía no; pero no me importa. Que haga lo que quiera. Yo no dependo de él, sino del doctor Howard, que es una excelente persona. Yo te quiero por encima de todas las cosas, y Robert nunca conseguirá apartarme de ti.

Le echó los brazos al cuello y permaneció estrechamente abrazada a él. George parecía preocupado, pensativo, como si algo

le impidiera gozar plenamente de la alegría de tenerla junto a él. Con suavidad, la apartó un tanto de sí y, muy serio, empezó a decir:

—No sé si éste es el momento más apropiado para confesártelo, Betsy, pero creo que antes de seguir adelante es preciso que las cosas queden bien claras entre nosotros. Dices que me quieres por encima de todo. Pues bien, a mí me ocurre otro tanto, y para demostrártelo te voy a revelar algo de una gran importancia, aun sabiendo que acaso dejes de quererme. Pero es preciso que sea sincero, que te diga toda la verdad. Luego, haz lo que quieras.

La muchacha le miraba un tanto temerosa.

—¿Qué sucede, George? ¿Por qué me hablas en ese tono tan grave?

El joven se apartó de ella y, pasándose una mano por los cabellos, murmuró:

—¿Recuerdas que el último día que nos vimos iba a confesarte algo cuando la llegada de tu hermano me lo impidió?

—Sí, lo recuerdo. Pero no veo que...

—Déjame continuar hasta el final, por favor. Resulta penoso lo que te tengo que decir. No me lo hagas todavía más difícil.

Hizo una breve pausa para luego continuar en voz baja:

—Yo no soy lo que aparento, Betsy. Para ti, y para todos mis superiores y compañeros, soy un soldado que se alistó porque no encontraba trabajo como electricista en Filadelfia, su ciudad natal. Y todo eso es mentira: lo único auténtico es mi nombre.

La muchacha le contemplaba con una expresión de alarma en el hermoso rostro.

—Entonces, ¿quién eres y a qué has venido?

El joven parecía luchar contra sus sentimientos cuando murmuró:

—Soy el capitán George Ryan del «Intelligence Service» y la misión que me ha traído a Corea es... vigilar a tu hermano y descubrir la causa de su extraña conducta.

Betsy palideció intensamente y durante unos momentos contempló al joven como si no pudiera creer lo que éste acababa de decir. Luego retrocedió, pasándose una mano temblorosa por la frente.

—Sabía que no te iba a gustar, Betsy. Pero he creído que era mi deber decírtelo —murmuró el joven con amargura—. Ahora, si

quieres, ve y cuéntaselo a tu hermano.

La muchacha sacudió violentamente la cabeza, como si quisiera despejar su cerebro del estupor en que se veía sumido.

—Capitán del «Intelligence Service»... Pero ¿qué ha hecho Robert? ¿Por qué te han convertido en su espía?

George crispó los labios.

—Dame el calificativo de espía si quieres, aunque no se trata de eso exactamente. En cuanto a lo que ha hecho tu hermano, creo que para nadie es un secreto. Su compañía es la que más muertos ha tenido, muertes innecesarias, inútiles, como si se complaciera en dejar que el enemigo aniquilara a sus hombres. De mi escuadra, en muy poco tiempo, han muerto Craig y Dixon, los dos por culpa de tu hermano, y podría proporcionarte una lista interminable de bajas que pesan sobre su conciencia. ¿Por qué pone esos castigos tan brutales, por qué lanza a sus hombres a acciones descabelladas, absurdas, en las que hasta un novato comprendería que van a dejar el pellejo? Todo esto tiene un motivo, y a mí me han ordenado averiguarlo. Pero si quieres llamarme espía, hazlo; estás en tu derecho.

Betsy se cubrió el rostro con las manos y permaneció inmóvil, como si llorara silenciosamente. George iba a dar un paso hacia ella, cuando apareció el doctor Howard. La muchacha se apresuró a limpiarse las mejillas con las palmas de las manos.

—Ah, Betsy, está usted aquí. La andaba buscando porque necesito su ayuda.

—Sí, doctor. Voy enseguida con usted.

Howard miró a George con expresión bondadosa.

—Supongo que usted es Ryan.

Ante la mirada de extrañeza del joven, sonrió.

—No le sorprenda. Betsy me ha hablado mucho de usted, y me lo ha contado todo. Es usted un hombre afortunado. Pero ahora debe perdonarme si me la llevo de su lado. La necesito, ¿sabe?

—Sí, desde luego, doctor —balbuceó el joven.

Permaneció sin moverse mientras Howard y Betsy se alejaban. Antes de doblar un recodo, la muchacha volvió un momento la cabeza y le miró con ojos infinitamente tristes. Luego, desapareció.



Se lanzaron en tren ba...

CAPÍTULO XVII

Inesperadamente, y tras una feroz resistencia que había paralizado el avance americano, las fuerzas chinas se lanzaron a un duro y violento contraataque. Pese al bombardeo sistemático a que sometió la aviación las líneas de aprovisionamiento, habían recibido algunas tropas de refresco que contribuyeron a hacer más dura la batalla.

El centro neurálgico del empuje enemigo gravitaba sobre la zona donde operaban las unidades de la 10.^a división de infantería. Se entablaron salvajes combates, en el que ambos bandos pusieron en juego todos sus recursos. Aviones, tanques y artillería intervinieron en grandes cantidades, haciendo más sangrienta y despiadada la lucha.

Pero los chinos, empleando su táctica clásica, lanzaron verdaderas masas de hombres sobre unos puntos determinados, forzando a los americanos a replegarse y abriendo profundas brechas en todo su sistema de campaña. Ante el peligro de que dichas brechas pudieran desmoronar todo el frente, ya que las unidades que habían resistido se encontraran con el enemigo a sus espaldas, el alto mando ordenó un rápido repliegue general, con objeto de evitar la ruptura de sus líneas y salvar del copo a buen número de fuerzas. Además, esto permitiría que el enemigo se fuera desgastando en su impetuoso avance, dando tiempo a la división a reorganizarse y tomar de nuevo la iniciativa, de las operaciones.

La retirada se llevó a cabo con una celeridad increíble, gracias a lo cual se evitó que sólo algunas compañías aisladas, después de dura resistencia, fueran aplastadas por el enemigo. Por las carreteras y senderos se veían largas columnas de hombres, camiones, «*jeeps*» y tanques que se dirigían hacia el sur, protegidos por los aviones que atacaban continuamente con sus cohetes y ametralladoras, a las vanguardias chinas. Todo el mundo se daba

prisa, ya que sabían que un pequeño retraso acaso significara caer en manos del enemigo. Oficiales establecidos en los cruces y a lo largo de las rutas, ordenaban el tránsito de las columnas para que fuera más unido y evitar cualquier atasco. Todo el mundo se apresuraba, pues sabían que de ello dependían muchas cosas; acaso el que la guerra tuviese un fin próximo, con el consiguiente ahorro de vidas y de calamidades.

En la pequeña aldea, cundió cierta alarma cuando llegó el fragor de la terrible y cercana batalla que se estaba desarrollando. Los continuos estampidos de los proyectiles de artillería y de las bombas de aviación llegaban con una claridad desconcertante. En todos los rostros se pintó una viva inquietud.

En el edificio donde se hallaba el hospital, repleto ya entonces de heridos, el doctor Howard levantó un momento el rostro, escuchó el rumor de la batalla y luego miró a Betsy.

—¿Sabe lo que esto quiere decir?

Ella asintió.

—Sí, doctor. Que dentro de unas horas empezarán a llegar nuevas caravanas de heridos y que nosotros no sabremos dónde ponerlos. Habrá que habilitar otro edificio.

Howard suspiró.

—Tendré que pedirle al capitán Whitmore, a su hermano, que me ceda alguna casa abandonada.

Momentos más tarde, Betsy salió del hospital y se dirigió hacia una casa coreana, construida con madera y paja, donde había instalado un alojamiento para niños nativos. Había allí siete u ocho chiquillos de ambos sexos, cuyos padres habían muerto a consecuencia de la guerra, y a los que la muchacha, siguiendo las normas establecidas en el servicio auxiliar femenino, había recogido y mantenía a cargo de la intendencia militar.

Cuando entró en la casa, las criaturas permanecían agrupadas en un rincón, escuchando con los ojos agrandados por el pánico, el fragor de la batalla. Les consoló con palabras amables y cariñosas asegurándoles que no corrían ningún peligro, pero ella misma, sin saber por qué, tenía el presentimiento de una grave e inminente amenaza.

El teniente Donovan, en plena calle, estaba hablando con George acerca de algo peculiar en el rumor del combate que se estaba

desarrollando.

—Parece que el ruido se acerca. ¿No le extraña a usted esto, Ryan?

En la frente del joven había una arruga de preocupación.

—No me gusta ser pesimista, señor. Pero esto sólo puede significar una cosa: que nuestras fuerzas pierden terreno.

En aquel momento, de una de las casas cercanas salió presuroso el especialista de transmisiones.

—Señor —exclamó dirigiéndose hacia Donovan—, llaman al capitán al teléfono desde el Cuartel General. ¿Sabe usted dónde puedo encontrarle?

—Le vi entrar... —Donovan se interrumpió bruscamente y continuó en otro tono—. Yo mismo le iré a buscar. Regrese usted junto al teléfono y diga que enseguida se pone. Acompañeme, Ryan.

Se dirigieron hacia la casa donde tenían su alojamiento los oficiales de la compañía. Donovan golpeó con los nudillos la puerta de la habitación de Whitmore.

—Señor, soy Donovan. ¿Me oye? Soy Donovan.

No obtuvo respuesta y volvió a llamar repetidas veces. En vista de que no le contestaban, probó de girar el pomo y éste cedió bajo la presión. La puerta se abrió y Donovan y George entraron en la estancia. Pero se detuvieron enseguida, permaneciendo mudos durante unos instantes.

Whitmore se hallaba tendido en el lecho, sumido en una profunda inconsciencia. En el suelo, al alcance de su mano, se veía una botella de *whisky* vacía. Un fuerte tufo a alcohol flotaba en el ambiente. Donovan hizo una mueca de disgusto.

—Está borracho como una cuba —murmuró—. Lo suponía. Hace media hora le vi entrar llevando la botella bajo el brazo.

—No está en condiciones de ponerse al teléfono —comentó George—. Además, no creo que haya nada capaz de despertarle.

Donovan apretó los labios.

—Vamos. Intentaremos arreglarlo nosotros.

Salieron a la calle y, a grandes zancadas, se dirigieron hacia la choza donde estaba instalado el teléfono de campaña. Donovan tomó el auricular y, con voz fuerte y segura, exclamó:

—Aquí el capitán Whitmore de la compañía C.

Escuchó unos momentos y volvió a decir:

—A la orden, señor. Le oigo perfectamente. Puede comunicarme sus instrucciones.

La conferencia telefónica duró unos diez minutos, durante los cuales Donovan escuchó atentamente, diciendo sólo de vez en cuando:

—Sí, señor. Comprendo perfectamente.

George, viendo cómo el rostro del teniente, mientras escuchaba, iba adquiriendo una expresión grave, tensa, comprendió que las noticias no eran precisamente halagüeñas. Donovan, inconscientemente, se mordía el labio inferior, al tiempo que una sombra obscurecía sus pupilas. Finalmente, murmuró:

—Cumpliremos lo mejor posible, señor. Confíe en nosotros. A sus órdenes, señor.

Colgó el auricular y permaneció unos momentos con la vista fija en el aparato telefónico.

—¿Malas noticias? —preguntó George rompiendo el silencio.

Donovan volvió la cabeza hacia él y le miró. Sus cejas se juntaban en un frunce de honda preocupación y todo su rostro reflejaba la importancia del momento.

—He hablado personalmente con el general Evans —murmuró—. Me ha comunicado que el contraataque chino ha conseguido profundas penetraciones en algunos sectores de nuestras líneas, y toda la división, para evitar verse destruida y copada en un movimiento envolvente, se ha visto obligada a retirarse varios kilómetros al sur de donde nosotros nos encontramos.

—¿Y el hospital? —preguntó enseguida George.

—No se dispone de tiempo ni de vehículos para proceder a la evacuación de los heridos y del personal sanitario. Tendrán que permanecer aquí. Y nosotros también. El general nos ha confiado la defensa del hospital hasta que nuestras fuerzas tengan tiempo de reagruparse y reanudar la ofensiva. Me ha prometido que nos enviará ayuda lo más pronto posible. Entretanto, tendremos que valernos por nuestros propios medios.

George se frotó pensativo la barbilla.

—Esto es toda una papeleta —comentó.

Donovan se puso en pie.

—Desde luego. Las vidas de todos esos heridos indefensos dependen ahora de nosotros. En fin, habrá que organizarse lo mejor

posible. Vamos a comunicárselo al doctor Howard. Tiene derecho a saber lo que nos espera.

CAPÍTULO XVIII

La compañía c se había aprestado para defender la aldea, concentrando el núcleo principal de sus fuerzas en tres edificios que dominaban el hospital. Esta medida había sido tomada por Whitmore en cuanto se recuperó de su borrachera y se enteró de lo que sucedía, en contra el criterio de Donovan, que quería establecer un sistema defensivo más elástico, a base de posiciones escalonadas desde las afueras del pueblo, lo cual permitiría ofrecer al enemigo una resistencia más compleja y efectiva, ya que posibilitaría a las propias fuerzas para moverse rápidamente y acudir a los puntos donde el combate fuera más sañudo. Sin embargo, Whitmore no quiso oír hablar del plan del teniente y se decidió por una defensa rígida en torno al edificio del hospital.

—Esto es peligroso, señor —intentó hacerle comprender Donovan—. Cuanto más concentrados estemos, más fácil le será al enemigo aplastarnos. En cambio, escalonando nuestras fuerzas, podríamos establecer una línea fluida que actuara desde varios puntos a la vez y...

—¡Basta ya, Donovan! —exclamó Whitmore en un arranque de genio—. Parece usted olvidar que el jefe de la compañía soy yo. No tolero que usted ni nadie discuta mis órdenes.

Donovan, ante aquella actitud, no insistió más y la compañía se apostó como Whitmore había decidido. Muchos de los habitantes de la aldea, al enterarse de lo que sucedía, cargaron con sus escasas pertenencias y emprendieron la huida a través del bosque.

Betsy decidió instalar a los huérfanos de la guardería en los sótanos del hospital. Creyó que así estarían más seguros. Se hallaba entregada a la tarea de trasladar a los niños, cuando vio que se acercaba George con el casco puesto y el fusil colgado del hombro.

—Me ha dicho Donovan que venga a ayudarte.

—No es necesario. Me basto yo sola.

Pero George no le hizo caso y se ocupó de todo lo concerniente al traslado. Ya en los sótanos del hospital, el joven la miró un momento.

—¿Por qué no le has contado nada a tu hermano acerca de lo que te confesé el otro día?

La muchacha guardó silencio. George se le acercó, insistiendo:

—Contéstame. ¿Por qué?

La muchacha volvió bruscamente su rostro hacia él.

—Porque quiero que te convenzas por ti mismo de que estás en un error, de que todas vuestras sospechas son falsas.

El joven la miró a los ojos y sacudió la cabeza.

—No, Betsy, no es éste el motivo. Yo te diré por qué no has dicho nada a tu hermano. Porque tú misma te das cuenta de que hay algo raro en él, de que su conducta no es clara, de que su comportamiento es un misterio en el que no te atreves a indagar por miedo a descubrir la verdad.

Los ojos de la muchacha se humedecieron.

—Pero ¿cuál es esa verdad? ¿Qué es lo que sospecháis de Robert?

—No lo sabemos aún, pero es preciso descubrirlo. Incluso se ha renunciado a relevarle del mando, pese a las peticiones del coronel Hughes, para no romper la conexión y descubrir toda la red en el caso de que fuera un espía del enemigo. Esto ha significado el doloroso sacrificio de algunos hombres magníficos, pero puede salvar a miles y miles de soldados. La empresa, inspirada en un bien general y superior, bien merece ser llevada a cabo.

Betsy se tapó los oídos con las manos y sollozó:

—No, no; Robert no puede ser un espía, un traidor. Él fue un magnífico oficial en la otra guerra...

Un furioso tiroteo cortó en seco las palabras de la muchacha. George, girando sobre sus talones, salió presuroso del sótano del hospital. En la calle se tropezó con otros soldados que corrían a sus puestos. Una conmoción general sacudía a la pequeña aldea, mientras el tiroteo persistía.

Pronto se supo lo que pasaba. Una de las patrullas que hacían la ronda de vigilancia por el bosque había sido sorprendida por las vanguardias enemigas, viéndose rodeada y forzada a entablar un desesperado combate. El tiroteo duró acaso un cuarto de hora;

luego, se hizo el silencio. Todos comprendieron lo que había sucedido: la patrulla acababa de ser aniquilada.

Los hombres se humedecieron con la lengua los resecos labios y se aseguraron de que sus armas estaban en perfectas condiciones de funcionamiento. Ahora ya sabían que el enemigo estaba allí, a muy corta distancia.

Transcurrieron unos interminables minutos, y entonces se vio aparecer a los primeros soldados chinos. Avanzaban pegados a las casas y algo encogidos, con las armas, apuntando hacia adelante y las cabezas cubiertas con los gorros puntiagudos. Parecían fantasmas en medio del silencio y la quietud impresionantes que reinaban.

De súbito, una ametralladora comenzó a tabletear. Fue como una señal. Otras armas automáticas de la compañía, entraron en acción. Varios soldados enemigos rodaron por tierra. Los demás buscaron protección al amparo de las casas y replicaron al fuego. Éste persistió durante unos momentos. Luego, se vio más movimiento de figuras por el fondo de la calle y, al poco rato, un intenso fuego de ametralladoras y de fusiles comenzó a batir las casas donde se habían hecho fuertes los defensores. Donovan, desde una de las ventanas del edificio en el cual permanecía con su pelotón, hizo una mueca.

—Con este sistema defensivo, les estamos facilitando la tarea —murmuró a George—. Les ha bastado localizar los puntos donde nos hemos concentrado, y ahora nos machacarán hasta aniquilarnos. Creo que voy a desobedecer al capitán y ordenar la salida de mis hombres para diseminarlos por puntos estratégicos.

—Ya es tarde para eso, señor. Nos han encerrado en una ratonera. Mire —exclamó el joven.

Donovan miró hacia donde le indicaba George y pudo ver más grupos de soldados chinos que instalaban máquinas a derecha, e izquierda, comenzando a disparar de forma que batían los flancos de las casas. Pronto, los defensores se vieron sometidos a la acción de los morteros ligeros, algunas de cuyas granadas causaban estragos en las débiles viviendas coreanas.

Pese a que se replicaba lo mejor posible al fuego enemigo, éste iba arreciando por momentos, hasta que la compañía c se vio sometida a una verdadera lluvia de balas y de metralla. A juzgar

por el número de armas automáticas que empleaba, el enemigo era potente y numeroso. En las casas convertidas en fortines, empezaron a cundir los muertos y los heridos.

De súbito, por las calles que conducían al hospital, una masa de soldados chinos se lanzó al ataque. Era una auténtica marea humana que parecía capaz de arrollarlo todo. Avanzaban gritando, con los rostros crispados por la excitación del combate y agitando las armas en el aire. Eran como fieras dispuestas a devorar su presa.

Los defensores se dispusieron a vender caras sus vidas y comenzaron a disparar como locos. Las ametralladoras y los fusiles ametralladores enviaban ráfaga tras ráfaga, secundados por las metralletas y fusiles automáticos. Verdaderos chorros de balas barrían a los atacantes, en medio de un concierto bárbaro y fenomenal de estampidos y explosiones. Una tras otra, las filas de soldados chinos iban cayendo bajo el mortífero azote de la metralla. Pronto, el suelo de las calles se vio sembrado de cadáveres, cuyo número iba rápidamente en aumento. Finalmente, el enemigo se retiró a sus puntos de partida. George, cuyo fusil ardía de tanto disparar, se pasó el antebrazo por la frente sudorosa.

—Bueno, parece que por esta vez los hemos rechazado —murmuró Alvin junto a él.

—No te hagas ilusiones. No tardarán en volver, y con mayores bríos que antes.

Pronto la realidad confirmó sus palabras. El segundo asalto del enemigo fue más duro y violento que el primero. Los cañones de las armas automáticas parecían a punto de reventar a causa de la intensa acción a que se veían sometidos. Era un tableteo continuo, persistente, desesperado. Los chinos, pese a dejar tras sí un rastro de muertos y heridos, estuvieron a punto de alcanzar las tres casas. Sin embargo, una vez más tuvieron que replegarse para reorganizar sus formaciones. Los defensores también veían aumentar sus bajas de modo alarmante.

Así transcurrió parte del día, en medio de un continuo y sangriento forcejeo y sin que las armas callaran un solo momento. Los hombres parecían fatigados por la tensión del continuo combate.

Al llegar las primeras sombras del anochecer, el ataque chino adquirió una virulencia de que careciera en los asaltos precedentes.

Se podía comprender que el enemigo, decidido a acabar con aquella tenaz resistencia, lanzaba al combate la totalidad de sus fuerzas. Esta vez, fue imposible contenerlos.

Mientras Donovan y sus hombres se esforzaban en mantener a raya al enemigo, el teniente, por medio del «walkie-talky» recibió una llamada de Whitmore, que se hallaba en la casa defendida por el tercer pelotón, ordenándole que, en vista de que era imposible mantenerse en las posiciones actuales, había que retirarse al hospital donde el grosor de los muros permitirían una defensa más efectiva. George, al enterarse de la orden, exclamó:

—¡Es una locura! Si intentamos una salida, quedaremos a merced del enemigo, aún más de lo que ya estamos ahora. Dígale que no lo haga.

Donovan, haciendo caso del consejo de George, así se lo comunicó a Whitmore, pero este repuso precipitadamente:

—Nosotros vamos a abandonar la casa. He ordenado al segundo pelotón que nos imite. Allá ustedes si no nos quieren seguir.

Cortó la comunicación. Donovan y George se precipitaron hacia una de las ventanas y vieron que, en efecto, los pelotones segundo y tercero abandonaban las casas e intentaban replegarse hacia el hospital.

—Los van a cazar como conejos —masculló George.

Casi enseguida, ambos pelotones se vieron rodeados por una masa de feroces y vociferantes chinos, que les acometieron con terrible saña. Los soldados se defendían desesperadamente, pero eran aplastados por la superioridad numérica del enemigo. Y los que conseguían escapar, eran cazados por el fuego de las máquinas. Donovan, horrorizado por la espantosa carnicería de que eran víctimas sus compañeros, empuñó su metralleta y ordenó:

—¡Hay que salir en su ayuda! ¡No debemos permitir que los sigan matando!

El pelotón salió ordenadamente, y mientras unas escuadras, emplazando sus ametralladoras, abrían un fuego feroz y efectivo para evitar que llegaran más refuerzos enemigos, las restantes, a las órdenes de Donovan, acudieron en auxilio de sus camaradas, atacando por la espalda a los soldados chinos. Se entabló un salvaje combate cuerpo a cuerpo.

Donovan y George, que disparaban sus armas furiosamente

contra los enemigos que les rodeaban, vieron de pronto, en medio de la refriega, a Whitmore, que permanecía inmóvil y como aturdido. Ni siquiera advirtió que varios soldados chinos se le precipitaban encima. Donovan y George se lanzaron en su ayuda, luchando cuerpo a cuerpo con los atacantes. El teniente, después de derribar a tres enemigos, recibió un bayonetazo en el vientre y se desplomó de bruces. George, con la ferocidad de un felino, disparó contra sus adversarios matando a cuatro. Luego liquidó a los dos restantes con la bayoneta. Arrodillóse junto a Donovan, pero pudo comprobar que el teniente había muerto. Sintió en su pecho una pena profunda, junto con un odio contra el hombre causante de aquel desastre. Se revolvió buscando a Whitmore, y le vio caído en el suelo. Una bala le había rozado la cabeza, haciéndole perder el sentido. George lo levantó en vilo, cargándoselo al hombro.

El joven comprendió que no podían permanecer más tiempo en campo abierto. De la compañía, sólo quedaban algunos supervivientes. Buscó con la mirada algún oficial o sargento, y en vista de que no lo encontraba, decidió tomar la iniciativa. Obedeciendo sus órdenes y bajo la protección de las ametralladoras, iniciaron la retirada hacia el hospital. Eran tan sólo veinticinco hombres; los demás habían muerto.

CAPÍTULO XIX

En cuanto cruzaron la puerta del hospital, los hombres corrieron a apostarse en las ventanas y abrir fuego contra el enemigo. George dejó a Whitmore en manos de unas enfermeras, y explicó a Betsy y a Howard, que habían acudido a su encuentro:

—No es nada. Simplemente, una bala le ha rozado el cuero cabelludo. No tardará en recobrar el conocimiento.

Mientras Betsy se marchaba en pos de las enfermeras que transportaban a su hermano, George explicó a Howard:

—Todos los demás han muerto. Whitmore tuvo la descabellada idea de salir de las casas, y las consecuencias han sido desastrosas. Exceptuándole a él, no queda vivo ningún oficial ni sargento. Y yo soy el único cabo que no ha caído.

—¿Crees que podrán resistir mucho tiempo?

—Haremos cuanto esté en nuestras manos. Ustedes, por lo pronto, evacúen a todos los heridos de las habitaciones exteriores. Las necesitamos nosotros para la defensa.

—Así se hará. Los concentraré a todos en las salas interiores —repuso Howard, marchándose a cumplir lo dispuesto.

George llamó a Alvin y a Bruce.

—Tú —dijo dirigiéndose al muchacho—, encárgate de emplazar en el piso superior todas las ametralladoras y fusiles ametralladores de que disponemos. Desde allí la perspectiva es más despejada y podrán batir mejor al enemigo. Ese piso queda bajo tu mando.

—Confía en mí —respondió Alvin con los ojos relucientes.

El joven se volvió hacia Bruce.

—Tú hazte cargo de la planta baja y de todos los fusileros. Procura que no se desperdicie un solo disparo, pero cuando sea necesario, hazles disparar como demonios. Es preciso resistir hasta el último cartucho. Dile a Smith que te ayude. Sé que entre los dos podéis hacerlo.

Bruce, con el rostro manchado de humo y de polvo, hizo una mueca irónica.

—A la orden, mi general.

Pocos momentos después, los chinos desencadenaron un ataque contra el hospital. Pese a que era ya noche cerrada, una gran luna esparcía su luz plateada, iluminando a los asaltantes. De nuevo las armas volvieron a escupir su mortífera carga, segundo las formaciones enemigas. George, que se había apoderado de la metralleta de Whitmore, iba de un lado a otro, haciendo fuego y asegurándose de que la defensa funcionaba a la perfección. Alvin dirigía las ametralladoras con asombrosa habilidad y mortal eficiencia, mientras Bruce mantenía la moral de los fusileros, impulsándoles a disparar con increíble rapidez.

Diezmados y maltrechos, los chinos tuvieron que retirarse una vez más. Entonces se dedicaron a batir los muros del hospital con el fuego de sus armas automáticas y las granadas de sus morteros ligeros. George, aprovechando el respiro, se dirigió hacia la habitación donde se hallaba Whitmore.

Encontró al capitán en compañía de Betsy y de Howard, que estaban acabando de vendarle la cabeza. Whitmore, terriblemente pálido, permanecía tendido en el lecho. Su rostro tenía una extraña expresión, con los ojos muy hundidos y relucientes, las facciones desencajadas y la mandíbula floja y colgante. Había recobrado el conocimiento y, sin embargo, se mantenía en una actitud pasiva, como si su mente se hallara en un lugar muy lejano.

—¿Cómo está? —preguntó George a Howard.

El doctor tenía el ceño fruncido.

—La herida en sí carece de importancia, es apenas un rasguño. Físicamente, el capitán se encuentra en perfectas condiciones.

El joven se volvió hacia Whitmore y, sin ninguna clase de miramientos, le ordenó:

—Vamos, levántese y venga con nosotros. Lo menos que puede hacer después de ser el responsable de que destrozaran la compañía, es luchar junto a los que quedamos en pie.

Whitmore no se movió. Entonces George, en un arranque de genio, le sujetó por un brazo y le levantó violentamente.

—¿Es que no me oye? ¡Tiene que ayudarnos a salir del atolladero en que nos ha metido! ¡Hay que seguir luchando!

En aquel momento, se oyó el rabioso tableteo de una ametralladora. Whitmore alzó vivamente la cabeza y escuchó con el rostro descompuesto y los ojos saltándosele de las órbitas. George seguía diciendo:

—¡Todos los demás han muerto! ¡Tenemos que defender el hospital hasta el último hombre!

El ladrido de la ametralladora se agudizaba por momentos. De súbito, retumbó cercano el estallido de una granada de mortero. Whitmore, con un sollozo desgarrador, se dejó caer de bruces en el lecho y ocultando el rostro entre las manos, empezó a gemir al tiempo que un violento temblor agitaba su cuerpo:

—No, no puedo más... Déjame... No puedo más, no quiero morir... ¡No quiero morir! ¡No quiero morir!

Un llanto convulso ahogó sus palabras. George le contempló estupefacto. Luego, le sujetó por los hombros e insistió:

—¡Tenemos que salvar a los heridos y a los niños de la guardería! ¡Sus vidas dependen de nosotros! ¡No les podemos dejar caer en manos del enemigo! ¡Están indefensos! ¡Tenemos que salvarles!

Whitmore se revolvió furioso.

—¿Qué me importan a mí sus vidas? ¡Yo no quiero morir! ¡Dejen que me escape! ¡Aun es tiempo! ¡Puedo aprovechar las sombras de la noche para huir por el bosque! ¡Todos morirán y nadie sabrá lo ocurrido!

Betsy, lívida y horrorizada, contemplaba como su hermano se debatía entre los brazos de George, que trataba de impedir que saliera corriendo. Howard, con un vivo interés, observaba la penosa escena que estaba representando Whitmore. George, al fin, consiguió rechazarle, obligándole a sentarse en el lecho. Jadeante, con la expresión del hombre que acaba de hacer un descubrimiento, se inclinó hacia él y, al tiempo que le miraba fijamente los ojos, exclamó:

—¡Usted es un cobarde! ¡Sí, eso es! ¡El miedo, un miedo incontenible es el motivo de su extraña conducta! Ahora lo veo claro. No hay ni espionaje ni traición con el enemigo. ¡Sólo miedo, una cobardía abyecta y repulsiva! ¡No le importa que todos los demás mueran mientras pueda usted salvar su sucio pellejo! ¡Ni los heridos ni los huérfanos de la guardería cuentan ante su terror!

El joven se incorporó con todo el cuerpo tenso, vibrante, y la excitación de haber descubierto la verdad brillando en sus pupilas.

—¡Sólo su cobardía, el miedo a morir le ha impulsado a abandonar hace unos momentos las casas donde nos defendíamos! ¡Creía estar más seguro tras los muros del hospital! ¡Y para ello ha sacrificado a casi toda su compañía! También el miedo le obligó a rechazar el plan de defensa del teniente Donovan. Le parecía que tener a todos sus hombres en torno suyo sería una protección más eficaz para usted, no para los heridos. Y todas sus torpezas, que tantas muertes han causado, eran también producto del miedo. Ante cualquier situación peligrosa, daba usted las órdenes más absurdas y estúpidas. Su fingida dureza, sus castigos bárbaros e inhumanos, no eran más que un medio para ocultar a los ojos de todos su cobardía, una cobardía que intentaba ahogar en sus continuas borracheras. Ése era el motivo de que odiara a todo el que destacase por su arrojo y que se negara a conceder condecoraciones por actos de valor ante el enemigo.

George se inclinó hacia Whitmore que, tembloroso, ofrecía un aspecto miserable, y le preguntó en tono inquisitivo:

—¿Qué le ha sucedido? Usted fue un magnífico oficial en la otra guerra. Ganó medallas por su valentía y excelente comportamiento. ¿Es que se ha olvidado que en otro tiempo supo luchar por su Patria? ¿No recuerda ya que el uniforme que viste le obliga a ser un hombre de honor? ¿Qué le ha pasado? ¡Contésteme!

Inesperadamente, el doctor Howard se adelantó.

—Permítame que intervenga en este asunto. Ryan. Me parece que yo puedo contestar a sus preguntas.

El joven le miró extrañado.

—¿Usted?

—Sí. Cuando curaba la herida de Whitmore, he podido observar que tiene una antigua cicatriz en la cabeza. ¿Pueden decirme cuándo se la hizo?

—En la otra guerra, poco antes de que terminaran las hostilidades. Creo que fue una herida muy grave —explicó George.

Howard asintió.

—Lo imaginaba. Las heridas en la cabeza, son muy peligrosas, porque pueden influir decisivamente en la psicología de un hombre. He conocido otros casos similares al de Whitmore. Individuos que,

habiendo recibido un balazo en la cabeza, eran hombres perfectamente normales en un ambiente también normal. Pero, al encontrarse en circunstancias similares al momento en que recibieron la herida, su mente revivía todos los sufrimientos pasados y se sumergía en el más profundo y desatado de los terrores. Caían víctimas de una obsesión que, de prolongarse durante mucho tiempo, podía provocarles una locura irremediable. Creo que Whitmore en un caso típico de lo que le acabo de exponer.

Betsy, que había guardado silencio hasta aquel momento, se volvió ansiosa hacia el doctor.

—Entonces. ¿Robert es un irresponsable?

—Yo diría que sí.

La muchacha tomó entre las suyas una mano de Whitmore y susurró:

—Cuánto debes haber sufrido...

Su hermano lloraba como un niño.

—Más de lo que te figuras. Al principio intenté luchar contra ese miedo, pero todo fue inútil. A veces me daba cuenta de lo que estaba haciendo y sentía tal desprecio de mí mismo, que me emborrachaba para olvidar. Por mi culpa han muerto tantos hombres...

Ocultó el rostro en el hombro de su hermana. George estaba impresionado por todo lo que acababa de oír. Al fin, volviéndose hacia Howard, murmuró con voz grave:

—Tengo que irme a hacer cargo de la defensa. Le ruego, doctor, que guarde en el mayor secreto todo lo que hoy hemos averiguado. Betsy le explicará quién soy yo.

Durante el resto de la noche, los chinos, muy debilitados por el gran número de pérdidas sufridas, lanzaron algunos ataques contra el hospital, pero todas las veces fueron rechazados por los defensores. De madrugada ya, cuando las primeras luces grisáceas teñían el firmamento, los supervivientes de la compañía C oyeron un extraño ruido. Era como un zumbido profundo y metálico. Los hombres se miraron aterrados entre sí, comprendiendo de lo que se trataba. Alguien exclamó:

—¡Un tanque!

Casi enseguida, por una de las calles, vieron avanzar amenazador y lento, un pesado «T 34». George apretó con fuerza las

mandíbulas. Estaban indefensos ante el carro de combate, ya que habían perdido los «bazookas» cuando abandonaron las casas. Un ramalazo de espanto recorrió las filas de los defensores.

—Esto es el fin —masculló Bruce entre dientes.

George sabía que era verdad. Al dar la vuelta, se tropezó con Howard, Betsy y Whitmore, que habían acudido al oír las exclamaciones de los soldados. El capitán parecía aún más excitado que antes.

—¿Ya todo es inútil, verdad, Ryan? —preguntó el médico.

—Mucho me lo temo, doctor. De todos modos, lleve a los heridos al sótano junto con los chiquillos. Siempre será una medida de precaución.

Volvió a mirar por la ventana. El tanque se acercaba inexorablemente, apuntando con su cañón hacia el hospital. En su avance, derribó la choza de madera donde estuviera instalado el puesto de mando de la compañía. La bandera de fajas y estrellas que ondeaba en lo alto, cayó a tierra y fue pisada y destrozada por el tanque. George oyó a su espalda un gemido angustioso, como el de un animal herido. Volvió la cabeza, viendo a Whitmore que contemplaba la escena con los ojos desorbitados, el rostro horriblemente crispado y los puños apretados a causa de la rabia. Lágrimas de impotencia rodaban por sus mejillas.

—¿Qué le sucede, Whitmore? —preguntó.

Pero en vez de contestarle, el capitán dio media vuelta y echó a correr como un loco. Betsy le miró alarmada.

—¿A dónde vas, Robert? ¡George, por favor, deténle!

El joven siguió en pos de Whitmore, siguiéndole hasta el almacén del hospital. Sin poder darle alcance, le vio apoderarse de una lata de gasolina y saltar por una ventana al exterior.

—¡Whitmore, no sea loco! ¡Vuelva! ¡Vuelva!

Le siguió, saltando también por la ventana. El capitán corría ya hacia el tanque con toda la velocidad que le permitían sus piernas. El joven, por más que se esforzó, no pudo acortar la distancia que les separaba.

Cuando Whitmore se hallaba ya sólo a unos metros del T 34, una de las ametralladoras de éste abrió fuego. El hombre rodó por tierra, alcanzado en el vientre por una ráfaga. Los defensores, que seguían las incidencias desde las ventanas, sintieron una profunda

emoción. Betsy tuvo que taparse la boca con ambas manos para reprimir un desesperado grito de dolor.

Whitmore, caído en tierra, sintió que las fuerzas se le escapaban. Pero le impulsaba una voluntad férrea y aún tuvo energías para arrastrarse penosamente, sin soltar la lata de gasolina. Veía avanzar el tanque y se movió ansiosamente, despellejándose los codos y las rodillas, para interceptarle el paso.

Al fin consiguió situarse en el camino por dónde había de pasar el carro de combate. Tomó de su cinto una bomba de mano y le arrancó la lengüeta del seguro, manteniéndola oprimida en su mano, y la acercó a su pecho junto con la lata de gasolina. Esperó unos segundos y, cuando una de las cadenas del tanque estaba a punto de aplastarle, soltó la palanca.

Tanto George como los que estaban en el hospital pudieron ver la tremenda explosión que reventó el T 34 como una lata de conservas y le convirtió en una gigantesca antorcha. El joven, tras observar las llamas unos momentos, dio media vuelta y emprendió el camino de regreso.

Cuando entró en el hospital todos guardaban silencio, impresionados por el sacrificio de Whitmore. Betsy se precipitó en los brazos de George, llorando amargamente. El joven le acarició con ternura los cabellos.

—En el último instante ha sabido sobreponerse y ser el más valiente de todos nosotros —susurró.

—Fue aquella bandera —comentó Howard en voz baja—. No pudo soportar la idea de que pisotearan nuestra bandera.

Horas más tarde, las fuerzas americanas, reanudada la ofensiva, entraban en la aldea y expulsaban a las ya escasas tropas chinas, liberando a los heridos y defensores del hospital.

CAPÍTULO XX

—... y en mi opinión, señor, su sacrificio para salvar las vidas de todos los que estábamos en el hospital, —sobreponiéndose incluso a una grave enfermedad psíquica, borra todos los errores que había cometido anteriormente. Si su miedo fue la causa de que muchos de nuestros hombres murieran innecesariamente, el hecho de que fuera un irresponsable y su muerte heroica para contener al enemigo, creo que son motivos suficientes para olvidar lo que fue su tremenda desgracia personal. Ha muerto, y de nada serviría manchar el recuerdo y el nombre de quien, en el último instante, supo portarse como un héroe.

Pinkerton, en su despacho del Pentágono, había escuchado en silencio el informe de George. Tras unos segundos, se puso en pie y preguntó:

—El doctor Howard, ¿es un hombre discreto?

—Le confiaría el más grave de mis secretos, señor. Me dijo que estaba dispuesto a extender un certificado acerca de la enfermedad mental que padecía Whitmore.

El coronel sacudió la cabeza.

—No es necesario.

Fue hasta la ventana y permaneció durante un buen rato mirando hacia la calle y dando la espalda al joven. Luego, se acercó a la mesa y contempló el expediente de Whitmore, que se hallaba abierto. Tomó una pluma y escribió en la última página: «Muerto heroicamente ante el enemigo». Finalmente, lo cerró, al tiempo que murmuraba:

—Dejemos en paz a los muertos.

George aspiró profundamente.

—Gracias, señor.

Antes de que el coronel pudiera hablar, agregó:

—Yo, señor, quisiera pedirle aún otro favor.

—¿Qué es ello?

George se humedeció los labios.

—Que mientras dure la guerra me dé de baja en el *Intelligence Service*. Voy a solicitar el mando de la compañía C.

Pinkerton encendió un cigarrillo y le miró pensativo.

—Hoy motivos sentimentales que son muy fuertes, ¿no es cierto, Ryan? Bien, le vamos a echar mucho de menos durante ese tiempo. Puede pedir el traslado.

—Gracias otra vez, señor.

Días más tarde, George desembarcaba de un avión de transporte en el aeropuerto de Fusan. Betsy, que le estaba esperando, le puso las manos en los hombros y le miró con ojos llenos de agradecimiento.

—Recibí tu carta en la que me explicabas que Pinkerton había accedido a cerrar el expediente de Robert. Gracias, George, nunca te podré demostrar todo mi agradecimiento.

—Era la mejor solución. Y Pinkerton lo comprendió. Estoy seguro de que Donovan, Craig, Collins y todos los que murieron aprobarán también mi proceder. Ellos, mejor que nadie, saben la verdad.

—¿Qué dirán Alvin y los demás de la compañía cuando vean que tú eres su nuevo capitán?

George esbozó una sonrisa.

—Supongo que se desmayarán de la sorpresa. Tendré que darles a oler sales.

Cogidos del brazo, salieron del aeropuerto.

—Antes has dicho que nunca podrías demostrarme todo tu agradecimiento. Estás equivocada. Tienes un medio magnífico al alcance de tu mano.

La muchacha le miró.

—¿Qué medio?

George se detuvo y le puso las manos en los hombros.

—Casarte conmigo.

Betsy se empinó y le besó en los labios. Luego, mirándole enamorada, se llevó la diestra a la gorra en un cómico saludo y murmuró, remedando lo que solía hacer el joven, al principio de conocerse, cada vez que la veía:

—A la orden, mi capitán.

FIN

*Foster Gray era feliz.
Su trabajo pacífico y
remunerador le permitía
disfrutar ampliamente
de la vida, ¿qué más
podía desear?*



Peter Debry

el famoso autor, le demostrará lo temerario de ciertos juicios precipitados a través de las páginas de...

LA MUERTE ABSTRACTA

¡Uno de los más emocionantes relatos publicados hasta la fecha!

LA MUERTE ABSTRACTA

¡El peligro acechaba tras los pinceles y lienzos que mostraban a los espectadores un arte nuevo y desconcertante!

LA MUERTE ABSTRACTA

es la novela que la próxima semana le ofrece

COLECCION SERVICIO SECRETO

Precio: 6 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA



Más de CIENT CHISTES como ésta, hallará usted en

**SELECCIONES
DE HUMOR DE
"EL D. D. T."**

¡La alegría y el buen humor deben ser sus compañeros!

Nosotros le brindamos la ocasión de que pueda seguir esta máxima. Adquiera

SELECCIONES DE HUMOR DE "EL D. D. T."

¡Y recuerde que ya aparece semanalmente!

Precio 2 pts.

DE VENTA EN QUIOSCOS Y PUESTOS DE PERIÓDICOS

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

De una de las novelas más leídas
del siglo pasado

GUERRA Y PAZ

del inmortal escritor ruso

LEON TOLSTOI

surge la más asombrosa y espec-
tacular película de nuestros días

GUERRA Y PAZ

¡El ambiente de la sociedad zarista!
¡Las luchas napoleónicas por el
dominio europeo!

GUERRA Y PAZ

¡Un título que dará prestigio a su
biblioteca!

Adquiéralo, recordando que forma
parte de la selecta Colección

JOYAS LITERARIAS

Precio: 125 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡Ya está a la venta el bestseller del año!

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

per

SLOAN WILSON

Durante 48 semanas consecutivas, esta novela excepcional atrajo la atención de los lectores norteamericanos que la elevaron así a la categoría de gran obra de la literatura contemporánea

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

ha sido llevada también a la pantalla, encabezando el reparto de la película figuras tan destacadas como Jennifer Jones, Marisa Pavan, Gregory Peck y Frederic March

EL HOMBRE DEL TRAJE GRIS

¡Un título que llenará su biblioteca!

Es una selección que le brinda Colección

JOYAS LITERARIAS

¡Pídalo a su proveedor habitual!

Precio del ejemplar: 70 ptas.

EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

¡VIVA USTED SU VIDA, PERO VIVALA BIEN!

Es éste un consejo que en múltiples ocasiones le habrán dado y que seguramente habrá intentado seguir, tropezando con múltiples dificultades.

Nosotros le brindamos la ocasión de ponerlo en práctica, ofreciéndole un volumen de inapreciable valor:

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

¡Alegría, felicidad y optimismo serán sus constantes compañeros durante el resto de su vida!

COMO VIVIR 365 DIAS AL AÑO

¡El libro de mayor venta en Estados Unidos durante 89 semanas consecutivas!

Precio 55 pts.

Una exclusiva para España e Hispano América de:

EDITORIAL BRUGUERA. S. A.

Proyecto, 2

BARCELONA

LLUVIA DE ESTRELLAS



Christine Martel

N.º 471 Por su extraordinaria belleza, Christine fue declarada "Miss Universo", lo cual le abrió las puertas del cine. Contratada por los productores mejicanos debutó al lado de Cantinflas, en "Abaja el relin".

Foto COLUMBIA P. L. M. S. A.



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

PROYECTO, 2 - BARCELONA - (España)

Precio en España: 6 pts. — Printed in Spain — Precio en la Rep. Argentina: \$4

NOTAS

[1] Servicio secreto del Ejército. < <